Nancy Warren

Estrictamente Placer



elit

Portadilla

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2011 Nancy Warren
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Estrictamente placer, Elit nº 475 - octubre 2025
Título original: My Fake Fiancée
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. N ombres, c aracteres, l u g ares, y s i t u aciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo, Bianca, Jazmín, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370008758

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Las puertas del ascensor se abrieron como para recibir a David Wolfe cuando entró en el edificio de oficinas del centro de Filadelfia. No tener que esperar a que llegara un ascensor un lunes por la mañana en hora punta siempre era una buena señal. Iba a ser uno de esos grandes días en los que todo salía como él quería.

Cuando las puertas volvieron a abrirse para dejarlo en la planta veintiuna, en las oficinas de la compañía de seguros Keppler, Van Horne, ya estaba preparándose para salir.

La vida nunca le había ido mejor. Después de seis años de duro trabajo en la prestigiosa empresa, había oído rumores sobre un puesto vacante de vicepresidente cuando Damien Macabee se jubilara, y David estaba más que preparado para ser el vicepresidente más joven en la historia de la compañía.

Cuando entró en su despacho, saludó a su secretaria.

—Buenos días, Jane.

—Buenos días, David.

Jane era una secretaria de mediana edad que había supuesto un golpe de suerte en la carrera de David. Cada uno respetaba el trabajo del otro, trabajaban como un equipo eficiente y él sabía que, cuando fuera presidente de Keppler, Van Horne, ella seguiría siendo su mano derecha. Un equipo tan bien avenido como el suyo no era algo que se encontrara con frecuencia.

—El grupo Belvedere ha preguntado si podrías estar allí a las cuatro en lugar de a las tres, así que he modificado tu agenda de hoy en base a eso.

—Genial, gracias.

Se rascó la nariz. Se le había quemado con el sol y le picaba después de un fin de semana navegando en el que había jugado a

los médicos con una enfermera de Boston que lo había tenido demasiado ocupado como para pensar en echarse protección solar.

—Ah, y has recibido tres llamadas de una mujer llamada Gretchen.

—¿Y Gretchen ha dejado un apellido?

—No creo que esté interesada en una póliza de seguros.

—Oh, esa Gretchen —era una azafata de vuelo con la que se había divertido, pero que claramente quería algo más de la relación de lo que él estaba dispuesto a dar—. Le dije que no me llamara al despacho —nunca le daba el número de su trabajo a las mujeres con las que salía, pero no era difícil localizarlo. Una simple búsqueda en Google bastaba—. Si vuelve a llamar, dile…

—Si vuelve a llamar, te la pasaré. A lo mejor deberías decírselo tú mismo.

—De acuerdo. Tienes razón.

—Imagino que no te has quemado con el sol estando con Gretchen.

—No. He estado navegando con una mujer llamada Claire. La verdad es que es muy divertida…

Jane estaba mirando hacia la puerta y de pronto lo interrumpió diciendo:

—No me extraña que vayas a casarte con ella. Sois perfectos el uno para el otro.

Si Jane estaba hablando sobre su prometida, eso sólo podía significar una cosa que quedó confirmada cuando la voz de un hombre mayor le dijo:

—Ah, David. ¿Tienes un minuto?

Se dio la vuelta para saludar al presidente de la compañía, Piers Van Horne.

—Claro, Piers. Pasa.

—Te has quemado. ¿Dónde habéis estado tu prometida y tú este fin de semana?

David pudo sentir en su espalda la mirada de Jane como si estuviera lanzándole rayos láser. Era verdad, no era una buena idea mentir al jefe, pero David estaba seguro de que sus motivos para hacerlo eran razonables.

—Hemos estado navegando un poco por Cape Cod. Nos ha hecho un tiempo fantástico.

David llevaba meses hablando de su prometida, desde que había oído rumores sobre la inminente jubilación de Macabee. Sabía que en Keppler, Van Horne había una regla no escrita: nadie que no estuviera casado ascendía a vicepresidente. Se esperaba que los vicepresidentes recibieran a clientes tanto en su casa como fuera y, por esa razón, Piers y su hermano preferían que los vicepresidentes, ya fueran hombres o mujeres, tuvieran pareja. David, que ya se había saltado las reglas en algunas ocasiones, había empezado a hablar de su prometida. Así, como si nada. Había llegado al trabajo un lunes hablando sobre el fin de semana que los dos habían pasado en Nueva York, o sobre el fugaz viaje que había hecho al Caribe.

—Es maravillosa. Hace que mi vida tenga sentido. Por cierto, ¿cómo están Helen y los chicos?

Charlaron un rato sobre universidades y después Piers dijo:

—Nos gustaría celebrar vuestro compromiso. Somos un negocio familiar y, admitámoslo, todos estamos involucrados en la vida de los otros, sobre todo a nivel ejecutivo. Pronto celebraremos una cena del consejo y quiero que vengas con tu prometida.

Para él, ser invitado a esa cena era un gran honor; significaba que los miembros del consejo iban a observarlo antes de ofrecerle el puesto de vicepresidente.

¡Sí! Estaba sucediendo de verdad. Iba a ser el vicepresidente más joven en la historia de Keppler, Van Horne.

Y fue cuando David lo entendió.

No sería él al que someterían a un escrutinio. Piers y el consejo querían asegurarse de que iba a casarse con la mujer apropiada para ser la esposa de un vicepresidente de Keppler, Van Horne.

David se consideraba un tipo optimista, de esos que siempre veían el vaso medio lleno, pero en ese momento sentía que el vaso se había caído de la mesa y hecho pedazos en el suelo, derramando todo su duro trabajo y sus sueños de ascender.

—¿Una cena de compromiso? —su voz sonó un poco más aguda de lo habitual mientras intentaba desesperadamente pensar en una salida—. No estoy seguro, tiene una agenda muy apretada. Yo…

Piers se levantó y le dio una palmadita en el hombro.

—No te preocupes. Ya que vosotros dos sois los invitados de honor, nos adaptaremos a vuestra agenda. Tenemos planes para ti, hijo. Grandes planes.

—Gracias, Piers.

Después de que su jefe se marchara, intentó controlar el pánico y empezó a pensar.

Estaba mirando por la ventana de su despacho cuando entró Jane.

—Aquí tienes los… ¿Qué te pasa?

Él se giró.

—Piers y el consejo quieren celebrar una cena de compromiso para mi prometida y para mí. Nos dejan fijar la fecha a nosotros para que no pueda alegar que ella no estará disponible.

Jane dejó caer sobre la mesa la montaña de papeles que llevaba.

—Si estás buscando compasión, has acudido a la persona equivocada. ¿No te avisé? —sacudió la cabeza—. ¿Qué vas a hacer? ¿Romper con el amor de tu vida justo antes de la cena?

Él ignoró su sarcasmo.

—¿Cuánto tiempo tienes? —preguntó ella.

—Un par de semanas como mucho.

—No hay problema. Estoy segura de que puedes encontrar a una mujer simpática y respetable que acceda a casarse contigo en un par de semanas. Debería ser pan comido. Está Gretchen, por ejemplo, o… ¿cómo se llama? ¿Claire?

—Mira, ellas no son la clase de mujer que Piers y el consejo aprobarían. Los dos lo sabemos. Además, lo de casarse no va conmigo.

Jane resopló, pero ella no conocía su pasado y él no tenía la más mínima intención de compartir el momento más humillante de su vida. Si quería verlo como un hombre que se divertía demasiado, algo que era esencialmente verdad, no le importaba.

—¿Sabes? Tienes parte de razón. Voy a encontrar una mujer que finja ser mi prometida durante un par de meses. Lo único que necesito es una chica simpática y decente. Conocerá a los del consejo y, después de que me asciendan, romperemos por

diferencias irreconciliables. Si soy franco con esa chica desde el principio, nadie se sentirá herido. No puede ser tan difícil.

—David, es una idea terrible.

—Será sólo durante un par de meses. Lo único que tengo que hacer es encontrar a una buena mujer.

—¿Conoces a alguna buena mujer?

—Sí. A muchas. Pero ninguna tiene madera de esposa de vicepresidente. Supongo que no conocerás a ninguna.

—Todas las mujeres que conozco son demasiado maduras para ti. Y eso incluye a mis sobrinas de veinte años.

Llevaba conquistando a mujeres tantos años, que había perdido la cuenta. Apoyó una cadera contra la mesa, seguro de que saldría de ese embrollo.

—¿Quieres apostar algo a que la encontraré?

—¿Qué hace un tipo como tú, que ama tanto el riesgo, trabajando en una compañía de seguros?

—Este mundo consiste en las probabilidades, Jane, y lo sabes. El cliente paga una pequeña prima por si sucede una catástrofe, la compañía de seguros básicamente apuesta a que no sucederá y se guarda el dinero. Riesgo, seguridad, recompensa… todo está unido. ¿Y este riesgo? Creo que puedo correrlo con toda seguridad.

Jane abrió la boca, la cerró, y volvió a abrirla.

—Irás al infierno.

Chelsea Hammond estaba de muy malhumor cuando se reunió con su amiga Sarah Wolfe para tomar algo después del trabajo en un restaurante de moda. Por lo general, le encantaba estar allí cerca del río y en el centro histórico de la ciudad, pero no ese día; estaba lleno de turistas que probablemente habían ido a visitar la Campana de la Libertad y a comer bistec al queso.

Debería haber cancelado la copa con Sarah y haberse ido a casa, pero Sarah era su mejor amiga. Habían crecido en casas que se encontraban la una frente a la otra y eran de la misma edad.

Según se acercaba al restaurante, vio que Sarah ya estaba allí, con uno de esos trajes de abogada que la hacían parecer una mujer

dura y un maletín en la mano mientras gritaba a alguien por el móvil. Chelsea se compadeció de quien fuera que estaba al otro lado de la línea.

Sus diferentes personalidades estaban representadas por sus respectivas elecciones a la hora de vestir. Chelsea llevaba los vaqueros que se había comprado en París y que ya estaban desgastados y una camiseta y unas botas que se había comprado en Barcelona. Si su pasión era la cocina, la moda era un amor rival.

Al acercarse, Sarah la vio y su severa expresión se desvaneció en una picaruela sonrisa.

—Ah, sí. Nosotros tampoco queremos volver a los tribunales. Ajá. Bien. Habla con él y llámame. Sí, la cena sigue en pie.

Cerró el teléfono sin decir ni adiós.

—Cretino —dijo antes de meter el teléfono en el bolso y darle un abrazo a su amiga—. ¿Cómo estás?

—«Cretino» es la palabra del día —afirmó Chelsea mientras se abrazaban.

Entraron en el bar del restaurante y se sentaron en una mesa. Sarah pidió un martini y Chelsea un Pernod.

—Ahora eres muy francesa, se me hace raro.

—Supongo que sí. Me he acostumbrado al Pernod en París.

Señaló el vaso de su amiga, con aceitunas en el fondo.

—Y sé que en tu cita de esta noche no llegarás muy lejos.

—¿Cómo dices?

—Nunca bebes antes de tener sexo con un tipo la primera vez. Siempre era tu regla y apuesto a que no has cambiado.

Sarah sonrió.

—Nos conocemos demasiado bien. Te he echado de menos. Me alegra que hayas vuelto.

—Yo también te he echado de menos.

—Bueno, ¿y quién es el cretino de tu vida?

—Mi jefe. Es fabuloso a la hora de gritar e insultar al personal, algo que se le podría perdonar si fuera un restaurador fantástico, pero trata a la comida tan mal como trata a los empleados; cocina como un hombre de las cavernas que acaba de descubrir el fuego.

—Entonces no es un cretino, es un troglodita.

—Exacto. Odio mi trabajo y odio a mi jefe, pero trabajar como ayudante de chef es lo único que he podido encontrar al volver a casa. Han sido tres semanas horribles.

—¿Quieres que demande a tu jefe?

—No, no se porta así sólo conmigo, lo hace con todo el mundo. Ni siquiera quiero el trabajo. Quiero crear mi propia empresa de catering, pero sin capital y sin cocina, es imposible —y con sus deudas después de haber hecho prácticas de cocina en París, pasaría algo de tiempo hasta que pudiera abrir su propio local.

—No digas eso. No es imposible.

—Calla, no quiero una charla para darme ánimos. Quiero llorar. Así que, en resumen, mi trabajo es horrible, mi jefe es horrible y, ¡oh, claro!, mi contrato de alquiler está a punto de expirar. Tengo veintiocho años y lo único que tengo es un talento que no puedo permitirme usar, electrodomésticos de cocina sin una cocina donde ponerlos y ropa comprada en París. Soy una perdedora.

—No lo eres. Mírate. Eres preciosa. Mataría por tener tu cuerpo, los hombres se derriten por ti —le miró el pecho—. Maduraste tarde, fue como si nada más llegar a la universidad de pronto te salieran las tetas.

—Y las caderas.

—Así que dices que tu trabajo apesta, pero sólo llevas aquí unas semanas. Date un respiro.

—Supongo que debería hacerlo —dio un trago mientras reflexionaba. Había hecho unos planes geniales con la ilusión de abrir su propia empresa de catering. Sabía que tenía el talento, lo que no tenía era dinero—. Ni siquiera necesito mucho dinero. Una cocina decente me valdría para empezar, pero no la tengo y encima pronto me quedaré en la calle.

—¡Pero has estado en París! En Le Cordon Bleu. Es el sueño de cualquier cocinero.

—¿Crees que es posible que haya visto *Sabrina* demasiadas veces?

Ella le había descubierto a Sarah la película en la que Audrey Hepburn, la guapísima hija de un chófer, se enamora perdidamente del guapo hijo del jefe de su padre, William Holden, que apenas se fija en ella. Su padre la envía a una escuela de cocina en París para

ayudarla a superar ese enamoramiento. Pero claro, en la película, Audrey acabó con Humphrey Bogart, el hermano mayor, más inteligente y más rico, y vivieron felices para siempre.

Sarah se rió.

—Nos encantaba esa película, ¿verdad? Eres idéntica a Audrey Hepburn, pero no eres la hija de un chófer.

—Mi situación fue parecida. Vivía en vuestro barrio porque mis tíos nos acogieron a mi madre y a mí después del divorcio. Y me enamoré perdidamente de un chico llamado David, tu hermano, que no sabía que yo existía.

—¡Ja! Así que sí que te gustaba. Eras muy tímida cuando él estaba delante. Sólo abrías la boca para preguntarle por los deberes. Él creía que eras todo un cerebrito, nunca supo que tenías una gran personalidad y una cara preciosa oculta bajo ese pelo tan largo.

—No me lo recuerdes. Aunque, por otro lado, siempre me ayudó —sus dulces recuerdos sobre aquel chico se ensombrecieron de pronto—. Y entonces aparecía una de sus muñequitas y se olvidaba de mí, de ayudarme con las Matemáticas y de todo.

—Aún sale con muñequitas frívolas, aunque no te lo creas. Este chico nunca ha llegado a crecer.

Habían pasado más de diez años desde la última vez que había visto a su amor de juventud.

—Por favor, dime que ahora está calvo y que tiene barriga cervecera.

—Me gustaría poder decírtelo, créeme, pero sigue siendo un tío bueno. Claro que, por dentro, sigue siendo un adolescente. Es una lástima.

—¿No se ha casado?

—Tienes que jurarme que no se lo dirás a nadie, pero estuvo prometido una vez.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

—No estoy segura del todo, pero ella era una chica lista, guapa, atlética, asquerosamente perfecta, y entonces de pronto decidió volver con su antiguo novio. David actuó como si no hubiera sido para tanto, pero la verdad es que se quedó hundido.

Chelsea tenía los ojos abiertos de par en par, no podía creerse que una chica hubiera tenido a su lado a un tipo como David y lo hubiera dejado marchar.

—Debió de hacerle mucho daño.

—Sí. Ahora ha vuelto con sus muñequitas superficiales. Sólo le interesan las mujeres que lo ven como el centro del universo, que no le suponen un reto. Está totalmente centrado en su carrera y cree que para cuando llegue a los cuarenta estará dirigiendo la compañía. Cretino.

—Veo que seguís teniendo esa relación de amor odio.

—Lo quiero, sabes que sí. Pero estoy enfadada por la broma que me gastó en Navidad.

—¿Aún seguís gastándoos bromas? —le pareció que ninguno de los dos había crecido.

—Empezó él —exclamó Sarah, confirmando la sospecha de Chelsea—. Me apuntó a una de esas páginas web de citas y con el perfil más estúpido que podrías imaginarte. Hizo que pareciera una virgen cincuentona buscando al señor Perfecto. Tardé días en descubrir por qué estaba recibiendo e-mails de un montón de tipos conservadores.

Tuvo que esforzarse por no echarse a reír. Los dos llevaban años gastándose bromas.

—¿Y qué hiciste para vengarte?

—Aún no he encontrado nada lo suficientemente malvado —sonrió —. Aún.

—¿Y con quién es tu cita de hoy? ¿Con otro abogado de divorcios?

—Es verdad que me conoces demasiado bien. Oye, ¿por qué no paso de este tipo y salimos las dos juntas?

—No puedo. Tengo que buscar un piso… o un albergue.

—Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras.

—Y lo haría si no fuera alérgica a tu gato, pero gracias.

A veces se preguntaba por qué había vuelto a Filadelfia. Su madre había vuelto a casarse y se había mudado a Florida, sus tíos se habían marchado a Palm Springs y, a pesar de todo, ese lugar seguía siendo su hogar. Sus amigos y todos sus recuerdos estaban allí. Por

mucho que le hubiera encantado París, siempre había sabido que volvería.

Philippe le había suplicado que se quedara diciéndole que podían abrir el mejor restaurante de París juntos y que, si las autoridades le ponían algún problema con su visado, se casaría con ella.

Pero su hogar la había llamado y ahora ahí estaba, de vuelta en casa e, irónicamente, sin casa.

Capítulo 2

A David se le daba muy bien mantenerse frío cuando se encontraba bajo presión y por experiencia sabía que al final las cosas siempre le salían bien. Tal vez necesitara trabajar un poco más, esforzarse más, encontrar una solución, pero al final siempre arreglaba el problema.

En ese caso, era diferente. Había atrasado la fecha de la cena de compromiso todo lo posible, pero estaba acercándose con rapidez. ¿Cómo iba a encontrar una prometida en unos pocos días? No podría hacerlo a menos que le vendiera su alma al diablo.

Y, además, no le valdría cualquier chica. Estaría bajo el escrutinio de todos los miembros del consejo y de sus esposas. Había repasado mentalmente todas las mujeres que se le habían ocurrido, había rastreado por el Facebook, en su agenda personal, pero ninguna de las mujeres que conocía eran la clase de mujer que Piers y su hermano considerarían apropiada para esposa de director.

Debería haberse pasado todo el fin de semana localizando a casamenteros que pudieran conocer a una mujer apropiada que quisiera fingir ser su prometida durante unos meses; alguien serio, sin mucho estilo, que supiera defenderse y hacerse valer en una conversación. También, tendría que ser discreta. Después, una vez que tuviera el puesto de vicepresidente en el bolsillo, su futura esposa y él descubrirían que no querían casarse. Él recibiría la compasión y la comprensión que despierta todo hombre abandonado y el puesto sería suyo.

Sin embargo, en lugar de entrevistar a posibles candidatas, estaba dirigiéndose a su casa para almorzar con sus padres antes de que ellos se marcharan de vacaciones unas semanas.

Recorrió el camino de entrada de la casa que sus padres tenían en Cape Cod y vio que su hermana ya estaba allí.

Salió del coche y sacó el enorme ramo de flores que era, por un lado, un regalo de despedida y, por el otro, un regalo de disculpas, ya que hacía semanas que no iba a visitar a sus padres.

Cuando pasó por delante del coche de su hermana, vio que ella seguía dentro y que, como siempre, estaba discutiendo con alguien por el móvil. La saludó y siguió caminando, pero entonces se detuvo en seco y retrocedió hasta la puerta del conductor. Sabía que estaba dejándose llevar por la desesperación, pero Sarah tenía un montón de amigas abogadas como ella y alguna podría impresionar a Van Horne. Además, era cuatro años más joven que él, así que la mayoría de sus amigas estaban en el rango de edad perfecto. Claro que esas chicas solían ser demasiado serias y demasiado feministas, y consideraban los testículos del hombre no como una de sus principales zonas erógenas, sino como el lugar más a mano para darles una patada. Una patada muy fuerte.

Sin embargo, estaba desesperado.

Ella apagó el teléfono y dejó escapar un resoplido de satisfacción. Era raro que su hermana perdiera una discusión, como él bien sabía por experiencia. Era la perfecta abogada de divorcios.

—¿A qué pobre imbécil estás fastidiando esta vez?

—¿Quieres hablar de fastidiar a la gente? Ese tipo ocultó millones de dólares en el extranjero y ahora está demandando a su mujer, una profesora de instituto, para exigirle una pensión alimenticia. Lo atraparemos.

—¿Alguna vez representas a hombres?

—Ni hablar —salió del coche y le dio un abrazo—. ¿Cómo está mi hermano mayor?

Ganar una discusión siempre la ablandaba, así que él decidió aprovechar y pedirle ayuda. Tal vez, sólo tal vez, tenía a la mujer perfecta para él.

—Pues en un lío, la verdad. Necesito tu ayuda.

—Oh, cielo, ¿qué pasa? ¿No será nada relacionado con la ley?

—No, no es nada de eso. Problemas de mujeres.

Las carcajadas de Sarah casi marchitaron de golpe el ramo de rosas.

—Ése es tu problema, guaperas, que sólo sales con muñequitas emocionalmente atrofiadas.

—Exacto —sonrió ante la expresión de sorpresa de Sarah—. Necesito conocer a una mujer de verdad. Alguien como tú que, obviamente, no sea pariente de sangre… ni que odie a los hombres.

—Yo no odio a los hombres.

—Está bien —no llegaría muy lejos insultándola, se recordó—. En serio, Sar, de verdad que necesito tu ayuda.

—Cuéntaselo todo a tu consejera.

Y eso hizo…

—¿Que has mentido sobre tener una prometida para lograr un ascenso?

—Haces que suene como si fuera algo malo.

—¿En qué estabas pensando?

—Está claro que no estaba pensando.

Ella cerró la puerta del coche con su cadera.

—No puedo creer que hoy en día una compañía piense que está bien negar o dar ascensos basándose en el estado civil de una persona. Está mal y es anticuado. ¿Quieres demandarlos? —su expresión se volvió tan llena de esperanza que David casi se rió.

—No. No quiero demandar a mi jefe. Quiero el puesto de vicepresidente.

—Entonces, ¿por qué has dicho que querías mi ayuda?

—Esperaba que conocieras a alguna mujer agradable y sin compromiso, alguien inteligente y con clase que pudiera ser encajar bien como esposa de un vicepresidente. Una chica a la que pudiera apetecerle acompañarme a unas cuantas cenas de empresa y actuar como si fuera mi prometida. Después, cuando consiguiera el empleo, romperíamos.

—Si conociera a alguna mujer así…

—Déjalo, no importa. Sólo quería intentarlo, no necesito que me des ninguna lección. Vamos a olvidarnos de toda esta conversación y disfrutemos de un agradable almuerzo en familia.

Se había girado para entrar cuando Sarah lo agarró del brazo.

—Espera.

David se dio la vuelta.

—Lo creas o no, sé de alguien que podría estar lo suficientemente desesperada como para hacerlo, si tú la ayudas a cambio.

—¿En serio?

—Y tú también la conoces. O la conocías.

—¿Quién es?

—Chelsea Hammond.

—¿Chelsea Hammond? —el nombre le sonaba, pero no lograba ponerle cara.

—¿Chelsea? ¿Mi mejor amiga? ¿La que vivía ahí mismo en la casa de los Dennis en la época en la que iba al instituto? —señaló una casa blanca de dos plantas que compartía un jardín trasero con la casa de sus padres—. Siempre estaba por aquí. Solía hacer las galletas y pasteles más ricos que he probado en mi vida.

—Oh, ¿te refieres a Hermione?

—Tú eras el único que la llamaba así —le recordó Sarah.

La recordaba bien. Era una chica muy seria. Siempre estaba leyendo un libro, normalmente uno de cocina, y tenía una mata de pelo morena y unos ojos marrones demasiado grandes para su cara. En cuanto había leído el primer libro de Harry Potter había pensado en la amiga de Sarah y desde ese momento la había llamado Hermione, como la mejor amiga de Harry, la cerebrito Hermione Granger.

Antes de poder preguntar más, se abrió la puerta.

—Me había parecido oíros a los dos —dijo su padre, sonriéndoles. Alzó la voz para decir—: ¡Meg, ya están aquí los chicos! —y su madre salió de la cocina con los brazos abiertos.

Meg y Lawrence Wolfe eran como las típicas parejas de los anuncios de jubilados, personas de éxito y llenas de salud que seguían felizmente casadas. Viajaban, se marchaban a lugares más cálidos en invierno y asistían regularmente a la iglesia. Su madre trabajaba como voluntaria en un comedor de beneficencia y, para vergüenza de sus hijos, su padre acababa de empezar clases de teatro.

La única pega que tenían era que ninguno de sus hijos estaba casado.

En cuanto se habían saludado, Sarah fue hacia la librería que había junto a la chimenea, sacó un álbum de fotos y lo abrió. Se lo llevó a David.

—Aquí hay una foto de los tres. Chelsea, tú y yo.

Era una fotografía tomada el día del cumpleaños de Sarah y los tres adolescentes posaban juntos. Él rodeaba a las dos chicas con sus brazos y la tarta decía «Feliz 15 cumpleaños, Sarah». En la imagen aparecía una delgada Hermione con una melena oscura y brillante que le caía como una cortina ocultándole la cara. Solía sonrojarse siempre que él estaba cerca, y eso le hacía sospechar que la chica estaba encaprichada de él. Había sido una buena niña, y David creía recordar que algunas veces la había ayudado a hacer los deberes.

—¿A qué se dedica ahora?

—Ha estudiado en Le Cordon Bleu en París. Hace unas semanas que ha vuelto a casa y está buscando una cocina. Tiene intención de crear una empresa de catering.

Su madre se acercó.

—Era una niña buenísima. Me alegra que haya vuelto. Tendremos que invitarla a venir cuando volvamos de nuestras vacaciones —y a continuación formuló la pregunta que David quería hacer—: ¿Sigue soltera?

—Sí.

Meg suspiró.

—No sé qué le pasa a la gente joven. ¿Es que ya nadie se casa?

—Claro que sí, mamá. Lo único que pasa es que David y yo somos muy selectivos.

David seguía mirando la fotografía, intentando imaginarse a Hermione de mayor. Veía que con quince años tenía una piel y un pelo bonitos y unos ojos grandes, y podía imaginársela de mayor. Se imaginaba a una chica estilo bibliotecaria con el pelo recogido en un moño y, tal vez, gafas por haber leído tanto. Y le gustaba la imagen, aunque temía algo…

—Conque catering, ¿eh? ¿Ha ganado mucho peso?

Sarah y su madre lo fulminaron con la mirada.

—¿Qué pasa? Sólo es una pregunta.

—Tomé algo con ella el jueves. No está tan delgada como cuando tenía quince años, pero por lo demás está exactamente igual. Incluso diría que la veo más guapa que antes. La reconocerías en cualquier parte.

David sintió que su mundo había pasado de pronto de ser una lúgubre película europea en blanco y negro a un éxito de taquilla en Technicolor. Chelsea Hammond era una chica brillante, estudiosa y algo tímida, y todo eso era positivo. Además había estado en París, lo que le añadía un cierto grado de sofisticación, y ¿podía cocinar? ¡Sus jefes se derretirían por ella!

Chelsea Hammond aún no lo sabía, pero acababa de convertirse en su prometida fingida perfecta.

Capítulo 3

—Bueno, ¿soy un genio o no? —exclamó Sarah.

La cafetería estaba repleta a media mañana, mamás con niños en sus cochecitos, señores mayores haciendo crucigramas y una gran mesa ocupada por lo que parecía un grupo de mujeres que salían a caminar juntas. El murmullo de voces quedaba enmarcado por el silbido del vapor de la máquina de café.

—¿Estás de broma? —dijo Chelsea tras un breve silencio.

—Te lo digo en serio. Mi hermano quiere que finjas que eres su prometida.

—No me lo creo —había estado enamorada de David Wolfe desde el primer momento que lo había visto en la parte trasera de la casa jugando a encestar y se quedó prendada de su alto y atlético cuerpo. Nunca, mientras viviera, olvidaría ese momento. Su madre y ella acababan de mudarse con sus tíos, ya que sus padres, no contentos con alterar su vida con su divorcio, ni siquiera habían llegado a un acuerdo para dejar que siguiera en su casa, yendo a la misma escuela y junto a sus amigos de siempre. Recordaba haberse sentido perdida y sola, pero después se había asomado por la ventana, había visto a ese chico dando un salto en el aire mientras el sol resplandecía sobre su cabello, y se había enamorado perdidamente.

Por entonces tenía catorce años y hasta el momento ningún hombre había podido igualar el impacto que había sentido al ver a David Wolfe por primera vez.

Claro que, como en todos los casos de amor adolescente no correspondido, él apenas se había percatado de su existencia. ¿Y ahora el David maduro quería que fingiera ser su novia?

—Pero aún no has oído la mejor parte.

—¿Es que hay algo mejor?

—Ya que soy tu abogada…

—No, no lo eres.

—Lo sería si lo necesitaras. Deja de interrumpir. Ya que soy tu abogada, he negociado las condiciones.

—¿Condiciones? Estoy a punto de quedarme en la calle, no estoy de humor para bromas. Gástaselas a tu hermano.

—Le he dicho que si ibas a hacerle un gran favor, entonces él tenía que hacerte un favor a ti.

—¿Y cuál es?

Sarah esbozó una gran sonrisa.

—Que ya no estás en la calle.

—¿Qué?

—Le he sugerido a David que, si ibas a hacerle este gran favor, entonces él tiene que hacerte uno y dejarte vivir en su habitación de invitados.

—¿Estás sugiriéndome que me mude con tu hermano?

—Claro, tiene una casa fantástica y varias habitaciones. La habitación de invitados está decorada por un profesional, tiene su propia televisión, te encantará. Pero espera —dijo, como en los anuncios de la tele—, aún hay más.

—No puedo imaginarme más.

—Tiene una cocina impresionante de diseño y con electrodomésticos de último modelo. Lo único que usa es el microondas y el dispensador de hielos. Le he dicho que vas a dirigir un negocio de catering desde su cocina hasta que puedas permitirte tener tu propio local.

En lugar de hacer uso, como de costumbre, de su racionalidad, Chelsea se dejó llevar por la emoción.

—¿Y ha aceptado?

—Ha dicho: «Gracias, Sarah. Eres una diosa entre las mujeres y tengo el honor de ser tu hermano».

—En otras palabras, le has dicho que o me acogía en su casa o no había trato.

—Más o menos.

Ella se recostó en la silla y le dio un sorbo a su café con leche mientras en su cabeza se desvanecían las imágenes de

electrodomésticos de acero inoxidable y de su propio dormitorio.

—Creo que no.

—¿Estás loca? Esto es todo lo que quieres y te lo he puesto en bandeja de plata. Admito que tener que fingir estar enamorada de David va a ser duro, y si yo tuviera que volver a vivir con él, me suicidaría, pero tú eres mucho más simpática y buena que yo.

—No es por eso. Sería una invitada no deseada en su casa. Sería incómodo.

—Créeme, ese hombre está tan desesperado, que podría decirle que tiene que marcharse de su casa mientras tú estás allí y empezaría a hacer las maletas.

Chelsea se rió.

—¿Cómo es posible que un treintañero atractivo no conozca a ninguna mujer agradable?

—Conoce a muchas mujeres agradables, son unas muñequitas superficiales. En serio, no sé dónde las encuentra, es como si las encargara por internet. El caso es que no son la clase de mujer que le presentas a tus jefes y que encaja en el perfil de esposa de directivo.

—¿Y creéis que yo lo soy?

—Pues claro. Eres simpática con todo el mundo, tienes buenos modales en la mesa, te mantienes al tanto de lo que sucede en el mundo y te encanta cocinar. Además, eres guapísima y no hay duda de que eso es un punto extra —le quitó a Chelsea el cruasán que tenía intacto en el plato y le dio un mordisco—. ¡Hasta yo estoy medio enamorada de ti!

—Sería genial volver a tener una cocina de verdad.

—¡Bravo! —y antes de que Chelsea pudiera decir nada más, Sarah había sacado el móvil y había marcado un número a toda velocidad —. ¡Ey, hermanito! Soy yo, la mejor hermana del mundo.

Chelsea no podía creerlo. Su amiga estaba cerrando el trato y ella ni siquiera había aceptado.

—He hablado con Chels y dice que lo hará. Necesitará un compromiso de tres meses, claro, ya que necesita esa cocina, así que aunque te ofrezcan el empleo de vicepresidente en una semana, ella seguirá teniendo un lugar donde quedarse y una cocina.

Chelsea estaba sacudiendo la cabeza y las manos, no podía creer que Sarah estuviera haciéndola quedar como una egoísta interesada.

Su amiga la ignoró. Estaba totalmente metida en el negocio.

—¿Trato hecho? Excelente —volvió a reírse—. Claro que habrá un contrato, lo tendré redactado antes de que llegue el viernes. ¿Dónde tiene que reunirse contigo?

Chelsea abrió los ojos de par en par y, al parecer, David también tenía ciertas reservas al respecto porque oyó a Sarah decirle:

—No. No podéis veros antes, porque ella no está aquí —su amiga le guiñó un ojo—. Está trabajando en un catering y volverá el viernes. No te preocupes. Te garantizo que estará allí. Acuérdate de Hermione, siempre era absolutamente fiable. Ahora dime, dónde y cuándo.

Chelsea casi había olvidado el apodo de Hermione. En el pasado había hecho como si lo odiara, claro, pero en secreto le había encantado que David se hubiera fijado en ella lo suficiente como para ponerle un apodo… aunque fuera porque le recordaba a una cerebrito socialmente inepta.

—No. No puedes llamarla. Recuerda, te he dicho que está trabajando en un catering y su móvil aún tiene el operador europeo. Es demasiado caro. No. No voy a darte el número. Tendrás que confiar en mí.

El tono de Sarah cambió.

—Ey, yo jamás te dejaría tirado, no con algo tan importante. Mira, si quieres que le diga a Chelsea que se olvide de todo, lo haré. Sólo queremos ayudarte… Está bien. Te verá el viernes a las siete menos diez.

Él dijo alguna otra cosa y Sarah volteó los ojos.

—¿No la recuerdas? Chelsea es la persona más puntual que conocerás en la vida.

Estaba claro que su hermano tenía sus dudas y Chelsea se dio cuenta de que a ella le pasaba lo mismo.

—¿Por qué no dejas que me vea ni que me llame antes del viernes? —le preguntó a Sarah cuando ya había colgado.

—Pequeño saltamontes, debes aprender a ser sensata. ¿Prefieres que tu amor de adolescencia al que no ves en años te vea en el

trabajo, llena de harina y mugre de cocina o llevando uno de esos preciosos vestidos parisinos que has traído, con el pelo de peluquería y un maquillaje perfecto?

Tenía que admitir que su amiga tenía razón. Si tenía que ver al dios de su juventud, quería hacerlo con el mejor aspecto posible.

—¿Y cuál es la razón para no dejar que me llame por teléfono?

—En nombre de todas las mujeres, se merece ponerse un poco nervioso, ¿no crees?

Chelsea recuperó la mitad de su cruasán.

—En serio, ahora mismo no sé qué pensar.

—Va a ser fantástico. ¡Oh!, una cosa, David me ha pedido que lleves algo sexy. Ya sabes cómo son los hombres, les encanta lucir a una mujer guapa.

—¿Sexy, eh? —en lo más hondo de su ser, tenía que admitir que la atraía la idea de que David la mirara como a una mujer deseable en lugar de como a una tímida adolescente—. Lo tengo. Es rojo, bastante ajustado y corto. Aunque no sé, tal vez sea demasiado sexy para un ejecutivo.

Sarah estaba encantada.

—Será perfecto.

Capítulo 4

«Debería pedir cita con un psiquiatra», pensó David mientras se dirigía a la que, probablemente, sería la noche más importante de su vida, en la que además de llevar una acompañante que fingiría ser su prometida, esa chica era básicamente una cita a ciegas.

Al salir de su casa, pensó en qué cosas podrían salir mal. ¿En qué habría estado pensando? Había sido un arrogante al creer que podía llevar a cabo una trama así. ¿Por qué no había escuchado a Jane? Ella tenía razón, siempre tenía razón. Ese engaño había sido una mala idea desde el principio. Si su jefe lo descubría todo, no sólo perdería la posibilidad de un ascenso, sino también su trabajo.

Antes de poder darse cuenta, ya estaba delante del hotel donde había quedado con Chelsea.

Al situarse junto a la entrada, vio a una impresionante morena que parecía estar esperando al hombre más afortunado del mundo. Esa mujer era guapísima. En una escala del uno al diez, le daba un cincuenta. Llevaba una media melena lisa, oscura y brillante, y sus enormes ojos marrones miraban al mundo con una sofisticada inocencia. Tenía una boca maravillosa pintada en un sensual tono rojo; un rojo que hacía juego con el ceñidísimo vestido que resaltaba sus curvas de modelo. Dio un paso hacia él sobre unos zapatos de tacón de aguja y el contoneo de sus caderas casi acabó con él.

—Lo siento —le dijo a la chica—. He quedado con alguien.

Esa preciosa boca se curvó en una sonrisa.

—Creo que has quedado conmigo —incluso el sonido de su voz era excitante.

David se rió.

—Ojalá —y después miró a un lado y otro de la calle esperando que Hermione llegara pronto.

La sonrisa de la chica desapareció y quedó reemplazada por una expresión de perplejidad.

—David. ¡Soy yo! Chelsea.

—¿Chelsea? —preguntó con la voz entrecortada ante la mujer más sexy que había visto en su vida. ¿Esa increíble mujer era su prometida? ¿Qué había pasado con la tímida y sosa Chelsea? Presentarle a esa chica a los ejecutivos y al consejo de directores sería como mezclar nitroglicerina con gas.

¡Boom!

Y sería él el que saliera volando por los aires.

Podía oír el eco de las palabras de su hermana: «Está exactamente igual».

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que le había gastado una broma. Nunca debía haber apuntado a Sarah a esa página de citas de internet. En venganza, ella había arruinado su carrera.

—¿Eres Chelsea? —no podía creer que esa insulsa adolescente se hubiera convertido en una diosa.

Una sonrisa de entusiasmo iluminó los ojos de Chelsea.

—No me has reconocido.

—Eh…, no. La verdad es que no. ¿Qué le ha pasado a Hermione?

—Que ha crecido.

Pero decir eso era quedarse corto. Si al menos hubiera sido invierno, podría haberle comprado un abrigo y cubrirla desde los tobillos al cuello. Pero era julio, un caluroso julio, y no había forma de taparla.

Ella captó su preocupación.

—¿Estoy bien vestida? Sarah me dijo que me pusiera el traje más sexy que tuviera.

—Claro que te lo dijo.

Rápidamente, David analizó sus opciones. Tenía cinco minutos hasta que se reunieran para cenar.

Podía decirle que se fuera a casa e inventarse que su prometida se había puesto enferma, o podía seguir con su farsa. Tal vez podía romper con ella mucho antes de lo planeado, ya que la prometida que había pensado que ayudaría a lanzar su carrera parecía estar en peligro inminente de destruirla.

Forzó una sonrisa.

—Estás bien —dio un paso adelante y la besó en la mejilla—. Gracias por ayudarme.

—Podría decir lo mismo. Supongo que estamos ayudándonos el uno al otro.

David casi gruñó. Había olvidado las condiciones de su hermana. No sólo iba a destrozar su carrera, sino que lo había convencido para que alojara a esa mujer en su casa durante tres meses.

—¿Puedes caminar con esos tacones? El restaurante está unas calles más allá.

—Creo que puedo apañármelas.

Se dirigieron al restaurante. Tenía cinco minutos para prepararla, mientras que se había imaginado que pasaría horas contándole todo lo que una prometida tiene que saber de su prometido. Aunque, de todos modos, lo había dejado tan atónito, que a David se le habían olvidado todas las cosas que le habían parecido importantes.

Pero, ¿qué más daba? Estaba condenado.

Chelsea parecía ajena a todo ello mientras caminaba sobre el pavimento como si fuera bailando al ritmo de sus tacones.

—¿A quién voy a conocer esta noche?

Por suerte, era una chica lista y, al parecer, no se había quedado tan impactada con él como él con ella. Le hizo un resumen de todos los participantes mientras ella escuchaba atentamente y le recordaba por primera vez a la chica que había conocido.

—¿Hay algo en particular que debería o no decir?

—Simplemente sé tú misma, y si no sabes qué decir, déjame a mí.

—¿Qué les has contado sobre mí? —el cabello le caía por la mandíbula en un corte sofisticado y él se fijó en lo largo y elegante que era su cuello.

—Nada. Ni siquiera sabían tu nombre hasta hace unos días. Ah, sí, fuimos al Caribe en marzo. Y te quemaste con el sol.

—Tonta de mí.

—Puede que también les haya dicho que te encanta esquiar.

—Tonto de ti.

—Sí. Creo que en febrero fuimos a Vail.

—¿Desde París?

—No sabía que estabas en París cuando nos prometimos. Improvisaremos sobre la marcha.

—Haré lo que pueda —dijo ella.

A pesar de los ridículos tacones de Chelsea, llegaron a tiempo y, antes de que él se sintiera preparado, ya estaban de pie esperando fuera del restaurante. Respiró hondo.

—¿Preparada?

—Más que nunca.

—Bien —le agarró la mano—. Espero que no te importe. Deberíamos actuar como… bueno, ya sabes…

—Amantes —respondió ella, entrelazando sus dedos con los de él. Encajaron a la perfección. La palabra «amantes» y el modo en que ella la había pronunciado le había hecho formar en su mente la imagen de los dos en la cama, una imagen ardiente y orgásmica. Pero eso no era lo que quería estar pensando cuando viera a sus jefes.

Entraron en el restaurante, un local francés, y los llevaron a la planta de arriba, donde tenían reservado un espacio privado.

Aún no había mucha gente, sólo los personajes clave. Piers y su esposa, Helen. El hermano de Piers, Lars, y su esposa, Amelia, y varios miembros del consejo con sus mujeres. Damien Macabee lo saludó con gesto afable y David estaba tan nervioso que ni siquiera se le pasó por la cabeza lo incómodo que sería cenar con el hombre al que pretendía sustituir. La mujer de Macabee también lo saludó y bajo su escrutinio se sintió todavía más incómodo. Pero claro, esa mujer era jueza y él siempre estaba convencido de que podía ver a través de él.

Durante un segundo se hizo un silencio absoluto. Piers fue el primero en reaccionar y caminó hacia ellos con una sonrisa.

—Bueno, David, me alegro de verte. Y, por favor, preséntame a tu encantadora prometida.

—Encantado, Piers. Piers Van Horne, mi prometida Chelsea Hammond —el nudo de la corbata estaba asfixiándolo. Ya había estado prometido una vez y se había jurado no volver a ponerse nunca más en la misma situación, a pesar de que ahora sabía que

con Chelsea no saldría herido porque no la amaba y apenas la conocía.

Ella estrechó la mano de su jefe.

—Gracias por invitarme.

—Nos alegramos mucho de poder conocerte por fin. Hemos oído muchas cosas sobre ti.

—David también me ha hablado un poco sobre ustedes.

—Ven a saludar al resto de personas con las que trabajamos.

La instó a que se acercara.

—Mi esposa Helen. Helen, te presento a Chelsea.

Se dieron la mano.

—Vamos a traerles algo de beber a nuestras mujeres —dijo Piers.

David odiaba tener que dejarlas solas, pero no tenía elección.

—¿Qué quieres beber, cielo?

—Tomaré Pernod, como siempre, si tienen —respondió—. Y si no, vino blanco.

Pernod. Por qué demonios no podía beber algo normal, un whisky o un martini o algo así.

—Pernod —oyó decir a Helen y se estremeció de miedo—. Recuerdo que mi hermano lo bebía. Adoptó la costumbre cuando estuvo viviendo en Francia.

—Así es como empecé yo también. He estado viviendo en París hasta hace poco.

—¿En serio? Una Navidad llevamos a los niños a visitar a Bob. Estaba trabajando en IBM. ¿Tú estabas de vacaciones?

—No. He estudiado en Le Cordon Bleu. Soy chef.

—¿En serio? Qué interesante. Oh, cuánto te envidio. Me casé tan joven, que nunca… —y entonces David, que había ido a acompañar a Piers, ya no pudo seguir oyendo su conversación y se quedó sin saber qué era eso que Helen no había hecho nunca. Por lo menos los cinco primeros minutos de su suplicio estaban yendo mejor de lo que esperaba.

Piers y él pidieron las bebidas y volvieron con las mujeres, que para entonces estaban hablando de pasteles. ¡Pasteles!

David se bebió de un trago su whisky con soda. No era un gran bebedor, pero estaba claro que necesitaba algo que le diera un falso

valor si quería pasar esa noche.

Más miembros del consejo empezaron a llegar y si bien Chelsea seguía destacando como la mujer más glamurosa y sexy de todas, él también empezó a darse cuenta de que no estaba avergonzándolo tanto como se había temido. Seguía siendo la persona inteligente, leída y curiosa de siempre, y además, parecía haber superado su timidez.

Para cuando les sirvieron la cena, Chelsea ya había encandilado a la mayoría de los miembros del consejo y a sus esposas. Tenía la extraña habilidad de conversar sobre una amplia variedad de temas y parecía tan interesada en hablar de cocina y moda como de política y la actualidad. El único momento en el que pareció perdida fue cuando la conversación se centró en los deportes.

David estaba empezando a pensar que tal vez esa noche no iba a ser el desastre que se había imaginado cuando se sentaron a cenar. Dado el número de gente, los colocaron en una mesa larga. Chelsea y él se sentaron el uno al lado del otro. Piers y una pareja de los miembros más antiguos del consejo estaban a su lado.

Ella pidió el pescado fresco del día y él lo mismo. No estaba planeado, pero sin duda sirvió para hacerles parecer más una pareja.

Cuando llegaron los primeros platos, Amelia se inclinó hacia delante y dijo:

—Le he preguntado a Lars dónde os conocisteis David y tú. Los hombres no tienen remedio. Trabajan juntos días tras día y, ¿sabes?, no ha sabido responderme.

David tragó saliva. Chelsea y él se miraron.

—¿No le has contado nada? —preguntó ella.

—Así somos los chicos. Cuéntaselo tú, cielo.

No había duda de que Chelsea tenía unos ojos impresionantes. Brillantes, marrones como una tarta de chocolate, y la más increíble combinación de inocencia y picardía.

—Bueno, lo cierto es que David y yo nos conocemos desde que yo tenía catorce años.

—¿En serio? ¿Fuisteis novios en el instituto?

—No. Él era algunos años mayor, el hermano de mi mejor amiga. Ni siquiera sabía que yo existía —dejó escapar un exagerado suspiro

—. Y yo estaba loca por él.

Todo el mundo se rió y ella continuó:

—Nos mudamos cuando terminé el instituto y pasé años sin ver a David.

Él siguió con la historia.

—Entonces nos encontramos un día en la calle y no podía creerme lo preciosa que era.

Aunque estaban actuando, en realidad habían logrado decir la verdad.

—Oh, qué historia tan dulce —dijo Helen—. ¿Cuándo es la boda?

Chelsea y él se miraron, pero en esa ocasión ella no habló.

—Aún no tenemos la fecha fijada —se apresuró a decir David. Y después, al darse cuenta de cómo había sonado, añadió—: Probablemente será la primavera que viene.

—Deberíais poneros con ella lo antes posible si tenéis pensado hacer una boda de primavera —les advirtió Amelia—. Los buenos sitios se reservan pronto. Cuando mi hija se casó, tuvimos todo un año para planearlo y aun así, tuvo que conformarse con su segunda opción.

—Tenemos que pensar en ello, cielo —dijo él antes de buscar desesperadamente un cambio de tema. Pero antes de poder pensar en algo, Amelia volvió al tema.

—Veo que no llevas anillo, querida.

Maldita sea, lo había olvidado. Debería haberle dado a su prometida fingida un anillo de diamantes falso.

Estaba abriendo la boca sin la más mínima de qué iba a decir cuando Chelsea lo agarró de la mano.

—Quería regalarme uno, pero trabajo todo el día con la comida. Sinceramente, un anillo no haría más que estorbar. Me aterrorizaría quitármelo para lavarme las manos y que el anillo se fuera por el desagüe o algo así. Aunque claro, una vez que estemos casados, llevaré una alianza.

A medida que avanzaba la noche los miembros del consejo iban alborotándose un poco más y de pronto, para horror de David, se oyó una cuchara chocando contra una copa.

—Queremos que la pareja de prometidos se bese —gritó alguien.

Piers comenzó a protestar, pero su mujer dijo:

—Oh, no seas aguafiestas. Es bonito ver a una joven pareja enamorada.

Más cucharas se habían unido a la primera. ¿Qué podía hacer?

Se inclinó hacia delante y vio una sonrisa reflejada en los ojos de Chelsea mientras sus labios se cerraban sobre los de ella.

Durante un segundo olvidó que estaba en una reunión de la empresa con un grupo de gente que tenía su futuro en sus manos y lo único en lo que pensó fue que Chelsea sabía a chocolate y a sexo y a unas notas del Pernod que se había tomado antes.

Se apartó lentamente y Chelsea se relamió los labios como si quisiera guardarse el sabor de ese beso.

David quiso decir algo que aliviara la tensión, pero no podía pensar. Sentía fuegos artificiales dentro de su cabeza… O tal vez eran las luces de una sirena avisándolo de que se había metido en un buen lío.

Capítulo 5

«¡Oh, no!». Eran las palabras que se repetían una y otra vez en la cabeza de Chelsea.

Si hubiera tenido la gran idea de establecer unas reglas, la regla número uno habría sido «nada de besos». Bueno, nada de contacto físico de ninguna clase. Pero era demasiado tarde para eso, así que tal vez si se recomponía lo suficiente como para hacer una lista de reglas de conducta, tendría una pequeña posibilidad de vivir esa farsa sin quedar como una tonta.

Tal vez.

En todo momento durante la noche fue consciente de la presencia de David a su lado, del roce de su brazo, del calor de su cuerpo, a pesar de la chaqueta de verano que él llevaba. Y al igual que había sentido ese calor, podía sentir la insistente atracción que vibraba entre los dos.

No estaba segura de si alegrarse o lamentarse cuando finalmente se marcharon. Claro que había sido estresante representar el papel de prometida, pero por lo menos el esfuerzo mental le había impedido pensar en el hecho de que pronto estaría en la casa de David.

Con David.

A solas.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él. Estaban sentados en un taxi y dirigiéndose a su casa. Chelsea estaba segura de que vivía lo suficientemente cerca como para ir caminando, pero en deferencia a sus tacones, David había insistido en que tomaran un taxi.

«¡No!», se apresuró a decirse. No tendrían sexo. Estaba claro que la nueva regla número uno sería «Nada de sexo».

Las buenas razones para ir a casa de David incluían un lugar bonito donde alojarse durante unos meses y usar la cocina que,

según Sarah, era fantástica.

Tuvo que recordarse eso continuamente, sobre todo después de romper la regla número uno de la antigua lista de reglas, la que decía que nada de besarse. Porque cualquier tonto podría ver que, una vez que una mujer empezara a besar a un hombre como David, jamás podría parar.

¿Cuántas veces había soñado con ese primer beso? ¿Mil? ¿Un millón? ¿Diez mil millones? Había sido una chica tímida y poco sociable que leía a los clásicos y cocinaba. Otros chicos y chicas jugaban a los videojuegos y veían *Friends* cuando volvían a casa de la escuela, pero ella veía programas de cocina. Llevaba ropa pasada de moda, no era especialmente guapa y era tímida y estudiosa, además de la perfecta candidata para enamorarse del chico que más posibilidades tenía de hacer lo que le placiera.

Pero incluso en el reino de fantasía en el que David se fijaba en ella y la acercaba a sí lentamente para besarla, ella jamás había imaginado que sería tan impresionante… y eso que como toda chica tímida y aficionada a la lectura, tenía bastante imaginación.

Quién habría imaginado que ahora, ahora que ya no era esa joven y tímida romántica, cuando tenía mucha experiencia en la vida y en el amor, un simple beso podía poner su mundo patas arriba.

Pero lo había hecho.

Y por eso estaba pensando de manera obsesiva en intentar ceñirse a las reglas.

—Estoy pensando en reglas —dijo por fin en respuesta a la pregunta de David.

—¿Reglas? ¿Qué clase de reglas?

Habló con ese tono de voz bajo y sensual típico de un hombre que llevaba a mujeres a su casa con demasiada asiduidad y no precisamente para que durmieran en el cuarto de invitados y utilizaran su cocina. Oh, no. Él se pensaba que iba a inventarse algún juego sexual con reglas y, con sólo imaginárselo, a Chelsea la invadió una ráfaga de calor.

—Reglas de conducta —le respondió con brusquedad.

—Tal vez puedas explicarme exactamente lo que quieres decir.

—Si vamos a compartir casa, creo que necesitamos unas directrices.

—Si esta conversación es sobre dejar la tapa del retrete subida o bajada, puedes relajarte. Hay dos cuartos de baño. Tendrás el tuyo propio.

—No estaba pensando en esa clase de reglas, aunque supongo que tendremos que analizar las preferencias del otro. Estaba pensando más en… —no sabía cómo plantearlo y de pronto se sintió increíblemente estúpida—. Reglas entre tú y yo.

¿Tenía que sentarse tan cerca de ella? Había mucho espacio, pero David se había sentado a su lado, pierna con pierna, muslo con muslo, y Chelsea sentía el calor vibrando entre ellos de un modo que no era nada saludable para su paz mental.

—Reglas entre tú y yo —repitió él, sonando algo confuso, pero esperanzado.

—Como «Nada de besos».

Él se rió, y resultó un sonido tan sexy, que Chelsea quiso abalanzarse sobre él y romper todas las reglas que había pensado y otras tantas que no.

—Pues me parece que la primera regla ya la hemos roto.

—Lo sé. Eso es lo que me ha hecho empezar a pensar. No puedo vivir en tu casa si vamos a estar, ya sabes…

—Besándonos.

—Y esas cosas.

—En este punto estoy dispuesto a negociar. ¿Y si nos saltamos lo de besar y nos ceñimos a «y esas cosas»?

—Esto no es una broma. Apenas te conozco.

—¿De qué estás hablando? Nos conocemos desde hace años.

—Ni siquiera me has reconocido.

—Has crecido y te has vuelto muy sexy, por eso no te he reconocido —bajó la mano y la puso sobre su rodilla—. Vamos a pasar unos meses juntos, viviendo bajo el mismo techo. Según el beso, creo que tenemos bastante química. ¿En serio vas a ignorar eso?

La pregunta quedó pendiendo en el aire un buen rato antes de que ella tuviera la fuerza para decir «Sí».

—Creo que te estás tomando las cosas demasiado en serio.

Y ésa era la razón por la que ella tenía que poner unas reglas y hacer que los dos se ciñeran a ellas.

—El sexo es algo serio para mí.

—¿Por qué? —David parecía tener verdadera curiosidad.

—Porque importa.

—Claro que importa. El sexo te hace sentir bien, es divertido, no le hace daño a nadie y podría ayudar a reducir la tensión que tienes encima.

—¿Es eso lo que crees? ¿Que el sexo es sólo un deporte de recreo, como un partido de tenis?

—Tal vez no exactamente como el tenis, pero sí algo que te hace sentir bien, que te acelera el corazón y alivia tensiones. ¿Qué tiene eso de malo?

—Para mí no es así. Para mí el sexo va unido al amor. No puedo entregarme a alguien por el que no siento algo profundo.

Hubo un silencio durante un instante. Después él apartó la mano y dijo:

—Está bien.

¿Está bien? No sabía por qué, pero Chelsea se sintió algo decepcionada. David ni siquiera había intentado hacerla cambiar de opinión. Habría sido agradable saber que era tan deseable, que él intentaría por todos los medios acostarse con ella.

Qué deprimente.

Ni siquiera había sido sincera del todo. Se había acostado con hombres a los que sabía que no amaba, pero siempre había sentido por ellos algo más que una mera amistad… Y más que mera lujuria.

El taxi se detuvo delante de una casa de piedra marrón en una tranquila calle flanqueada por árboles. La zona era una de las más bonitas de la ciudad y desde ella podría ir caminando a todas partes, algo que era fantástico.

Él pagó el taxi, bajó y le dio la mano para ayudarla a salir.

—Gracias.

David le soltó la mano y sacó las llaves.

Avanzaron hasta una brillante puerta negra con una ventana en la mitad superior y cuando la abrió y encendió las luces, ella lo siguió y

se enamoró al instante.

La casa combinaba lo mejor del siglo XIX, que era cuando la habían construido, con sus brillantes suelos de madera, su chimenea y sus altos techos, con un mobiliario, una decoración y una iluminación completamente modernos.

El diseñador había optado por una paleta de colores masculina al pintar las habitaciones en tonos burdeos, grises y verdes, pero a Chelsea le gustó de todos modos.

—Es preciosa —dijo.

—Gracias. La cocina está allí —le informó David como si supiera que ésa sería la primera habitación que ella querría ver. La condujo a través del salón y después abrió las puertas dobles haciendo que ella volviera a enamorarse otra vez.

—Es enorme —dijo, incapaz de decir algo más original.

—Tiré abajo el comedor y puse una cocina grande. No me gustan los comedores. Pensé que esto era más práctico, aunque no cocino demasiado.

Ella dio unos pasos y deslizó los dedos sobre las encimeras de granito oscuras del mismo modo que acariciaría la cara de un amante. Una barra de desayuno tenía cuatro taburetes, pero había además una vieja mesa de granja que pedía a gritos un jarrón con flores frescas y donde se podía comer sentado. La mayor parte de toda una pared eran ventanas.

Miró a David.

—¿Estás de broma? Mira esos electrodomésticos —dijo acariciando los electrodomésticos industriales de acero inoxidable—. Horno de gas, ¡perfecto! Y una cocina con seis fuegos.

Abrió la puerta del horno y se imaginó sus bandejas dentro. Al mirar dentro del frigorífico de dos puertas, encontró lo típico de un soltero.

—Aquí dentro no hay nada más que bebida y unos cuantos recipientes de comida para llevar.

—No estoy mucho en casa.

Parecía estar disfrutando viéndola tan emocionada mientras abría todos los armarios y los cajones y pensaba en cuánto tendría que

comprar y en dónde colocaría sus aparatos. Estaba encantada de ver que los espacios de almacenaje estaban relativamente vacíos y sabía que eso no duraría mucho.

—Es perfecta.

—Pues ni siquiera has visto tu dormitorio.

—¿Quién necesita dormir cuando se tiene una cocina como ésta? Oh, las cosas que podré crear en este espacio.

Siguió a David por un corto pasillo y subió unas escaleras tras él.

—Mi dormitorio —dijo él al abrir la primera puerta.

«Ah…», pensó ella, «aquí es donde pasa la mayor parte de su tiempo cuando está en casa». La cama era enorme y la habitación tenía un televisor y estaba impoluta.

Él cruzó el pasillo y abrió la última puerta.

—Y tu habitación.

Como todo lo demás en la casa, a excepción del dormitorio de David, un diseñador le había dado forma a todo y nada se había tocado desde entonces. Estaba pintada con tonos neutros y tenía una cama grande, una cómoda, un espejo, algunos cuadros no demasiado interesantes y su propio baño. Una pila de cajas que había sobre el suelo le indicaron que su equipaje había llegado bien.

—Es preciosa. Gracias.

—No me des las gracias. Recuerda, estamos ayudándonos el uno al otro.

Ella alzó la mirada y lo vio mirándola con una mezcla de deseo y frustración. David se metió las manos en los bolsillos.

—Hay otro piso, donde tengo mi despacho.

—De acuerdo.

Se quedaron en silencio.

—Esta noche has estado bien. Gracias.

—De nada. Lo he pasado bien. Parecen buena gente.

—Lo son —él se quedó allí, apoyado contra la jamba de la puerta —. No estaba seguro de si querrías tus cosas, así que he traído las cosas a tu habitación, pero desembálalas como quieras. Mi casa es tu casa. He llevado al baño la caja que tenías etiquetada con «Baño», pero todo lo demás está aquí.

—Oh, bien.

David la miró fijamente a la boca y ella supo que estaba reviviendo su beso, al igual que estaba haciendo ella.

—¿Dices en serio lo de esas reglas?

Oh, qué fácil sería decirle que no y dejarse llevar. ¡Qué fácil!

Además de una idea monumentalmente terrible. Tal vez, si no tuviera que vivir allí durante los siguientes meses habría tirado por la ventana su sentido del bien, daría un paso al frente y caería en sus brazos para después acabar en su cama.

¿Y al día siguiente? Él tendría una nueva pareja y ella dudaba que pudiera quedarse en su cuarto mientras él seguía con su vida de soltero.

De modo que, con cierto arrepentimiento, asintió:

—Lo digo en serio.

—Está bien. Buenas noches.

Cuando él salió, Chelsea dejó escapar un suspiro de alivio, pero también de frustración.

Empleó parte de la energía que le quedaba para deshacer las maletas y guardar la ropa en el armario y en la cómoda. Después organizó el cuarto de baño, sacó de las cajas sus artículos de aseo y se preparó para irse a dormir.

Era tarde y estaba cansada, pero no tenía sueño. Sacó uno de sus libros de cocina favoritos y se metió en la cama con la chef Patricia Yeo. Leía los libros de cocina como aquéllos que leían a Dickens o a Shakespeare. Podía leerlos una y otra vez y siempre encontraba algo nuevo.

Finalmente apagó la luz y se acomodó en la enorme cama vacía. Hacía muchos años que no se quedaba dormida pensando en besar a David.

A decir verdad, no estaba pensando en besarlo. Su imaginación había dado un paso adelante y no podía dormir.

Suspiró y le dio un puñetazo a la almohada.

Iban a ser unos meses muy largos.

Capítulo 6

—Creo que mi lengua acaba de tener un orgasmo —dijo Sarah entre gemidos después de darle un mordisco al diminuto pastelillo de lima y granada recién salido del horno. Era el cuarto en menos de un minuto.

Chelsea no podía recordar cuándo fue la última vez que se había sentido tan satisfecha.

Habían pasado cuatro días desde que se había mudado a casa de David y ya estaba experimentando, cocinando recetas que sabía a la vez que iba familiarizándose con el horno y jugando con los ingredientes locales para probar nuevas combinaciones.

—Eres un genio de la comida —le dijo Sarah intentando controlarse, aunque se rindió y agarró otro pastelillo—. Es el último. Apuñálame con ese cuchillo si intento comerme otro —se metió el dulce en la boca y cerró los ojos mientras lo devoraba. Al volver a abrirlos, dijo—: Voy a tener que pasarme la semana que viene metida en el gimnasio para compensarlo.

—No puedes marcharte sin probar estos y decirme qué te parecen.

Miró a Chelsea, que estaba ocupada rellenando con chocolate el resto de pastelillos.

—¿Cómo lo haces? Creas estas comidas increíbles y no estás gorda. No lo entiendo.

—Bueno, tampoco estoy tan delgada como tú —se miró—. Debería perder unos kilos.

—No digas tonterías. Tienes curvas de mujer —Sarah la miró con verdadera envidia—. Mataría por esos pechos.

Vio a Chelsea añadir unas virutas de almendra y unas flores de nata fresca antes de deleitarse con el bocado.

Sarah no era de ésas que te decían lo que querías oír y por eso Chelsea sabía que su entusiasmo no era fingido. ¡Bien! Dos de sus recetas eran tan buenas como había esperado.

—¿Cómo reaccionó mi hermano al verte la otra noche?

—Ni siquiera me reconoció.

Sarah soltó una carcajada.

—¿En serio? ¿No te conoció?

—No fue tan divertido. Pensó que quería ligar con él.

—Sólo un egocéntrico como David pensaría que una mujer como tú iba a insinuarse. Oh, me gustaría haber visto esa primera reunión. Después de superar ese pequeño malentendido, ¿cómo fue la farsa de la prometida? ¿Todo bien? ¿O te descubrieron?

—No, creo que les engañamos. Todos vieron lo que estaban esperando ver y, claro, como hace mucho que conozco a David, pude improvisar. Me preguntaron si fuimos novios en el instituto, algo bastante gracioso teniendo en cuenta que tu hermano ni siquiera sabía que estaba viva.

—Apuesto a que ahora lo sabe.

Chelsea hizo una mueca y bajó la mirada.

—Es curioso lo que un escote puede hacer por una chica.

—No es sólo eso, es el pack completo. Maduraste algo tarde, es como si hubieras florecido sexualmente unos cuantos años después que el resto. Probablemente en París.

—Tal vez.

—¿Y? ¿Qué pasó? Quiero los detalles más escabrosos, así que dime, ¿te has acostado con él?

—No, claro que no. Este acuerdo es un asunto de negocios estrictamente para los dos.

Sarah pareció aliviada y decepcionada al mismo tiempo.

—Supongo que es mejor así, pero me gustaría verlo con alguien que no fuese una muñequita superficial.

—Supongo que él también ha florecido algo tarde, emocionalmente hablando.

—O puede que nunca lo haga. Pero es un gran acuerdo, de todos modos. ¿Qué me dices de la cocina?

—Es sensacional. Me alegré mucho de dejar el restaurante y empezar a trabajar para crear mi propio negocio.

—Y es un buen compañero, ¿no? Es un maniático del orden y de la limpieza.

—En realidad es como si viviera sola. Nunca lo veo.

—Es verdad, trabaja mucho. En eso somos iguales.

—Ya me he fijado. Cuando me marché a París, estabas matándote en el trabajo haciendo prácticas… Y probando a hombres como si te probaras zapatos.

—Ahora soy socia del bufete y me mato por encontrar pareja. ¿Cuántos hombres hay que probar antes de encontrar al adecuado?

—No lo sé.

—No tengo tiempo que malgastar, ¿sabes? Mi madre siempre está diciéndome lo mucho que le costó quedarse embarazada, es su historia favorita últimamente, y siempre me mira de ese modo, como si yo fuera cada vez más vieja.

—Sólo tienes veintiocho años.

—Lo sé. Pero quiero tener un hijo para cuando tenga treinta. Es estúpido, pero está en mi lista y ya sabes cómo soy con las listas.

Chelsea la miró.

—No puedo creer que aún las hagas.

—Un objetivo que no esté anotado no es más que un sueño —respondió sonando como una invitada de un programa de testimonios con un nuevo libro de autoayuda que promocionar.

—Pero hay cosas que no se pueden controlar. Como el amor. O cuándo encontrarás pareja.

—Lo sé, lo sé —sonó su teléfono móvil; lo miró y lo ignoró—. No quiero acabar un día viendo que tengo treinta y cinco años y que sigo soltera y concertando una cita en el banco de esperma, ¿sabes?

Chelsea no pudo evitar reírse.

—No acabarás yendo a un banco de esperma.

—La cuestión es que necesito una pareja. No puedo criar a un bebé sola. No, con mi agenda.

—Tal vez deberías relajarte y no forzar la situación.

—Yo lo fuerzo todo. Es mi personalidad. No puedo perder el tiempo.

—Soy tu mejor amiga y tengo que decirte que estás resultándome algo neurótica.

—Todo es culpa de David. ¡Voy a matarlo!

—¿Qué ha hecho? —y cuándo, se preguntó. Apenas había estado en casa durante los últimos cuatro días. A veces lo oía llegar por la noche, normalmente alrededor de las doce cuando ella ya estaba en la cama, y después se levantaba y se marchaba a las siete. Chelsea no entendía cómo podía moverse con tan pocas horas de sueño, ni por qué había invertido tanto en esa preciosa casa que apenas veía.

—¿Recuerdas que te conté que mi hermano, el retrasado emocional, me apuntó a una página de citas por internet?

—Sí. Dijiste que te hizo quedar como una chica sacada de los cincuenta.

—Eso hizo. Y esos hombres tan ridículos empezaron a enviarme e-mails.

—Puedes cancelar tu cuenta.

—Me lo tomé como una broma y admito que me eché unas risas con algunas de las mujeres del bufete hablando de lo neandertales que son algunos hombres.

—¿Y?

—Y he conocido a alguien.

—¿Alguien que cree que eres una chica tradicional con valores tradicionales?

—Sí. No lo he conocido, conocido, pero le he devuelto un e-mail.

—¿Por qué?

—Porque es guapísimo. Por lo menos, lo es en su foto. Y hemos estado escribiéndonos. Mucho.

—Oh, Dios mío.

—Y ahora quiere verme en persona.

—¿Qué sabes de ese tipo?

—Es orientador académico en una escuela y los fines de semana da clases de yoga.

—¿Yoga?

Si le hubieran preguntado cuáles eran las cualidades que Sarah odiaba en un hombre, practicar yoga habría sido la primera.

—Sí.

La siguiente hornada de pastelillos estaba lista, así que los sacó del horno y los puso a enfriar en otra bandeja.

—¿Y tú quieres conocerlo?

—No lo sé. Es guapísimo y escribe de maravilla, pero no es suficiente, ¿verdad?

—Es un comienzo.

—Ni siquiera puedo acostarme con él de manera esporádica porque la razón por la que está en esa página es porque no le interesan las relaciones casuales.

—¿Harías eso? —miró a Sarah y se preguntó cómo David, ella y el resto de personas que conocía podían tener relaciones que no significaban nada.

—Mi vida es una locura. No tengo mucho tiempo y necesito el sexo, como cualquiera. Hay mucha gente que utiliza esas páginas para ligar y enrollarse con alguien.

—No había pensado en ello.

—Bueno, el caso es que ha dejado claro que eso no le interesa. Quiere conocer a una mujer antes de acostarse con ella.

—Es algo poco corriente —dijo Chelsea. E irónico. Ella estaba interesada en David, que sólo quería relaciones casuales, y al orientador desconocido le pasaba lo mismo con Sarah.

—¿Qué hago?

—¿Por qué no te tomas un café con él? ¿O por qué no vas a una de sus clases de yoga? Tal vez todo eso de la relajación te venga bien.

—Tal vez. Y no es que esté buscando desesperadamente acostarme con él, porque no es así, pero tampoco quiero estar con alguien que no vaya a hacerlo hasta que esté casado.

Chelsea no pudo evitar reírse.

—¿De qué habláis por el correo?

—No lo sé, de tonterías. De viajar, de libros, de películas que hemos visto. A los dos nos encanta el cine. Ah, y de ciclismo.

—¿Tú montas en bici?

—No, pero él sí y me habla de ello.

—Entonces, queda con él para tomar un café.

—Supongo que podría. Sólo espero que no resulte ser un aburrido. No tengo tiempo que perder.

—¿Sabes una cosa? Creo que tal vez sí que veo un banco de esperma en tu futuro.

Capítulo 7

—Cariño, ya estoy en casa —David se sintió como un idiota anunciando su presencia en su propia casa, pero no quería darle un susto a su compañera de piso temporal.

Entró en casa y sus fosas nasales temblaron. ¿Qué era ese olor tan increíble?

—Hola —le respondió una alegre voz—. Has llegado pronto.

Él soltó su maletín. Nunca había considerado que su casa fuese un lugar frío, pero al entrar había captado una diferencia. Era como si tuviera calidez, vida, y fuera lo que fuera que había cocinado esa mujer, su estómago quería un poco.

Jamás se habría imaginado que una mujer podía resultar sexy con un delantal. La imagen le recordaba a las madres y a las señoras que se disfrazaban de la señora Claus en Navidad, pero en Chelsea… el delantal de rayas azules y blancas era casi la cosa más sexy que había visto en su vida.

Mientras se quitaba la corbata, se acercó a la cocina. Nunca había habido tanta actividad en ella. Unas pequeñas llamas azules bailaban bajo ollas con el fondo de cobre que no eran suyas y el aire estaba cargado de un aroma similar al del mejor restaurante francés, aunque con un toque más acogedor y familiar.

Mientras observaba el número de platos esparcidos por todas partes, sintió una extraña sensación en el pecho.

—¿Esperas a alguien esta noche?

Ella se había dado mucha prisa en establecer reglas que le prohibían tener sexo con ella o besarla, y claro, ahora él no podía pensar en otra cosa que no fuera llevar a ese lujurioso cuerpo a su cama y hacerle el amor durante toda la noche.

¿Por qué no se le habían ocurrido a él unas cuantas reglas? La primera sería que estaba prohibido que invitara a hombres a casa

mientras estuviera supuestamente prometida con él.

Ella se rió ante su pregunta, fue un sonido de lo más sensual.

—No. Bueno, tu hermana se ha pasado por aquí antes, pero yo jamás invitaría a nadie sin tu permiso. Y está claro que no tengo ninguna intención de invitar a hombres mientras se supone que soy tu prometida.

Aunque se sintió aliviado de ver que ella comprendía la situación exactamente como él quería, también vio lo injusto que era.

Subió las escaleras hasta su dormitorio, se puso unos vaqueros y una camiseta antes de volver a bajar y entrar en la cocina.

—He estado pensando que este acuerdo no es del todo justo contigo.

Ella estaba removiendo algo en el fuego y observando el contenido.

—¿Qué no es justo?

—Que no puedas quedar con nadie.

—Acepté este acuerdo y no haría nada que te avergonzara. Al menos, no a propósito. Y la verdad es que no tengo tiempo para tener un hombre en mi vida ahora mismo, quiero empezar mi negocio. Hay mucho que hacer. Licencias… oh, por cierto, eso me recuerda que necesito concertar una cita con el inspector de sanidad para que hagan una inspección. ¿Te parece bien?

—Claro… supongo.

—Aún no tengo claro lo que voy a hacer. Quiero decir, no sé cómo serán mis menús. No quiero empezar a lo grande y ser demasiado ambiciosa y convertir tu casa en una empresa de catering, pero si empiezo con un negocio demasiado pequeño, entonces tardaré años en crearme una reputación. Hasta ahora sólo estoy cocinando.

Se había echado el pelo por detrás de las orejas y las puntas le rozaban la mandíbula. David desconocía por qué la imagen le resultaba tan hipnótica, pero quería besar esa mandíbula y llegar hasta su gloriosa y sexy boca. Le supuso un gran esfuerzo concentrarse en lo que ella le estaba diciendo.

—¿Para quién es toda esta comida?

Chelsea miró a su alrededor como si no se hubiera dado cuenta de cuánta comida había cocinado. Se encogió de hombros.

—Para ti, si la quieres.

Esa extraña sensación que había sentido en el pecho se desvaneció.

—Oh, si sabe la mitad de bien de lo que huele, la quiero.

—Pero tienes que ser sincero, quiero que critiques cada bocado. Estoy decidida a ser la mejor proveedora de catering que esta ciudad haya visto nunca.

—Y respeto tu decisión, pero no quiero comer solo. ¿Y si te quitas ese delantal, sacas otro plato, abro una botella de vino y comemos como gente normal? —miró a su alrededor—. Aunque con muchos más platos a elegir.

—Estás riéndote de mí, pero no puedo evitarlo. Esta cocina es maravillosa y cuando empiezo a cocinar, no puedo parar. Hoy he ido al mercado y me he dejado llevar. Había olvidado lo genial que es. Hay tanta fruta y verdura fresca y una variedad excelente de pescado, quesos artesanos y… —se rió—. Bueno, qué voy a decirte, si vives aquí.

Pero él no creía que pudiera llegar a emocionarse tanto con un mercado.

—Puede que esté riéndome de ti un poco, pero no me quejo. ¿Qué hay en la carta?

—Tenemos tres clases distintas de aperitivos para empezar, después pato con cerezas frescas… espero que esté bueno…, y cordero lechal que deberíamos tomar más tarde, asado simplemente con hierbas y verduras frescas, y dos clases de pasteles de postre.

Silbando, David fue hacia la nevera de vinos que siempre tenía llena a pesar de que rara vez estaba en casa para beberlo. Mientras elegía una buena botella que esperaba que pudiera ser un buen complemento para algunos de los platos, su compañera de piso puso la mesa. Ya se conocía la cocina mejor que él; encontró unos mantelillos que él había olvidado que tenía y lo colocó todo perfectamente en la mesa.

David se fijó en un gran jarrón con margaritas que había sobre la mesa y pensó en lo mucho que iluminaban la cocina. Su compañera no eran tan ordenada como él, pero las pocas cosas que dejaba por medio hacían que su casa pareciera estar más viva. El libro que

había estado leyendo estaba en una mesa auxiliar junto a la ventana y el periódico estaba abierto por un crucigrama a medio terminar.

Cuando lo levantó de la silla en la que estaba a punto de sentarse, dijo:

—Amputar.

Chelsea parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Seis en horizontal. Una palabra de siete letras, «cortar». «Amputar».

—Oh, sí. Gracias. Espero que no te importe que haya hecho el crucigrama. No me parecía que fuera algo que te gustara.

—No. Nunca los hago. No tengo tiempo.

—Tu hermana y tú, siempre sin tiempo para nada.

—Oh, vamos. No puedes compararme con mi hermana. Lo suyo es de locos.

Chelsea colocó un plato con unas siete variedades de aperitivos en mitad de la mesa.

Bajo una falda corta de algodón, sus piernas bronceadas estaban desnudas. Llevaba unas sandalias y además de fijarse en que se había pintado las uñas de morado, David vio un pequeño anillo de plata en uno de los dedos del pie.

—Pero no está tan obsesionada como para impulsar su carrera fingiendo que está prometida.

Él le sonrió.

—Lo habría hecho si se le hubiera ocurrido.

Cuando Chelsea ya estaba sentada al otro lado de la gran mesa de madera, él sirvió el vino y después alzó su copa.

—Un brindis por nuestro triunfo mutuo.

Ella le sonrió y ambos bebieron.

—Por cierto, la otra noche en la cena fuiste un bombazo.

—¿En serio?

David agarró una diminuta vaina de guisante rellena de cangrejo cubierta por una especie de salsa y se la metió en la boca.

—¡Oh, guau, es fantástico! Sí, a todos les encantaste. Piers está convencido de que serías la perfecta anfitriona en cualquier reunión de la empresa. Está encantadísimo.

Pero Piers no fue el único que quedó encantado con ella…

—Entonces, ¿te han dado el ascenso?

Él saboreó el momento, consciente de que tenía que haber vuelto a casa corriendo para contárselo, ya que ella debería ser la primera en saberlo.

—Ha dicho que no pueden hacer nada oficial hasta que Macabee se jubile, pero me ha ofrecido el puesto.

Chelsea dio un grito, se levantó de un salto y comenzó a correr alrededor de la mesa. Él se puso de pie y se abrazaron. Era genial sentir su cuerpo en sus brazos. Su aroma se adentró en él, era una esencia a flores silvestres y mujer mezclada con el aroma de un gran restaurante.

A través del fino algodón de su top color cereza, sintió su cuerpo, cálido y sensual.

Ella tenía los labios curvados en una sonrisa y eran absolutamente sexys, los labios más apetecibles de todo el universo.

David ya había puesto su boca sobre la de ella antes de poder darse cuenta de lo que estaba haciendo y se dejó llevar por el instinto, por el deseo de saborearla. Sintió la suavidad de sus pechos contra su torso, los finos huesos de su espalda mientras la abrazaba y la mágica sensación de su boca contra la suya. El calor vibraba entre los dos y el deseo de tocarla, de tomarla, palpitaba por sus venas. Pero cuando hizo intención de llevar el beso al siguiente nivel, ella le puso las manos sobre los hombros para apartarlo.

Se creó una situación incómoda mientras los dos se quedaron mirándose el uno al otro y con la respiración acelerada.

Él quería volver a besarla, le parecía la cosa más natural del mundo. Quería desnudarla y llevarla a la cama, y podía ver en sus ojos que ella se sentía tentada.

Pero al instante Chelsea se apartó y después recordó sus estúpidas reglas.

Se sentó en su silla y comenzó a ofrecerle más aperitivos, que él se comió para mantener su boca ocupada. Como su comida era espectacular, el sabor lo distrajo, pero aun así no podía dejar de pensar en besarla y en lo que podría suceder después.

—Yo también tengo noticias —dijo ella, bastante complacida.

—¿Qué?

—Tengo mi primer trabajo de catering.

—¿Sí?

—Ajá. La verdad es que lo he conseguido a través de tu hermana. Unos amigos suyos van a casarse; llevan viviendo juntos un tiempo y esperan un bebé, así que de pronto han decidido que quieren casarse en tres semanas y yo voy a servir la comida de la boda.

—Es fantástico.

«Casados en tres semanas», pensó David. Seguro que la feliz pareja estaba haciéndolo todo el día, tanto que llegarían exhaustos a la noche de bodas. Eso sería lo que debía de pasar cuando estabas comprometido con una mujer sexy. Y ahí estaba él, comprometido con la mujer más sexy del mundo y sufriendo literalmente por la falta de sexo.

—No podría haberlo hecho sin tu cocina.

Chelsea agarró una diminuta patata redonda crujiente con queso de cabra y vegetales, y cuando él la vio morder el aperitivo, pensó en lo mucho que le gustaba su boca y en lo mucho que la deseaba.

Tenía que controlarse.

«Deja de pensar en sexo y en Chelsea. Piensa en otra cosa, en lo que sea».

Negocios, eso es. Era un genio de los negocios y tal vez si se centraba en eso podría sacarse el sexo de la cabeza, aunque fuera por un tiempo.

—Tal vez yo podría ayudarte con tu negocio.

—¿Sabes cocinar?

David negó con la cabeza.

—Eres un genio de la cocina, pero ¿cómo llevas la cuestión del marketing? ¿Tienes una web?

—Tenía pensado esperar a tener una cocina en condiciones.

—Ése es el error que comete mucha gente. Pon ya en marcha tu publicidad —se relamió el dedo después de meterse en la boca una patata con queso de cabra—. La calidad del producto es importante, de eso no hay duda, y tú la tienes, pero tienes que hacer que la gente lo compre o no tendrás un negocio de éxito.

—Sí, supongo.

—Yo puedo ayudarte con eso, tengo buenos contactos por mi trabajo. Conozco a una mujer que crea unas páginas web fantásticas y me debe un favor. Apuesto a que puedo cerrar un buen trato. Y también tengo una buena impresora que funciona muy deprisa.

—Una impresora, pero…

—Lo necesitas todo. Si quieres ser una proveedora de catering de nivel, preséntate ante todo el mundo como tal. Puedes imprimir menús con el ordenador, eso está bien, pero necesitas folletos bonitos en los que aparezcan y buenas tarjetas de contacto.

—¿Tarjetas de contacto?

—Tarjetas de contacto. ¿Cuál es el nombre de tu negocio?

—Hammond & Co. He pensado en un montón de nombres graciosos, pero cuanto más lo pensaba más quería que mi negocio fuera serio.

—Me parece una buena estrategia.

Ella le sonrió.

—Gracias.

David se alegró de que estuviera de tan buen humor y sacando beneficios de su pequeño acuerdo, porque tenía más noticias para ella. Una que tal vez no le haría tanta gracia.

—Aunque aún no es oficial, me han invitado a mi primer retiro de directivos.

—¿Eso qué es?

—Es un fin de semana de trabajo y ocio en el que los jefazos planean el futuro de la empresa, trabajan en planes estratégicos, juegan al golf, esas cosas.

—Ya estás metido del todo, ¿eh?

—Sí, lo sé —se detuvo, dio otro sorbo de vino y se armó de valor —. Bueno, ¿qué vas a hacer dentro de dos fines de semana?

—¿Por qué te importa qué voy a hacer dentro de dos fines de semana?

—Porque es el retiro de la empresa y, naturalmente, están invitadas las demás personas importantes —siguió antes de que ella pudiera hablar—. Va a ser genial. Es en un complejo de cinco estrellas en las montañas Pocono, con un balneario y una comida

excelente que te gustará. También creo que se puede montar a caballo y comprar… y jugar al golf.

—Creo que ya habías dicho lo del golf —se quedó mirándolo durante un incómodo momento—. No sabía que los retiros de fin de semana estaban incluidos en el trato.

—Yo tampoco. Quiero decir, no sabía que todo iría tan deprisa —David le ofreció su mejor sonrisa—. Y es todo gracias a ti. Les has gustado tanto, que han acelerado las cosas.

Pero ella no parecía demasiado entusiasmada.

—Pensé que sólo serían unas cuantas cenas y algún cóctel. Nunca imaginé que tendría que estar fingiendo estar enamorada de ti durante todo un fin de semana.

—¿Tan duro te parece? —le preguntó él, algo ofendido.

—Sí. Más de lo que te puedes imaginar.

Capítulo 8

David parecía tan dolido por sus palabras, que Chelsea quiso retirarlas, pero en realidad «duro» no llegaba a describir lo que supondría para ella pasar un fin de semana entero con David mientras todo el mundo creía que estaban prometidos. Ya era suficientemente malo compartir una casa, ¿cómo sería tener que compartir habitación?

El beso seguía haciéndole cosquillas en los labios y la verdad era que apenas había probado la comida que con tanto esfuerzo había preparado. Lo único que podía saborear era a David. Si pudiera convertir en un sabor la experiencia de besarlo, sería la cocinera de más éxito de la historia. ¿Quién podría resistirse al sabor de la pasión?

¿Por qué no había dicho no cuando le sugirieron esa ridícula farsa? ¿Por qué no había salido corriendo para evitar una situación imposible?

Resultaba desesperante fingir estar enamorada de David cuando la verdad era que llevaba enamorada de él desde que tenía catorce años.

Era cierto que había disfrutado con la compañía de otro hombres y que se había ido a la cama con algunos de ellos, pero ninguno, por muy guapo, divertido o encantador que fuera, se había acercado nunca a ganarse su corazón. Y ahora sabía por qué.

Ella no tenía un corazón que darles, porque se lo había dado a David tantos años atrás. Pero él seguía ignorándolo tanto como antes; la miró como si fuera un monstruo por decirle que sería horrible para ella tener que pasar un fin de semana con él, pero era la verdad.

—Entiendo —dijo él finalmente—. Bueno, les diré que estás enferma o trabajando o algo. Seguro que lo entenderán.

Pero ella descubrió que lo que los poetas decían sobre el amor era verdad: se basaba en el sacrificio. Y es que no podía imaginárselo solo en un viaje de parejas, cuando era tan importante para él dar una buena impresión, del mismo modo que no podía imaginarse dándole la espalda si estuviera enfermo o herido.

La verdad era que la necesitaba y, como lo amaba, le dijo:

—No, está bien, iré contigo. Claro que iré. Hemos hecho un trato y me ceñiré a él.

—Nunca hemos negociado fines de semana porque, sinceramente, yo no creía que fuera a haberlos.

—Yo tampoco creía que fuera a servir caterings de verdad mientras estuviera viviendo aquí. Supongo que tu cocina va a estar más abarrotada que de costumbre.

—Si puedes soportar viajes de empresa, y Dios sabe qué más, supongo que yo puedo soportar tener la cocina de un negocio en mi casa durante unos meses —alzó su copa—. ¿Trato hecho?

Brindaron.

—Trato hecho.

—¿Sabes? Creo que al final vamos a lograrlo.

Apenas acababa de pronunciar la frase cuando sonó el teléfono de David. Miró la pantalla y vaciló antes de responder.

—Hola, mamá. ¿Qué tal las vacaciones? ¿Qué tal es Polonia?

Parecía un poco preocupado.

—Te noto algo rara.

Una de las cosas que a Chelsea siempre le había gustado de la familia de Sarah y David era lo unidos que estaban. Estaba claro que, si podía notar a su madre algo extraña cuando ella lo llamaba desde la otra parte del mundo, tenía que ser un buen hijo.

Se levantó y comenzó a recoger la mesa para darle algo de intimidad, pero aunque intentaba reprimir la curiosidad de escuchar la conversación, no podía evitar oír lo que decía David y, ya que él no se molestó en irse a otra habitación, supuso que no le importaría que lo oyera.

—¿Que has recibido un correo de Norma, la de tu club de lectura? ¿Es ésa la cotilla que vive en mi calle?

En ese momento ambos se miraron.

—¿Qué te ha dicho?

Chelsea notó cierto pánico en su voz.

—Eso es ridículo. Claro que no hay una mujer viviendo conmigo. Tú serías la primera en enterarte si tuviera una novia.

Chelsea lo miró y vio que estaba pálido, como si estuviera en medio de una película de terror.

—No estoy diciendo que se lo haya inventado, es sólo que… Yo…

Chelsea podía oír el tono histérico de su madre desde el otro lado.

—Dile la verdad —le susurró Chelsea.

David la ignoró, aunque eso no era extraño, la había ignorado durante años.

—No, mamá. Mira, no es lo que crees —agarró su copa de vino y se bebió la mitad de un trago—. Mamá, es Chelsea Hammond, esa chica tan simpática que vivía con los Dennise. Necesitaba un lugar donde quedarse y Sarah me preguntó si podía pasar aquí una temporada. Es genial. Es una cocinera fantástica y sólo será algo temporal.

La madre volvió a hablar y Chelsea vio a David girar la cabeza hacia las ventanas.

—¿Esa mujer estaba asomada a la ventana y nos vio volver vestidos con ropa elegante? ¿Es que nunca duerme? Tal vez debería leer uno de esos libros del club y dejar de espiar a los vecinos. No estábamos besándonos. No me importa lo que crea que ha visto —resopló con frustración—. Tal vez estaba rodeando a Chelsea con mi brazo, no lo recuerdo, pero… —abrió la boca de par en par—. ¿Cómo puedes decir eso de tu propio hijo? Yo no utilizo a las mujeres.

—Ja —exclamó ella, y no con un tono precisamente bajo.

—De acuerdo, estamos saliendo. De vez en cuando, mamá. Pero no es nada serio.

Las histéricas voces del otro lado de la línea se calmaron y adquirieron un tono alegre.

—Sí —él soltó una carcajada—. Sí, sin duda es la mejor chica con la que he salido.

¿Así que eso le resultaba gracioso? Chelsea quería darle una bofetada.

Para controlar el impulso de hacerlo, fue a la cocina y comenzó a apilar los platos que había que fregar a mano. Por lo menos eso le dio algo qué hacer con la energía que ardía dentro de ella. Por detrás, David y su madre seguían conversando.

—Un segundo. Eh… ¿Chelsea? Mi madre quiere hablar contigo.

Por un momento, ella pensó en negarse, pero después recordó lo buena que había sido la señora Wolfe y agarró el teléfono.

—¿Hola?

—Oh, Chelsea, había oído que has vuelto, pero acabo de enterarme de que David y tú estáis saliendo. Hace años que no te veo, pero a menos que hayas cambiado mucho, para mí eras como una segunda hija.

Chelsea sintió una gran emoción.

—Oh, señora Wolfe, yo siento lo mismo. Quiero decir, para mí usted siempre fue como una segunda madre.

—Cuando Lawrence y yo volvamos a casa, celebraremos una cena familiar para que nos cuentes cómo te ha ido todo este tiempo.

—Una cena familiar, suena de maravilla. Que disfruten del resto de las vacaciones.

—No salgas corriendo, ¿de acuerdo? No hasta que volvamos. ¡Estoy tan contenta de que al fin esté con una buena mujer, para variar!

—Gracias.

Cuando soltó el teléfono, se dio cuenta de que quería a los padres de David casi tanto como lo quería a él.

—No puedo creerme que esa mujer haya estado espiándonos e informando a mi madre. Es como vivir frente a la Interpol. No sabes cómo es mi madre desde que se han jubilado. Está obsesionada con las bodas y los bebés. Que haya descubierto que vives aquí no es una buena noticia.

—Está feliz de ver que estás con una buena mujer, para variar.

—¿Te ha dicho eso? ¿Mi propia madre te ha dicho eso?

—Son sus palabras exactas.

—Yo…

—«Oh, qué telaraña tan enredada tejemos cuando empezamos a practicar el engaño».

—¿Qué?

—Sir Walter Scott. Sobre los peligros de mentir. Estoy segura de que también me ayudaste con los deberes de Literatura. ¿Te acuerdas?

Capítulo 9

¿Qué te impide quedar conmigo?

Sarah miró las palabras escritas en la pantalla de su ordenador. ¿Qué se lo estaba impidiendo?

Dejó el cursor parpadeando y fue a buscar algo para comer.

Estaban todas las razones obvias, como el hecho de que los hombres, en general, siempre dieran problemas, o que hubiera otros como su hermano que preferirían inventarse una prometida en lugar de intentar tener una relación con una mujer de verdad, o como los hombres de los que acababan divorciándose sus clientes y que eran los típicos canallas que ocultaban dinero y amantes.

Volvió a su silla con una bolsa llena de los aperitivos que había preparado Chelsea y se sentó. Clarence, el gato negro y blanco que había encontrado revolviendo entre la basura hacía dos años, se subió a su regazo, y lo acarició.

Miró las palabras. Respiró hondo. Ya que era un amigo anónimo, había logrado sincerarse con Mike como nunca lo había hecho con ningún hombre en su vida. Y por eso le dijo la verdad. Escribió:

Me pareces perfecto. Me encanta hablar contigo de forma totalmente anónima. Podrías ser cualquiera; un hombre con el que trabajo, un tipo que pasa por delante de mí montando en bici cuando voy a trabajar, el chico mono del banco, no sé… Pero puedo contarte lo que sea y saber que me responderás con sinceridad. ¿Cuántas relaciones como ésta tienes? Yo tengo una.

Pulsó el botón de «Enviar» y él respondió casi al instante, tal y como ella se había esperado.

Nunca he tenido una relación como ésta. Lo creas o no, no me gustan las citas por internet. Un amigo mío lo hace y en el momento me pareció divertido. Habría sido una pérdida de tiempo si no te hubiera conocido. Puede que sea una estupidez, pero creo que hay cosas que están predestinadas. Tal vez la razón por la que edité mi perfil aquel día era porque estaba predestinado a conocerte. ¿Quién sabe? Podríamos no tener absolutamente nada en común si nos viéramos, sé que es un riesgo, pero ¿no sería bonito dejar el jueguecito de los e-mails secretos y conocernos de verdad?

Ella leyó las palabras. Las leyó una segunda vez. «De verdad». Esas palabras la atraparon. Ahí mismo estaba el problema. En esas dos pequeñas palabras. «De verdad». Pero, ¿qué tenía eso de verdad, de real? Nada. Era una fantasía. Una fantasía secreta, deliciosa, maravillosa.

Le respondió:

¿Y si no nos gustamos en el mundo real? No podremos volver a recuperar lo que tenemos una vez que salgamos de las sombras.

Un par de minutos después llegó su respuesta: *Yo no quiero vivir mi vida entre sombras. ¿Y tú?*

Estaba pensando cómo responderle cuando sonó el timbre. Rápidamente cerró el correo y bajó la tapa del portátil. Al mirar por la mirilla se encontró con un hermano mayor muy nervioso.

—Hola, qué sorpresa.

—¡Me has engañado! —estaba furioso, pero Sarah no sabía por qué había tardado tanto en explotar. Había hecho básicamente el favor que le había prometido, excepto por la parte en la que animó a su amiga a vestirse de la forma más sexy posible. Eso, tenía que admitirlo, lo hizo por venganza.

Se puso una mano sobre la cadera y recitó de memoria:

—«Soy una mujer trabajadora sin hijos y en busca de un hombre que pueda ver más allá de mi adicción al trabajo y que encuentre en mi interior a una madre cariñosa y buena».

En el rostro de David, se reflejó una expresión de culpabilidad durante un instante, pero después siguió con el ataque.

—Ese perfil que puse en la página fue una broma de Navidad. Lo único que tenías que hacer era borrarlo. No fue nada comparado con esto, has arruinado mi vida.

—Oh, vamos. Estabas desesperado. Fuiste tú el que tramó la mentira, ¿recuerdas? Lo único que he hecho ha sido encontrarte a la mujer perfecta.

—Nunca imaginé que mamá se enteraría.

Ella soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Estás de broma? ¿Cómo ha podido enterarse mamá? Está en Polonia.

—Una de sus amigas vive en mi calle. Al parecer nos vio a Chelsea y a mí volver juntos a casa la otra noche y desde entonces tiene unos prismáticos apuntando a mi casa las veinticuatro horas del día. Le ha escrito un e-mail a mamá diciéndole que vivo con una mujer.

—Es verdad que no contábamos con que mamá te pillara.

David pasó por delante de ella y comenzó a caminar de un lado a otro del piso.

Sarah se quedó mirándolo un momento.

—No entiendo por qué estás tan afectado. Mamá y papá comprenderán que hayas alojado a una vieja amiga durante unas semanas. Mientras tanto, tienes exactamente lo que querías. Chelsea me dijo que la cena fue muy bien, ni en tus mejores sueños habrías tenido a alguien más perfecta que Chelsea para ser la esposa de un vicepresidente. Cocina, habla francés, viste bien, tiene buenos modales en la mesa, no lleva tatuajes, ni tiene adicciones ni hay vídeos porno suyos por YouTube.

—Nannette era una artista.

—Lo que tú digas. Lo único que digo es que Chelsea es fabulosa. Así que, ¿por qué la tomas conmigo?

—Les encanta a todos los de la empresa. Quieren que pasemos un fin de semana juntos con ellos. ¡Esto se está descontrolando por completo!

—Bueno, no me grites. ¿Qué creías que pasaría?

—Pensé que serían un par de cenas, tal vez la cena de Navidad, y que eso sería todo. Nunca me imaginé que se infiltraría en mi vida de este modo.

—¿Infiltrarse en tu vida? Chelsea no es una espía, David.

—No, pero lo está cambiando todo. Mi casa está llena de comida y hay jarrones de flores por todas partes y de pronto voy a ir a un viaje de empresa con una mujer. Todo se ha complicado demasiado.

No lo había visto tan hundido desde que se anuló su compromiso.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Por qué has venido?

—Tenía que alejarme un poco de mi casa, demasiada felicidad doméstica. Hemos cenado juntos, me ha hablado sobre su día, yo le he hablado sobre el mío, tiene sus cosas por todas partes, hay flores en mi salón… creo que eso ya lo he dicho… y a mi familia le gusta y…

—Y no puedes controlarlo.

—Ni siquiera sé por qué he venido aquí. ¿Sabes? —se giró hacia ella como si fuera a decirle algo profundo y de pronto dijo—: El mayor beneficio de vivir con una mujer me ha sido negado. Ha puesto unas reglas. Nada de besos, nada de sexo… ¡Oh, no importa!

Y con la misma rapidez con la que apareció allí, se marchó.

Ella no quería compadecerse de él, estaba en un lío en el que él mismo se había metido, pero por alguna razón le daba pena.

Abrió la puerta y gritó por el pasillo:

—¿Sabes cuántos años estuvo enamorada de ti esa maravillosa mujer? No tienes ni idea, ni idea.

No respondió, probablemente ya estaba en el ascensor, así que Sarah cerró la puerta de golpe, se sentó en su despacho y abrió el portátil. La gente que jugaba con sus vidas amorosas eran unos idiotas. Y entonces, al pensar en lo que estaba haciendo al escribir a su hombre misterioso, se dio cuenta de que tenía más en común con su hermano de lo que quería admitir.

Respiró hondo, sabiendo que estaba a punto de arriesgarse a perder algo que durante los últimos meses se había convertido en especial.

Está bien. Vamos a vernos.

Se quedó mirando las palabras un largo rato. Y después cerró los ojos y pulsó el botón de «Enviar».

«¿Sabes cuántos años estuvo enamorada de ti?». Esas palabras daban vueltas en su cabeza como la letra de una canción que no podía olvidar.

Claro que lo sabía. ¿Acaso creía su hermana que era un completo estúpido? No era amor, como decía Sarah la reina del drama, pero sí sabía que a Chelsea le había gustado; la amiga de su hermana había estado colada por él en el instituto. Eso sucedió mucho tiempo atrás y la mujer con la que se había reunido en el hotel no era la clase de mujer que seguía pendiente de un viejo amor de colegio. Una mujer con un cuerpo y una cara como los suyos podría tener al hombre que quisiera.

Amor. ¿Qué tenía que ver el amor en todo eso? Lo que había entre Chelsea y él no era más que una cuestión de negocios.

Pero se detuvo en seco al recordar la extraña reacción de Chelsea cuando le comentó lo de pasar el fin de semana juntos y dijo que sería muy duro para ella. En un principio no le había dado importancia, pero ahora, con las palabras de Sarah aún rondando por su cabeza, comenzó a preguntarse cosas. ¿Era posible que aún tuviera… sentimientos por él? ¿Después de todos esos años?

Una extraña calidez lo embargó al pensarlo. Había sido una niña muy dulce, demasiado inteligente y seria para su edad. ¿Ahora? Ahora era una de las mujeres más sexys que había visto en su vida. ¿Era posible que una mujer así nunca hubiera superado su amor de instituto?

No quería que fuera verdad, claro, pero si lo era, entendía que tenía que tratarla con cuidado. No quería que pensara que tenía oportunidades de que su relación fuera más allá del negocio.

Aun así, no pudo evitar sentir cierto orgullo cuando volvió a la casa que compartían.

Ahora todo tenía más sentido. Sobre todo su absoluta negativa a acostarse con él cuando se podía cortar con un cuchillo la tensión

sexual que había entre los dos. Cada vez que se tocaban, les temblaban las rodillas. Tal vez sí seguía teniendo sentimientos hacia él y, si era así, iba a tener que andarse con cuidado. No obstante, entró en la casa sonriendo.

Y esa sonrisa murió en cuanto oyó a Miss Enamoramiento de Instituto reírse; una risa profunda, sexy.

Cerró la puerta despacio. Ella estaba sentada en un amplió sillón de espaldas a él.

—Philippe, *c'est impossible. Non* —otra carcajada antes de seguir hablando.

David no tenía ni idea de qué estaba diciendo, pero era en francés y eso hacía que todo le sonara demasiado sensual. Entendió una palabra perfectamente. Philippe. Sí, no conocía a ninguna chica que se llamara Philippe. Estaba claro que Chelsea tenía un amigo francés. ¡Claro! Si no quería acostarse ni pasar un fin de semana con él, no era porque estuviera enamoradísima de él, sino porque estaba enamoradísima de otro hombre.

Estaba deseando contarle a su hermana lo equivocada que estaba.

Al pensar en ese tal Philippe se imaginaba a un tipo con una camiseta de rayas y fumando Gitanes y citando a Proust, y la imagen le hizo sentirse bastante inquieto.

Cuando hizo ruido para que ella no se sobresaltara, Chelsea lo miró y le sonrió. Tenía las piernas cruzadas y apoyadas sobre el reposabrazos; unas piernas largas y esbeltas y un anillo en el dedo del pie. Después, siguió diciendo cosas en francés.

David no era un hombre celoso; no creía en una emoción que no causaba otra cosa que dolor. Sin embargo, le habría encantado tener a su propia intérprete en ese momento para que le fuera traduciendo exactamente lo que su prometida le estaba susurrando a otro hombre.

Capítulo 10

—Sólo hay una cama.

Probablemente fue lo más estúpido que Chelsea podía haber dicho mientras los dos estaban de pie, en la suite del hotel el viernes por la noche y frente a la gigantesca cama que dominaba la habitación.

—Eso parece. Podría pedir dos camas, pero es posible que los demás llegaran a enterarse.

—No, no lo hagas.

—Supongo que podría dormir en el suelo.

—Es de terrazo. Estarías fatal. No, la cama es enorme. Tú te quedas en tu lado y yo en el mío. Lo solucionaremos.

La habitación era preciosa y todo en ella estaba hecho con materiales naturales, como piedra, madera, una chimenea de roca natural y sábanas y toallas de lino. Había árboles y flores por todo el complejo y mucha intimidad.

—Lo lamento mucho. No tenía ni idea de que nos habían instalado en la suite nupcial.

—No es la suite nupcial —respondió Chelsea riéndose mientras miraba un folleto que había sobre la mesa—. Es el paquete romántico.

Habían salido pronto para evitar el tráfico del viernes por la noche y pasaron un buen rato conduciendo por las serpenteantes colinas, los lagos y los bosques de la zona.

—Solía venir aquí mucho de acampada —dijo David—. Hay buenas sendas para caminar, cascadas y unas vistas preciosas, y no hay demasiadas serpientes. Deberíamos venir a acampar alguna vez —y al darse cuenta de que estaba hablando como si tuvieran un futuro en común, añadió—: con un grupo de amigos, claro.

Piers y su esposa estaban tan emocionados cuando llegaron, que los habían acompañado a su habitación.

—Creíamos que podríais combinar el viaje de empresa con algo de tiempo para vosotros —les había dicho Piers.

La bañera doble con jacuzzi en medio de la suite, por ejemplo, sin duda sería divertido si de verdad estuvieran enamorados y no fingiéndolo. Había una cesta sobre la mesa que contenía una botella de champán, bombones, aceite de masaje y otros cuantos artículos íntimos. ¡Dios mío!

—No tenía ni idea de que harían algo así. En serio, pensé que nos darían una habitación normal con dos camas.

—No pasa nada —después de dejar su bolso sobre la enorme cama, Chelsea comenzó a deshacer su maleta—. Confío en ti.

—¿Y qué pasa con Philippe?

—¿Philippe?

—Tu amigo francés. Te oí hablando con él por teléfono.

—No pensaba que supieras francés.

—Y no sé, pero capté algunas palabras.

—Ya. Bueno, no tienes por qué preocuparte. Philippe sabe que puede confiar en mí.

Philippe había estudiado con ella y habían estrechado lazos gracias a la salsa bechamel que los dos odiaban. Si David había captado algo de pasión durante su conversación, ésa era una pasión por la comida, ya que Philippe estaba viviendo felizmente con Raoul, un analista financiero de Nantes.

Pensó en sacarlo de su error, pero se detuvo al darse cuenta de que Philippe era la excusa perfecta para guardar las distancias con el demasiado accesible y atractivo David.

Hacía meses que no tenía sexo y la carencia estaba afectándola, sobre todo mientras vivía bajo el mismo techo con un hombre que le recordaba que era una mujer con necesidades de mujer. Además, con todo el estrés y la ansiedad de abrir un nuevo negocio, un poco de sexo y unas cuantas risas era exactamente lo que necesitaba, pero ella no era así. No creía que con David pudiera echarse unas risas y dejar la relación sin más. Tenía que mantener las distancias.

—¿Estás deshaciendo la maleta para un fin de semana? —le preguntó él.

—Sí. Supongo que tú lo habrás apretujado todo en tu maleta y después te preguntarás por qué tienes la ropa arrugada.

—No. Yo también deshago la maleta y lo coloco todo aunque sea sólo para un fin de semana.

—Oh.

Chelsea colgó sus vestidos cuidadosamente en el armario; él colgó su chaqueta y sus pantalones al lado. Sus ropas colgaban juntas, como las de una pareja de novios.

Estuvieron colocándolo todo con bastante eficiencia hasta que ella advirtió que David, de pronto, se quedaba paralizado. Estaba colocando su ropa interior; ni siquiera se había imaginado que él pudiera llegar a verla, pero ahí estaba, con sus diseños franceses de encaje y seda. La lencería sexy era el capricho que se había dado en París. Por mucho que llevara un delantal todo el día, sabía que debajo era femenina y sexy.

Y él pareció darse cuenta. Por un instante Chelsea se quedó quieta con un conjunto de encaje negro en la mano. Él tampoco se movió; era como si no pudiera.

Se miraron. David dio un paso adelante y se detuvo. Tragó saliva. Miró el reloj.

—Tenemos una hora hasta que nos reunamos con los demás para la cena. Creo que iré a dar un paseo.

Aquel sitio era absolutamente romántico. Dar un paseo le parecía una buena idea porque, si daba un paso más hacia ella, al instante estarían abriendo el aceite de masaje y el champán.

—Está bien. Creo que yo terminaré de deshacer la maleta.

—Hasta luego.

Iba a ser un fin de semana muuuuy largo, pensó David mientras caminaba entre los pinos y disfrutaba del aire fresco. Aire fresco. Bien. Si seguía pensando en el aire fresco, se sacaría de la cabeza esas diminutas prendas que las mujeres consideraban ropa interior.

Sin embargo, lo único en lo que podía pensar era en ese maravilloso cuerpo cubierto de seda.

Ese fin de semana iba a ser una tortura. Una auténtica tortura. Entre el estrés de pasar un fin de semana sin sexo en el paraíso del

sexo e intentar impresionar a los ejecutivos, pensó que una migraña de tres días sería más fácil de sobrellevar.

Vagó sin rumbo, queriendo en todo momento volver al hotel y hacerle el amor a esa mujer aunque sabía que no podía, y llegó a una cima desde donde vio las suaves colinas que se extendían hacia Nueva Jersey.

Podía hacerlo. Podía compartir cama con una bella mujer que llevaba ropa interior sexy y no tocarla. Aire fresco, se recordó. Caminó hasta que le quedó poco tiempo para cambiarse para la cena y, cuando entró en la suite, encontró a Chelsea poniéndose el segundo pendiente.

—Tienes una ropa muy bonita.

Llevaba un sencillo, pero llamativo, vestido negro. Él no sabía nada de moda, pero sí que sabía cuándo una mujer tenía estilo y Chelsea lo tenía desde lo alto de su brillante melena hasta las suelas de sus zapatos de aguja. Y gracias a su vívida imaginación y basándose en la lencería que había visto antes en su maleta, estaba seguro de que llevaba un sexy conjunto bajo ese vestido.

—Gracias. La ropa es mi debilidad. Creo que es porque me paso el día cocinando con un delantal y, cuando tengo la oportunidad, me encanta arreglarme.

—¡Qué suerte tengo! —y, además, tenía suerte porque ella no era una de esas mujeres que te hacían esperar—. Dame cinco minutos y estaré listo.

La cena fue exactamente lo que David se habría imaginado. Un salón privado, buena comida y una compañera de la que todo hombre estaría orgulloso.

Acababan de entrar cuando Helen, la mujer de Piers, les indicó que tomaran asiento en una mesa.

—Sentaos con nosotros. Tengo algo que enseñaros.

La mujer sacó un sobre marrón y lo abrió para sacar unas cuantas fotografías de boda.

—Son fotos de la boda de mi sobrina. No sé si ya habréis contratado al fotógrafo, pero si no, esta empresa es excelente. Han

fotografiado muchas bodas de la alta sociedad, son de lo mejor.

—Fotógrafo de bodas… —David ni siquiera podía pronunciar esas palabras.

Al ver a la feliz pareja sintió que le faltaba el aire. Suzanne y él también habían estado buscando fotógrafo; tenían planeado casarse en la casa de la madre de ella, donde los jardines eran más grandes que un parque y había dieciséis dormitorios para alojar a algunos invitados.

Incluso se habían llegado a imprimir las elegantes invitaciones y después Suzanne, que eran tan fría y organizada tanto con los detalles como a la hora de dirigir su negocio familiar, olvidó enviarlas. Dos semanas después, le dijo que había cometido un error y que iba a volver con su antiguo novio.

¿Elegir a otro fotógrafo? Jamás en la vida.

David no supo qué decir, pero por suerte Chelsea recogió el testigo.

—Estas fotografías son impresionantes. Me gusta ésta, junto a la fuente. Y tu sobrina está guapísima. ¿Dónde se compró el vestido?

Y al instante las mujeres acabaron hablando de los detalles para la boda; Amelia también se unió a ellas y realmente parecía como si esa boda fuera a celebrarse de verdad. David no sabía qué habría hecho sin Chelsea.

Al terminar la cena, unos se retiraron al bar, otros a sus habitaciones y otros a otras zonas del complejo. Al no querer exponerlos a los dos a más escrutinios de los necesarios, la retó a un partido de ping-pong que ella aceptó entre risas.

La sala de juegos no estaba muy llena y una de las dos mesas estaba libre. Él se quitó la chaqueta, ella los tacones, y se situaron uno en frente del otro.

—Recuerdo que jugábamos a este juego en casa de mis padres —dijo él sorprendido ante la claridad con que recordaba a la pequeña Chelsea jugando contra él. Por aquel entonces, su hermana ya veía que no tenía sentido malgastar su tiempo con juegos y, si no había nadie más, David se llevaba a Hermione a la sala de juegos y allí disfrutaban de una animada competición.

Por supuesto, él ganaba normalmente, pero ella siempre tenía buen perder.

—Hace años que no juego —dijo ella riéndose.

—Entonces supongo que voy a darte una paliza.

—Un caballero me daría ventaja.

—Si ves alguno por aquí, rétalo a echar una partida.

—¿Sabes? No has cambiado nada.

—Oh, pues tú sí —dijo él en voz baja y agradecido de que el bote de la pelota de plástico hubiera tapado su comentario. Mientras la veía moverse, saltar hacia delante y atrás, se preguntaba en qué momento la estudiosa y simple Hermione se había convertido en la mujer más sexy y bella que había visto en su vida.

Se quedó tan embelesado por su forma de moverse que ella lo iba ganando por seis puntos. Estaba claro que había llegado el momento de centrarse.

Al final ganó él, pero por poco.

—¿Al mejor de tres? —preguntó Chelsea.

Y David respondió:

—Claro.

Sospechaba que ella estaba tan ansiosa como él por alargar la noche todo lo posible y no tener que pasar demasiado tiempo en esa enorme cama haciendo como si no se vieran.

Después de que él ganara los dos primeros juegos, ella los sorprendió a ambos ganando el tercero. Le había ayudado el hecho de que algunas personas de la empresa de David se hubieran acercado a verlos jugar y que Helen Van Horne se hubiera apostado cinco dólares con su marido a que Chelsea ganaría el último juego.

Todas las mujeres se colocaron detrás de Chelsea, un gesto que ella apreció ya que era la jugadora más débil, y después Helen insistió en que los hombres se situaran detrás de David para animarlo.

Tal vez fue por verse apoyada por un grupo de mujeres a las que estaba empezando a apreciar, o tal vez fue porque se dejó llevar por el instinto de competición, pero el caso es que Chelsea decidió que

David no ganaría el tercer punto y concentró toda su energía en la pequeña pelota blanca.

Y así, finalmente, y animada por los vítores de las mujeres, lo ganó.

Se sintió como una medallista de oro en las Olimpiadas. David le estrechó la mano y le sonrió:

—Bien jugado, Hermione.

—Vamos, ¡besa a la chica! —se oyó decir a alguien.

Chelsea, sintiendo la chispa de la pasión en su interior, se inclinó hacia delante y lo besó en los labios. Saboreó la calidez de su boca y acarició su tupido cabello al poner la mano sobre su nuca. De pronto, él la llevó hacia sí y ella se quedó tan impactada, que la raqueta se le cayó de las manos y chocó contra la mesa.

Al verse rodeada por sus brazos, sintió que David siempre había suyo aunque, lamentablemente, eso él aún no lo sabía. Se apartó de lentamente, entre risas y silbidos, y le cedieron la mesa a la siguiente pareja.

Había llegado el momento que tanto había temido. ¿Cómo podría resistirse a él si David decidía continuar por donde lo habían dejado?

Las reglas.

Simplemente tenía que recordar las reglas.

Sin embargo, una vez en la habitación, no tuvo nada que temer y David le preguntó educadamente si ella quería usar el baño primero. Chelsea le cedió el turno y unos minutos después él salió con un pijama que claramente no había usado nunca y que, o era un regalo, o algo que se había comprado para la ocasión.

Estaba adorable.

Ella desapareció en el baño, se lavó los dientes y se puso su pijama; era de algodón, como el de David, pero morado y estampado de recetas escritas en francés.

—Un pijama genial —dijo David mientras ella se metía en la cama dejando bastante distancia entre los dos.

—Gracias. Me lo regaló Philippe. Dijo que yo sentía tanta pasión por la comida, que también tenía que llevarla a la cama. Fue una especie de regalo de broma.

—Debes de echarlo de menos.

—Sí. Lo echo de menos cada día.

David se metió en su lado de la cama y se cubrió con las sábanas hasta la barbilla.

—Bueno, buenas noches. Si ronco, dame un puñetazo.

Si roncaba, ella se quedaría despierta toda la noche escuchándolo, aunque eso, claro, no se lo dijo.

—Creo que yo no ronco, pero si lo hago, tú también puedes darme un puñetazo.

—No pareces alguien que ronque, aunque nunca se sabe. ¿Te parece bien que apague la luz?

—Sí.

Una vez se quedaron a oscuras, ella se giró para darle la espalda e intentó no pensar en el hombre con el que se había reencontrado. Aún seguía enamorada de él y él seguía sin saberlo.

Capítulo 11

Desde que habían llegado el día antes, había estado mirando esa preciosa bañera para dos, con vistas a un jardín privado, velas y geles.

Había tenido un día sorprendentemente divertido que había empezado con un agotador paseo después del desayuno con algunas de las mujeres. Los dos maridos de las dos ejecutivas y unas cuantas de las mujeres fueron a jugar al golf, pero ella prefirió salir a caminar.

Cuando terminó el almuerzo, les habían dado la opción de elegir entre los servicios del balneario y había ido a hacerse una limpieza de cutis y un tratamiento corporal con algas.

Después de otra cena de grupo, necesitaba algo de tiempo a solas. David y los demás ejecutivos se fueron a hacer una serie de ejercicios sobre técnicas de trabajo en equipo, así que ella se saltó el cine y las palomitas con el resto de las mujeres y se quedó sola.

¡Oh! Esa habitación era genial. Si David y ella fueran una pareja de verdad, ¡cuánto se habrían divertido!

Pero en ese momento la única diversión que ella necesitaba era meterse en esa bañera, en la que vertió el bote de sales con olor a lavanda.

Habían metido el champán en la nevera y no creía que David y ella fueran a tomarse un desayuno romántico con champán ni nada por el estilo, así que podía tomárselo sin problemas.

Se desnudó lentamente y se puso el albornoz y las zapatillas de lino que ofrecía el hotel.

Encendió las velas alrededor de la bañera y apagó las luces. Las puertas de cristal estaban abiertas hacia el bosque, que iba perdiendo color a medida que avanzaba la noche.

Descorchó el champán y se sirvió una copa. Después, se quitó el albornoz y entró en la bañera con su aromática agua. Suspiró. La luz de las velas bailaba sobre el agua y le daba un bello toque dorado a su cuerpo. Dio un sorbo de champán. Se apoyó contra el reposacabezas y cerró los ojos.

Para una mujer que pasaba tanto tiempo de pie, estar así era pura felicidad.

David estaba más que feliz por el hecho de que le hubieran dejado marcharse de la reunión antes. Ya que aún no era oficialmente el vicepresidente, Piers le había sugerido que tal vez estaría mucho más interesado en pasar la noche del sábado con Chelsea en lugar de pasarse horas en una reunión. Él lo comprendió y agradeció el gesto de Piers.

—No puedo quejarme de pasar más tiempo disfrutando de ese paquete romántico.

El hombre se rió.

—Te envidio. Una mujer preciosa y un gran futuro por delante. Graba estos momentos y guárdalos para recordarlos dentro de unos años. No es que no vayas a hacer estas cosas a mi edad, pero…

—Sí, lo haré. Hasta mañana.

Estaba claro que Piers esperaba que volviera a la habitación y por eso no tuvo otra opción; habría levantado sospechas si se hubiera quedado dando una vuelta por el vestíbulo o en el bar. Sin embargo, pasar toda una noche en una habitación que había sido diseñado con el sexo en mente iba a ser una tortura cuando estaba con una mujer que bien podría haber sido diseñada con el sexo en mente.

Y había prometido no tocarla.

¡Qué crueldad!

Al menos Chelsea estaba viendo una película con las demás mujeres, así que él se pondría el chándal y se iría al gimnasio un par de horas para quemar el deseo que lo invadía.

Pero cuando abrió la puerta de la suite y entró, se quedó clavado al suelo.

Era como si alguien le hubiera abierto el cerebro, hubiera buscado entre sus fantasías y hubiera sacado una de ellas. Allí, desnuda en la bañera, estaba la mujer más maravillosa que había visto nunca. Sus pechos parecían flotar y suplicarle que pusiera su boca sobre ellos.

Sus miradas se encontraron. Era preciosa, con esos ojos tan oscuros y enormes, y llevaba el pelo recogido hacia atrás dejando ver ese largo y bonito cuello y unos pechos perfectamente redondos.

Los dos reaccionaron al instante.

—¡Vaya! —dijo él, tapándose los ojos—. Lo siento, debería haber llamado.

Ella subió las rodillas y se cubrió los pechos con los brazos.

—Creí que estabas en una reunión.

Él se giró hacia la puerta.

—Iré a tomar algo. Luego vuelvo.

—No…

David captó algo de humor en su voz.

—No pasa nada. Es una situación totalmente ridícula. ¿A quién se le ocurre poner una bañera en mitad de una habitación?

—A los que ofrecen el paquete romántico.

—Dame un segundo para ponerme el albornoz y…

—¿Estás segura? Podría ir al bar y volver dentro de una hora.

—No, no pasa nada. Llevo aquí un buen rato, me estoy arrugando. Además, si te vas, van a pensar que nos hemos peleado.

—Ya, es verdad.

Él oyó el sonido del agua goteando e intentó no pensar en que ella estaba levantándose, desnuda, mojada y desprendiendo un maravilloso aroma. La oyó correr hasta el baño y cerrar la puerta.

—Lo siento mucho —repitió David cuando Chelsea salió unos minutos después con unos pantalones de chándal y el pelo peinado hacia atrás.

Parecía ligeramente avergonzada y David no sabía si sería por el hecho de que la hubiera visto desnuda o por el extraño momento que se había producido antes de que a los dos les entrara el pánico al notar que la fuerza de la atracción se había vuelto demasiado intensa como para ignorarla.

—Bueno —dijo ella—, ¿quieres un poco de champán?

—Sí —se levantó, se sirvió una copa y rellenó la de ella—. He pensado que podríamos ver una película. Algo deprimente que no me haga pensar en sexo. sobre todo ya que… —miró la enorme cama— tenemos que dormir juntos.

Su sinceridad la hizo reír y ambos se relajaron un poco.

—Buen plan.

Pusieron una película que había recibido varios premios, pero que no había funcionado en la taquilla, y después de cuarenta minutos, descubrieron por qué.

—Si una persona más se suicida en esta película, voy a tener que ir a un psicólogo —dijo él.

—Es la cosa más deprimente que he visto en mi vida, aunque los actores son muy buenos.

—¿Te está gustando la película?

—No. A mí me gustan las historias positivas con finales felices.

—A mí también. O eso o mucha acción.

—¿Crees que eso nos convierte en personas superficiales?

—Puede, pero también en personas equilibradas.

Para entretenerse, David empezó a sacar las cosas de la cesta de regalo. Abrió la bolsa de frutos secos, se metió un puñado en la boca y mientras estaba masticando, sacó el aceite de masaje.

—Camomila y bergamota. Tuve una novia a la que le encantaba la reflexología. Podría darte un masaje en los pies, si quieres. Sería mucho menos deprimente que esta película.

Ella lo miró y así, sin maquillaje y sin peinar, a David le pareció la mujer más preciosa del mundo.

—¿Sabes dar masajes en los pies?

—Sí. Y muy buenos. ¿Quieres? Te debo algo por haber interrumpido tu baño.

—Preferiría hacer eso antes que seguir viendo esta película.

Y él, con mucho gusto, apagó la tele y se metió en la cama con ella.

—Te metería los pies en agua caliente y en sales de Epsom, pero supongo que como los has tenido en la bañera, podemos saltarnos esa parte.

Salió de la cama de un salto, fue al baño y volvió con una de las esponjosas toallas del hotel. Se la colocó debajo de los pies y se echó un poco de aceite de masaje en las manos. Le levantó el pie izquierdo, le extendió el aceite con delicadeza y, empezando por el tobillo, deslizó las manos hasta sus dedos en largas y suaves caricias. Lo hizo una y otra vez, tal como Melinda le había enseñado, hasta que el aceite se calentó bajo sus manos y pudo sentir cómo la piel y los músculos de Chelsea empezaban a suavizarse y a tomar calor.

Hasta tenía unos pies bonitos, a pesar de tener las propias durezas fruto de un trabajo que la hacía estar tantas horas de pie. Se había dejado el anillo del pie en casa y David lo echó de menos.

Comenzó a trabajar entre los tendones y después pasó a la planta, formando círculos con sus dedos pulgares y haciendo presión al mismo tiempo. Ella se había mostrado algo tensa al principio, pero después de ver que él no estaba intentando tocar nada más que sus pies, se relajó.

—Oh, es maravilloso —gimió en cierto momento.

—La gente no se da cuenta de cuánto estrés se acumula en sus pies, sobre todo la gente que, como tú, pasa tanto tiempo de pie.

—Qué agradable —exclamó ella cuando él hizo presión sobre la parte anterior de la planta de su pie izquierdo.

—¿Sabes a qué parte del cuerpo corresponde esa zona según la reflexología?

—¿A cuál? —preguntó ella con una voz sexy.

—Al corazón.

Chelsea abrió los ojos y se quedó mirándolo.

—¿Estás diciendo que a mi corazón le pasa algo?

—No. Que está confundido, tal vez.

Ella se rió.

—Tal vez.

—Tus pies podrían estar diciéndote que Philippe no es hombre para ti.

—¿Un pie puede decir tanto?

—Te sorprenderías.

Y si él fuera un hombre tan afortunado como Philippe, no estaría perdiendo el tiempo en Francia mientras una mujer como Chelsea estaba en otro continente dejando que otro hombre le masajeara los pies.

Si ese francesito no espabilaba, la vieja determinación estadounidense iba a desbancarlo.

Capítulo 12

¿Por qué demonios había dejado que David se acercara a ella con un bote de aceite para masajes?, se preguntó Chelsea horrorizada. Era cierto que sólo había estado frotándole los pies, pero de algún modo parecía haber una extraña relación entre los dedos de sus pies y otras zonas mucho más íntimas de su cuerpo.

Sin embargo, tenía que admitir que David le estaba poniendo mucho empeño a su labor y que estaba haciéndola sentirse bien. Demasiado bien.

Observó cómo sus largos dedos, embadurnados en aceite, trabajan con fuerza sobre sus músculos. Jamás se habría imaginado que acumulara tanta tensión en los pies o que pudiera sentirse tan bien después de que esa tensión quedara aliviada. Pero el problema era que esa tensión estaba extendiéndose a otras partes de su cuerpo.

Y como si él fuera consciente de su creciente excitación, comenzó a acariciarle los tobillos y a subirle un poco el bajo de los pantalones.

—Tienes una piel muy suave —le dijo, tan excitado como ella.

—Y tú das muy buenos masajes.

—Si no me va bien en el negocio de los seguros, es bueno saber que tengo una profesión de reserva —le subió un poco más los pantalones.

—¿Qué estás haciendo?

—No lo sé, pero no puedo apartar las manos de ti. Si me dices que pare, pasaré la noche metido en la bañera.

Los dedos de David parecían hacer magia, la volvían loca de deseo y eso que sólo estaba acariciándole los pies y la parte baja de las piernas. Apenas podía pensar con claridad.

—¿Y qué pasa con las reglas? —logró preguntar ella.

—Tengo una nueva regla que dice que las reglas sólo se aplican en Filadelfia.

—Así que, una vez que volvamos a casa, ¿volvemos a nuestras habitaciones?

—Si quieres, sí.

Chelsea sospechó que no era una buena idea, pero era humana y él era demasiado increíble. Así que decidió que estarían juntos durante una noche mágica.

—Está bien. Durante esta única noche no seguiremos las reglas, pero cuando volvamos…

—Entendido.

David le quitó los pantalones de chándal con la misma facilidad que si hubieran sido una simple bata y después le llegó el turno a la camiseta.

—¡Cuánto me alegro de que lleves esta lencería tan sexy! —le susurró antes de besarle los pechos através de la seda transparente.

Ella, ya excitada, lo abrazó y deslizó las manos sobre su espalda; todos esos lugares donde había querido acariciarlo por fin eran suyos y podía explorarlos durante esa noche sin reglas. Se sentía como si su cuerpo flotara, lleno de ese deseo que había estado guardando durante los días y noches que había compartido su vida, su casa, todo menos su cama.

Sonreía mientras David acariciaba su vientre de un modo que le demostraba que él también había estado deseándola.

Él comenzó a besarla, pero se detuvo:

—No he traído preservativos. Se me ha ocurrido, pero no quería que pensaras nada. Supongo que podríamos simplemente…

—Creo que hay en la cesta de obsequios —los había visto y los había escondido bien al fondo.

—¡Me encanta este hotel!

David se levantó, sacó dos preservativos de la cesta y una caja de cerillas, empezó a encender algunas de las velas que bordeaban la bañera y las llevó a las mesillas de noche.

Volvió a la cama, se desnudó a toda velocidad y después se tumbó a su lado.

Comenzó a acariciarla por todas partes, desde los hombros hasta el vientre y los muslos, y a la vez que la besaba, sus caricias se volvían más íntimas.

—Eres preciosa —le decía entre susurros.

Chelsea también exploraba su cuerpo, acariciaba su firme abdomen y esa erección más firme todavía que tenía entre sus manos.

Cuando ya no pudieron soportar más la espera, él le quitó la ropa interior y, desnudos, rodaron juntos sobre la cama. Sus cuerpos encajaron a la perfección, con tanta facilidad y naturalidad como si hubieran estado unidos durante años.

—Oh, es tan agradable —dijo ella mientras David se movía en su interior y la llevaba al límite.

—Y tanto —susurró él. Estaban el uno al lado del otro y él agarró la pierna de Chelsea y se la puso sobre la cadera para poder deslizar la mano entre los dos cuerpos y acariciar su punto más íntimo y sensible. Ella decidió jugar también y acarició sus testículos hasta hacerlo gemir. Sabían que sólo tenían esa noche y por eso decidieron exprimir cada segundo. Sus respiraciones eran entrecortadas, ella sentía el sudor acumulándose sobre la piel de David y entonces, de pronto, él la tumbó bocarriba y se adentró en ella hasta hacer que un delicioso clímax la invadiera. Un instante después, fue él el que gimió de placer.

Al cabo de un rato, cuando sus pulsaciones se habían normalizado, David sacó el segundo preservativo.

—Sólo queda uno —dijo con una pícara sonrisa.

—Entonces vamos a aprovecharlo al máximo —le respondió ella, quitándoselo de las manos.

Chelsea no sabía a qué hora se quedó dormida, lo único que sabía era que cuando se despertó no sabía ni dónde estaba ni con quién.

Estaba claro que estaba en la cama con un hombre; eso se lo indicaba la cálida presión de un cuerpo contra su espalda y la increíble satisfacción de una mujer que acababa de tener una noche de sexo fantástica. El brazo de él la rodeaba y sus dedos se

curvaban sobre su pecho desnudo. Estaba durmiendo y su cálido aliento le acariciaba la nuca.

Ella se echó hacia atrás, contra él, y sintió la calidez de su cuerpo y una erección prominente contra su cadera.

Cuando empezó a recordarlo todo, pensó en despertarlo con un beso en la boca, pero ya era de día, su noche juntos había pasado y si tenía alguna esperanza de alejarse de ese hombre, debía seguir las reglas que había instaurado. Por muy increíble que él fuera y por mucho que ella lo deseara.

Se levantó, pero él seguía dormido y con una leve sonrisa. Conteniendo las ganas de acariciarle el pelo y besarlo, se metió en el baño, se duchó y se preparó para empezar un nuevo día.

David podía captar el delicioso aroma a mujer de la almohada. Se despertó lentamente, preguntándose adónde había ido y dándose cuenta de que había estado durmiendo en el lado de la cama de Chelsea.

Desde la primera vez que la había besado había sabido que existía química entre ellos y, después de una noche en la que se habían saciado de placer, seguía deseándola.

Ella y sus malditas reglas. El día que todo eso acabara y ya no vivieran juntos, entonces tal vez podrían olvidarse de las reglas y divertirse un poco.

Cuando Chelsea salió del baño, totalmente vestida, maquillada y peinada, él ya había servido el café y estaba mirando la agenda del día.

No estaba seguro de cómo saludarla, si como a una prometida de mentira o como a una amante de una noche. Pero cuando se miraron, no pudo evitar la tentación de besarla y, mientras la llevaba a la cama, ella se resistió y lo apartó con una sonrisa.

—Lo de anoche fue fantástico. Lo pasé muy bien.

David sabía leer entre líneas; lo que había querido decirle era: «gracias por unas cuantas risas y algo de buen sexo, pero no esperes nada más».

—Sí, yo también —respondió, aunque eso se quedaba corto en comparación con lo genial que había sido para él. Se hizo el duro y le dio a Chelsea su plan del día—: Buenas noticias, cielo, puedes elegir entre una sesión de fotos o una clase de arreglos florales.

—Debe de costarles un dineral invitar a las parejas.

—¿No lo has oído? Nuestras parejas sois nuestro principal apoyo y sois parte del éxito de esta empresa.

—Supongo que tiene cierto sentido. Quiero decir, si estás casado, necesitas a alguien en quien confiar, alguien que te cuide cuando estás enfermo y que te ayude a elegir corbatas elegantes.

—¿Corbatas elegantes? ¿Estás hablando metafóricamente?

—No.

—¿Qué le pasa a mis corbatas?

—Nada que una mujer con buen gusto pueda arreglar.

—Ah.

—Pero, está claro que yo no soy esa persona en tu vida.

Estaba seguro de que Chelsea había sacado el tema de las corbatas para no acabar en la cama, pero aun así él no pudo evitar preguntarle algo:

—¿Te gusta alguna de mis corbatas?

—Hasta el momento ninguna.

—A lo mejor no tienes gusto con la ropa de hombre.

—Puede ser.

—Intento parecer joven.

—Una cosa es intentar parecer joven y otra, infantil —dijo ella sonriendo y, claramente, riéndose de él.

David quería ser vicepresidente de una empresa y las corbatas infantiles no iban a ayudarlo en nada. Si eso se lo hubiera dicho su hermana, la habría ignorado, pero no había duda de que Chelsea tenía un gran gusto para la moda.

Después de estar reunido varias horas durante la mañana, y aliviado de no haber tenido que ponerse una de sus corbatas, David aprovechó un descanso para pasear por las tiendas del vestíbulo y entrar a ver las corbatas. ¿Iban marcadas por edad? Siempre le

había dado tanto miedo parecerse a alguno de los colegas de su padre que se había comprado corbatas con colores chillones y había evitado tonos neutros y rayas.

Por otro lado, ¡tampoco podía decirse que llevara corbatas con personajes de Disney!

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —le preguntó un dependiente.

—No, gracias, sólo estaba mirando —se quedó paralizado porque sabía que no podía comprarse nada sin la aprobación de Chelsea. Tal vez debería pedirle unas clases para así saber qué comprar en el futuro.

Salió de la tienda de caballeros y entró en una tienda de regalos donde se fijó en una vitrina con anillos de compromiso. ¿Cómo podía haber tantas clases de algo tan simple? ¿Y cómo podría un hombre que no sabía ni elegir una corbata complacer a una mujer que iba a convertirse en su esposa?

Suponía que, si algún día se casaba, dejaría que la mujer en cuestión eligiera el anillo y que se lo cobrara a su cuenta. Eso era lo que había hecho Suzanne.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando una mano lo agarró por el hombro y oyó una voz familiar.

—Oh, bien. Estás mirando anillos.

—Bueno, sí…

—Puede que Chelsea diga que no quiere llevar un anillo porque trabaja con comida, pero ¿y cuando no está trabajando? ¡Por supuesto que una mujer prometida quiere un anillo! Y, con sinceridad, es una señal para que otros hombres sepan que ya está elegida. Con una chica tan preciosa como la tuya, yo sin duda pondría el cartel de «Prohibida» cuanto antes.

—¿Sabes, Piers? Estaba pensando en que mi futura esposa podría elegir su propio anillo. ¿Y si no le gusta el que elija yo? Tendría que llevarlo durante años y años.

—Tonterías. Es una mujer moderna —respondió el hombre—. Si no le gusta, podéis traerlo y cambiarlo. Es una suerte que te haya encontrado aquí, así puedo aconsejarte, sé mucho de diamantes. Llevo décadas asegurando a joyeros. Es un negocio fascinante.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros?

—Sí —respondió Piers—. Aquí mi amigo David quiere comprar un anillo de compromiso. Uno de buena calidad, claro.

—Por supuesto, señor.

Y ya que Piers no sólo era un experto en diamantes, sino también un hombre de negocios, negoció un buen descuento sobre el anillo que, según los dos, quedaría perfecto en la mano de Chelsea. Era un sencillo solitario con un diamante que no era el más grande de la colección, pero sí uno de los de mejor calidad.

El almuerzo era el último evento en el que todos estarían juntos y sabía que Piers, su esposa y probablemente todos los demás observarían de manera obsesiva las manos de Chelsea. Por eso la llamó al móvil y le pidió que se reuniera con él en su habitación antes de ir a comer.

—¿Va todo bien? —le preguntó ella con un susurro.

—Sí. ¿Por qué estás susurrando?

—Estoy en un curso de arreglo floral. He salido fuera, pero no quiero que me oigan.

—¿Arreglo floral? Qué horror.

—No está mal. Es más, podría venirme bien para mi negocio.

—Y es un punto fuerte por si alguna vez te conviertes en la esposa de un presidente de empresa.

—¿Has llamado para meterme conmigo?

—No puedo contártelo por teléfono. ¿Puedes escaparte un poco antes y venir a la habitación antes del almuerzo?

—Sí, claro. Nos vemos a las once y cuarenta y cinco.

Se sintió extraño mientras la esperaba en la enorme habitación dominada por la bañera que evocaba la imagen de una Chelsea desnuda. Claro que, si no miraba la bañera, acababa mirando la cama donde había pasado algunas de las mejores horas de su vida.

Como abandonarían el hotel a primera hora de la tarde, los dos ya habían hecho las maletas y eso le recordó que, una vez que volvieran a la ciudad, su noche de pasión quedaría en el olvido.

Pero además, tenía otro dilema, ¿cómo le daba un anillo de diamantes a una preciosa mujer con la que se había acostado a la vez que le pedía que no se casara con él?

Capítulo 13

—¿Qué pasa? —le preguntó Chelsea al entrar—. Estás sudando, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien. Estaba en el jardín y el calor es abrasador.

—Bien —se quedaron mirándose, uno en cada extremo de la habitación y separados por la cama y la bañera. La invadieron los recuerdos de la noche anterior y sintió cómo se acaloraba su cuerpo. De camino a la suite había estado planteándose si aceptaría si él le pidiera que se acostaran antes del almuerzo; técnicamente aún podían tener sexo sin quebrantar las reglas, pero no estaba segura de que fuera una buena idea. Ahora que estaba viéndolo sabía que no podría resistirse, aunque irónicamente él no parecía tener la actitud de un tipo dispuesto a seducir a una mujer.

—Tecompradounanillo.

—¿Cómo has dicho? —tal vez estaba enfermo; no entendía lo que le decía.

—Te he comprado un anillo.

—¿Un anillo?

—Así parece más auténtico.

Le lanzó la cajita de terciopelo y ella la agarró en el aire.

—¿Qué clase de anillo?

—Anillodecompromiso.

—Ya, entiendo. ¿Puedo abrirlo?

Él asintió. Estaba de color verde.

—David… es precioso —dijo Chelsea con la boca abierta.

Era exactamente el anillo que ella habría elegido. Exquisito.

—Si no te gusta, puedes cambiarlo.

—Pero no voy a quedármelo.

—Claro que puedes quedártelo —sonrió con timidez—. Lo único que no puedes quedarte es a mí.

¡Como si ella fuera a querer a un hombre infantil que seguía gastándole bromas a su hermana, que daba por hecho que podía conseguir un ascenso a base de mentiras y que no distinguiría a una mujer que era lo mejor que le había sucedido en la vida ni aunque estuviera comprometido con ella!

—¿Me lo pongo?

Él dio un paso atrás y se chocó con las puertas de cristal.

—Sí. Piers me ha ayudado a elegirlo y te imaginarás que estarán deseando vértelo puesto.

—¿Tu jefe te ha ayudado a elegir un anillo de compromiso?

—¡Lo sé! Ahora esta compañía parece una hermandad de casamenteras.

Ella se puso el anillo mientras intentaba no pensar en cómo sería que todo fuera real, si David estuviera arrodillado ofreciéndole su corazón y una vida juntos.

—Es precioso..

Ella metió la mano en su bolso y sacó una caja plana.

—Pues resulta que yo también tengo para ti un regalo de no compromiso… aunque tendrás que acercarte si lo quieres —dijo riéndose al verlo pegado a las puertas de cristal.

—Está bien, lo siento —se acercó y abrió la caja—. Una corbata. Me has comprado una corbata.

—Es la corbata de un futuro vicepresidente. Juvenil, pero con carácter.

—Me la pondré mañana. Gracias.

—De nada. Gracias a ti por el anillo.

Chelsea pensó que tal vez David la besaría, pero él se limitó a guardar la caja en su maleta.

—Deberíamos bajar a almorzar —dijo ella.

—Sí.

—Ah, David.

—¿Sí?

—Un consejo. Si alguna vez te comprometes de verdad, deberías trabajar más la técnica.

Y con la sonrisa más amistosa que pudo esbozar, salió de la habitación seguida por él.

Capítulo 14

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó Sarah el domingo por la tarde, sorprendida consigo misma.

Nos vemos en la muestra de orangutanes, había escrito él.

Estaba teniendo su primera cita con un hombre que le había gustado tanto personal como intelectualmente y allí estaba, ¡en el zoo! ¡Apenas podía creerlo!

Se sacó la entrada, agarró un mapa del recinto y localizó el punto de encuentro. Allí sólo había un hombre y no estaba mirándola a ella, sino a un mono al que contemplaba con el orgullo y cariño con que un hombre mira a su hijo.

—¿Sarah? —le preguntó.

Ella tragó saliva y asintió.

Él le sonrió. Tenía el pelo rubio oscuro y aclarado por el sol. Era más alto de lo que se había imaginado y tenía unos ojos azulísimos. Por otro lado, no se había preocupado mucho por su atuendo. Llevaba pantalones de montar en bici y una camiseta. Y si se había peinado en la última década, no había muestras de ello.

—Es genial conocerte por fin. Soy Mike.

Sin saber qué otra cosa hacer, Sarah le estrechó la mano. Tenía unas manos fuertes y algo ásperas.

—Hola.

—No es un lugar al que sueles venir con tus citas, ¿eh? —le dijo él después de estudiar la expresión de su cara—. Ven aquí, quiero enseñarte algo.

Y a regañadientes se movió mientras mentalmente preparaba toda una lista de razones para marcharse… y pronto.

—¿Has visto a ese tipo? —señaló a una criatura peluda que no dejaba de rascarse sus partes íntimas—. Es Mike junior.

Oh, genial. Estaba teniendo una cita con un lunático. Excelente.

—¿Mike junior? ¿Tu hijo?

Él se rió.

—Sí, lo he adoptado.

Ella seguía demasiado furiosa como para ser educada.

—¿Se te ha olvidado tomar la medicación?

—No —él parecía seguir divirtiéndose—, soy consciente de que no es mi hijo biológico. Se trata del programa de adopción de animales, ¿no lo conoces? Es una labor benéfica. Pagas para ayudar a alimentar a un animal. No soy muy fan del zoo, pero me gusta el programa de conservación. Mike Júnior es un orangután de Sumatra y mi animal de zoo adoptado. Me gusta visitarlo de vez en cuando, aunque él ni me mira. Es un adolescente, ¿qué puedes esperarte?

Tenía razón. ¿Qué iba a esperarse ella? ¿A alguien normal? Se había estado escribiendo con un extraño, le había contado cosas que no le había contado a nadie y, ¡cómo no!, él había resultado ser un chiflado.

—Crees que estoy trastornado, ¿verdad?

—Un poco.

—Vamos. Sigamos con nuestra cita. Puede que acabe gustándote, aunque va a costarme. Por e-mail no eres tan difícil.

—La verdad es que sí, pero utilizo mucho la tecla de «Borrar». Deberíamos haber traído nuestros ordenadores y habernos editado antes de hablar. Habría sido más fácil.

A pesar de todo, dejó que Mike la guiara por el zoo y juntos pasearon entre todo tipo de animales.

—Por las historias que me contaste de tu gato supuse que eras amante de los animales.

—Se llama Clarence y estaba abandonado, pero me gusta más la Historia que la Zoología.

—Ah, pero este zoo es histórico. Ben Franklin lo fundó, es el zoo más antiguo de Estados Unidos.

Sarah no pudo más que reírse.

—Has ganado puntos.

—Pues también he traído un picnic —dijo él.

—¿Sí? —preguntó ella impactada.

—Sí. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste de picnic?

—Creo que era una niña y desde entonces no se me había vuelto ocurrir hacerlo.

—Entonces supongo que no me he equivocado al traerlo.

Encontraron un sitio en el césped y él sacó una toalla de playa, sándwiches, queso, galletitas saladas, manzanas y refrescos.

No era exactamente el champán, las fresas, la bonita cesta de paja y el mantel de cuadros que ella asociaba con un picnic, pero fue divertido sentarse al aire libre y comer sándwiches.

—¿De qué son?

—No sabía qué te gustaría, así que los he hecho de jamón y queso y de mantequilla de cacahuete y jalea.

—¿Mantequilla de cacahuete y jalea? —¿cuántos años creía que tenían? ¿Ocho?

—Era lo único que tenía en casa y, además, no sabía si comes carne y tampoco quería que te murieras de hambre.

Estaba claro que se había tomado demasiadas molestias y eso lo hacía un hombre atractivo.

—Me tomaré uno de cada —dijo ella mientras, movida por un impulso, se descalzaba para sentir la hierba contra sus pies.

Mike le dio un refresco y comenzaron a abrir los sándwiches.

—Háblame más sobre tu estudio de yoga.

—Será genial. La localización es perfecta, hay mucha gente estresada que necesita calmarse y reconectar con sus cuerpos y su espíritu. Deberías venir.

—¿Porque estoy estresada?

—Puede ser. Pero sobre todo para que así pueda volver a verte.

Por increíble que pareciera, ella descubrió que también quería volver a verlo. Le gustaba su naturalidad, el hecho de que no se hubiera arreglado para impresionarla, pero que hubiera sido tan atento y detallista como para preparar un picnic. Estaba acostumbrada a hombres con trajes que la llevaban a restaurantes caros y luego, si lo lograban, a la cama. Pero ahora que se había acostumbrado a Mike hasta le gustaba que hubiera adoptado a un mono adolescente.

Sin embargo, había cosas que tenía que aclarar con él.

—¿Qué te hizo escribirme la primera vez?

—No lo sé, de eso hace mucho tiempo. Me gustó tu perfil, me pareciste una persona muy directa. Te comunicas casi como un hombre.

Miró los inocentes y sinceros ojos de Mike y supo que tenía que contárselo.

—La verdad es que fue un hombre el que escribió mi perfil.

—¿Y por qué no lo escribiste tú?

—Fue mi hermano. Lo hizo para gastarme una broma.

—Si era una broma, ¿por qué no retiraste el perfil cuando lo descubriste?

—Porque me escribiste. Me gustó lo que dijiste y por eso me quedé conectada un rato —se encogió de hombros—. En cuanto te di mi e-mail personal, borré el perfil.

—Eso es genial.

—No tanto. Verás… la parte que era broma era la parte en la que mi hermano me describía como si fuera una solterona frustrada que quiere casarse y tener hijos y que no está interesada en el sexo antes del matrimonio.

Él se quedó mirándola como si esperara que continuara, pero como Sarah no lo hizo, dijo:

—Bueno, ¿y lo eres?

—¿Si soy qué? —preguntó ella entre risas—. ¿Todas esas cosas que dijo mi hermano? Claro que no. Bueno, en el sentido legal, soy una solterona y claro que tengo pensado casarme algún día y tener hijos, pero no es algo prioritario en mi agenda —finalmente añadió —: Y digamos que no estoy reservándome para mi noche de bodas.

—Ya… ¿Quieres ir a alguna parte y practicar sexo ahora?

—¡No!

—Entonces supongo que te sentirías cómoda teniendo sexo con una nueva pareja en algún punto entre una primera cita y la boda.

—¿Por qué estamos hablando de mi vida privada?

—Tú has sacado el tema.

—Lo que quería decirte es que no soy tan conservadora como ese perfil me hacía parecer.

—Llevamos un tiempo escribiéndonos, ¿no crees que a estas alturas ya he descubierto algunas cosas sobre ti por mí mismo?

—¿Como qué?

—Como que te esfuerzas en que la gente te vea como quieres que te vea, pero cuando te relajas y bajas la guardia, hay otra Sarah ahí dentro. Una mujer más suave, que no sale mucho.

Y ahí estaba lo que ella tanto había temido.

—Así que estás interesado en la Sarah suave, blanda, la Sarah mamá, Sarah la…

—Estoy interesado en todo lo que tenga que ver contigo —dijo él con firmeza—. Son tus contrastes lo que me atrae. Me gusta que seas inteligente y que te enorgullezcas de tu trabajo y también me gusta la persona que llevas dentro, la que anhela cosas que su duro exterior no cree que debería querer. Eso es lo que te hace interesante.

—Oh —por increíble que pareciera, Sarah estuvo a punto de quedarse sin habla—. ¿Y qué me dices de ti? Si hubiera dicho, sí, vamos a esos arbustos y desnudémonos, ¿habrías venido conmigo?

Él tenía una sonrisa muy atractiva, una sonrisa que hacía que le subiera la temperatura.

—Me habría visto tentado, no voy a negarlo, te encuentro muy atractiva, pero no. No lo haría. Eso ya no lo hago.

—¿Qué no haces ya?

—Lo del sexo casual. Está anticuado.

—¿Sí? Hace tanto que no me acuesto con alguien, que apenas lo recuerdo.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó Mike intrigado.

—Es la conversación más extraña que he tenido nunca en una primera cita. Hace como un año.

—Yo, ocho meses.

—¿Alguien te ha roto el corazón?

Mike la miró fijamente.

—Puede ser. ¿De verdad quieres conocer mi historia?

—Claro —tenía millones de cosas que hacer, pero hacía una tarde preciosa y, por mucho que trabajara, siempre le quedarían millones de cosas por hacer.

—Estaba viviendo en California y trabajando como instructor de surf y profesor de yoga además de trabajar en un colegio. Tenía

muchas alumnas…

—Chicas californianas bronceadas y en biquini.

Él sonrió.

—A veces. Puedo parecer un cretino por decir esto, pero algunas de mis alumnas se me acercaban y yo me sentía muy halagado y acababa acostándome con ellas. Al cabo de un tiempo, empecé a sentirme como el chico de la piscina.

—¿Quieres decir que esas mujeres te utilizaban para el sexo?

—Digamos que no tuve muchas relaciones largas. Creo que me gusta el sexo tanto como a cualquiera, pero busco algo más que aventuras de una noche.

—Y por eso te mudaste a Filadelfia. Hay muchas menos chicas en biquini que necesiten clases de surf.

—Me ofrecieron un puesto de profesor fijo y decidí que era una oportunidad para empezar de nuevo. Me marqué algunas reglas y hasta el momento las he seguido.

—¿No lo echas de menos?

—¿Que si echo de menos el sexo? Totalmente —le agarró la mano —. ¿Y tú?

—Yo estoy bastante ocupada. La mayoría del tiempo no pienso en el sexo, pero cuando lo hago —pensó en el calor que estaba recorriéndola con el simple hecho de estar dándose la mano—, sí, lo echo de menos.

Se quedaron así un minuto, cómodos el uno con el otro, a pesar de la tensión sexual que fluía entre sus manos entrelazadas.

—Y, según tus reglas, ¿cuánto tiempo más…?

—No soy de reglas estrictas, no estoy diciendo que deba conocer a alguien durante un cierto espacio de tiempo ni nada así. Lo único que digo es que no quiero acostarme con cualquiera, quiero acostarme con alguien que me guste de verdad y a quien pueda conocer bien, y quiero que ella sienta lo mismo.

—Lo entiendo.

—¿Te parece bien?

—Sí, creo que sí.

Con eso dieron por terminada la conversación y a continuación recogieron el picnic para después caminar hasta donde ella había

dejado el coche.

—¿Necesitas que te lleve a alguna parte?

—No, tengo mi bici.

—De acuerdo. Bueno… —no sabía cómo despedirse.

Él le dio un folleto de publicidad.

—Oh, es tu estudio de yoga.

—Ahí tienes los horarios. Yo doy la clase los sábados por la mañana. Sería genial verte por allí.

—¿No te da miedo que intente seducirte después de la clase?

—Ojalá lo hagas —le respondió y, con un fugaz beso, se dio la vuelta y se marchó.

Parecía que los dos iban a ponerle fin a su sequía sexual.

Sarah se marchó conduciendo con una sonrisa en la boca y diciéndose que David nunca debía enterarse de que había conocido a ese chico gracias al perfil que él se había inventado.

Nunca.

Capítulo 15

—¿Vas a cenar esta noche en casa? —le preguntó Chelsea a David cuando él se iba a trabajar.

—¿Qué hay de cena?

—Voy a probar una nueva receta de pechugas de pollo rellenas con salsa de vino.

—Cada vez me aprietan más los pantalones.

—Haces que suene como si fuera algo malo.

—Me siento como si viviera en la película *Julie y Julia*. La gente no debe comer tanta mantequilla, nata y vino.

—Tonterías. Julia Child y su marido pasaron de los noventa. Prefiero mantequilla y nata antes que una bolsa de patatas fritas. Es más sano y más sabroso.

—Yo no como patatas fritas.

—Si vas a protestar tanto, te pondré una ensalada.

—Vendré a cenar —se acercó a ella y añadió—: Y relléname una pechuga de pollo.

Cuando David llegó al trabajo, decidió que tendría que hacer algo con la rutina en la que había caído; resultaba demasiado cómoda, agradable, demasiado hogareña.

¡Pero es que esa mujer sí que sabía cocinar! Era extraño porque parecía la típica que sólo se alimenta de zanahorias y palitos de apio, pero no sólo cocinaba igual que Mozart componía, sino que además tenía un apetito voraz y disfrutaba tanto comiendo que era un placer verla.

Suponía que quemaba las calorías porque siempre estaba ocupada haciendo algo. Era una pena que no las quemara practicando sexo…

Se había prometido mantener las distancias, pero Chelsea se estaba convirtiendo en una obsesión para él. Después de haberse acostado con ella, la veía como una especie de droga. Fantaseaba

constantemente con las cosas que le haría y hasta el momento nunca había visto una cocina como el lugar más erótico de una casa.

No estaba acostumbrado a que las mujeres lo distrajeran en su trabajo ni a estar mirando constantemente el reloj, esperando a que llegara la hora de correr a casa y ver a esa belleza que lo esperaba allí.

Y cuando llegaba, ¿qué obtenía? ¿Sexo ardiente? No, comidas que le atrofiaban las arterias.

De camino a la reunión que tenía programada con una compañía de discos para intentar venderles su plan de seguros, pensó más en la situación. La señorita Cordon Bleu estaba fijando todas las reglas de la relación. No quería sexo, de acuerdo. Quería cocinar constantemente y crear un negocio desde su cocina, de acuerdo. ¿Pero utilizarlo como su conejillo de indias para probar todos los platos? No, por ahí no pasaba. No le importaría comer platos tan deliciosos y disfrutar de un buen vino si después podía quemar todas esas calorías de un modo placentero.

Pero claro, Chelsea tenía a Philippe…, aunque Philippe estaba en Francia, muy lejos. No era él el que estaba comiéndose su comida, el que estaba compartiendo un hogar con ella. Si Chelsea fuera suya, jamás permitiría que cocinara para otro, sabiendo lo que sus deliciosos platos podían despertar en un hombre.

Se dio cuenta de que no había llevado bien el asunto de Chelsea; había estado siguiendo sus normas tanto tiempo, que había olvidado que las reglas están para romperse.

Él era comercial, si no podía engatusar a una atractiva mujer con la que vivía para que se acostara con él, entonces no tenía cabida en el mundo de los negocios.

Al igual que el cierre de una venta, la idea de llevarse a Chelsea a la cama lo llenó de excitación. No podía esperar, pero, ¿y si Philippe y ella iban en serio? Aprovechando que había llegado a la compañía de discos con cinco minutos de antelación, llamó a Sarah.

—¿Qué quieres? No estoy de humor.

—¿Tienes un minuto?

—Claro.

—Se trata de Chelsea.

—¿Qué le has hecho? Te juro que si la molestas o le haces daño, te mato. Es muy vulnerable, está intentando levantar un negocio y no es fácil. Así que si le creas algún problema, iré a buscarla, me la llevaré a casa y tú te quedarás cuidando de mi gato.

Después de unos segundos de silencio, David habló:

—Menuda bronca me has echado. ¿Te has quedado a gusto?

Ella se rió.

—Pues sí, me siento mejor. Lo siento. Son cosas personales.

—Estás a palo seco, ¿verdad? Reconozco los signos.

—Todo esto del sexo es la peor invención de la evolución.

—Y que lo digas. De hecho, te llamo por eso mismo.

—Si quieres que te expliquen lo de la semillita, entonces habla con papá. Vuelven la semana que viene y he oído que quieren hacer una barbacoa.

—Te llamo por Chelsea. Habla mucho por teléfono con un tal Philippe. ¿Sabes algo de él?

—¿Su amigo gay que vive en París? ¿Con el que estudió cocina? ¿Qué pasa con él?

Oír esas palabras para David fue como oír música celestial.

—¿Su amigo gay? Me pregunto si sabrá algo de lo del compromiso fingido. ¿Podemos confiar en él?

—Está en Francia y no habla inglés. Sinceramente, creo que tienes problemas mucho mayores de los que preocuparte, hermanito. Como lo de esa barbacoa en familia. Más te vale que mamá no haya estado tejiendo patucos de bebé durante su viaje.

—Tienes razón. Mira, tengo que colgar, llego tarde a una reunión. Podríamos salir alguna noche, Chelsea, tú y yo… y encontraré a un cuarto.

—Ya puedo encontrármelo yo, gracias.

—¿En serio? Creía que no estabas saliendo con nadie.

—Te equivocas.

—¿No debería eso ponerte de buen humor?

—Te equivocas, otra vez. Hasta luego.

Era difícil comprender a las mujeres en general, pero a las hermanas…

Capítulo 16

—Te quiero, horno —exclamó Chelsea mientras sacaba del horno unos profiteroles absolutamente perfectos.

Aún tenía el pelo húmedo de la ducha y un delantal cubría su falda y su blusa. Cuando había estado trabajando en restaurantes, siempre había sacado tiempo para refrescarse y llevar ropa bonita, y ahora que trabajaba desde casa no veía razón para cambiar esa costumbre. Si se había duchado, cambiado de ropa y maquillado antes de que llegara David, había sido algo normal.

Oyó la puerta y su estúpido corazón se aceleró. Iba a tener que hacer algo porque estaban pasando demasiado tiempo juntos y, en lugar de sentirse feliz, estaba sintiendo un anhelo y un deseo dolorosamente parecidos a los de sus años de adolescente.

No fue la primera vez que se enfadó consigo misma por haberse acostado con él porque ahora sabía con todo tipo de detalles lo que se estaba perdiendo.

—Hola, cariño, ya estoy en casa.

—Tienes tu martini preparado y la cena está casi lista —respondió ella para seguirle la broma.

—Eres la mujer de mis sueños.

—Bueno, puede que haya mentido con lo del martini, pero sí que tengo la comida.

Y él tenía flores.

—Gracias. ¿A qué se deben? —dijo emocionada.

—Es mi forma de darte las gracias por estas fantásticas comidas.

¿Qué había sido de las quejas por el daño a sus arterias y a su cintura?

—Todo huele genial.

—Me he pasado un poco. He decidido cocinar todo lo que quiero poner en la boda y cronometrarlo. Es mucho trabajo, pero si contrato un pinche y camareros, lo lograré.

—¿Sabe tan bien como parece?

—Eso tendrás que decírmelo tú.

—Genial. ¿Tengo tiempo para darme una ducha antes?

—Claro —respondió ella algo sorprendida porque no solía ducharse nada más llegar del trabajo.

Y él, como si se hubiera dado cuenta de que se había quedado intrigada, dijo:

—Llevo todo el día corriendo de un lado para otro y he sudado. Necesito refrescarme.

Salió quince minutos después recién afeitado y, al verlo y oler su agradable perfume, Chelsea sintió mariposas en el estómago.

La comida estaba deliciosa, pero a decir verdad apenas la saboreó. David estaba muy cambiado, se mostraba demasiado atento y fascinado con cada palabra que ella pronunciaba.

Después de que se hubiera terminado la pechuga rellena sin quejarse por el colesterol, ella le dijo:

—Tengo hojaldres de fresa de postre. ¿Quieres probarlos?

Él negó con la cabeza.

—Ninguna pareja podría llegar a tanto en su noche de bodas. Todo lo que has cocinado debe de ser afrodisíaco.

—No .

—Entonces, ¿por qué siento la necesidad de hacerte el amor cada vez que te miro?

Ella tragó saliva y bajó la mirada.

—¿Eso te pasa?

—Sí, pero acordamos que no… Tú pusiste las reglas y yo accedí a cumplirlas. No fue idea mía, pero no concibo la idea de vivir con una mujer bellísima y tener que irme a la cama frustrado.

—¿Te has sentido frustrado? —le preguntó Sarah mirándolo a los ojos.

—Cada noche.

—No… no sé qué decir.

—¿Y si me dices que tú también te has sentido así todas las noches?

—No todas las noches —respondió incapaz de contener la sonrisa.

—Si al menos ha habido una noche en la que te hayas quedado despierta pensando en mí, no me sentiré como un inepto.

—¿Inepto?

—Hubo un tiempo en el que me iba bastante bien con las mujeres. Puede que no lo sepas, pero…

—Claro que lo sé. Cuando íbamos al instituto, tenías todo tipo de chicas revoloteando a tu alrededor y, ¿a quién te llevabas a casa? A las muñequitas.

—¿Muñequitas?

Ella se rió.

—Así era como las llamábamos Sarah y yo. Tenían los pechos grandes, eran muy dulces, con el pelo muy largo y el cerebro pequeño. Me da la sensación de que no has cambiado mucho.

—Te equivocas. Mi gusto ha cambiado… a menos que te consideres una de esas muñequitas.

—Por supuesto que no.

—Mira, me siento atraído por ti y creo que deberías tomar un papel más activo para intentar apartarme de las muñequitas.

Ella no pudo evitar sonreír.

—¿Te suelen funcionar ese tipo de frases?

—La verdad, normalmente no tengo que esforzarme tanto.

Se acercó a ella y la levantó de la silla.

—No soy un mal tipo, lo sabes. Y tú eres una belleza… —le acarició el pelo—, y hueles tan bien… —rozó con su nariz la sensible zona de debajo de su oreja—, y sabes tan bien…

Ella no pensó, simplemente se echó hacia delante, echó los brazos alrededor de su cuello y lo besó mientras pensaba que sus reglas no la habían hecho inmune a enamorarse de él otra vez.

Por lo menos una aventura le dejaría grabados unos picantes recuerdos que con suerte la reconfortarían cuando echara una mirada al pasado.

Cuando sus labios se encontraron, las chispas que habían saltado entre ellos desde el momento en que David la había confundido con una extraña, ardieron con más fuerza. Lo había sorprendido, bien. Quería sorprenderlo y seguir sorprendiéndolo hasta que se diera cuenta de que no necesitaba más novias fingidas. La mujer que tenía en sus brazos era la compañera perfecta, una mujer que lo complementaba, que lo retaba a superarse y, lo más importante, que lo amaba.

No podía decirle esas palabras, pero sí que podía, y lo haría, decírselo con su cuerpo, con sus labios, con los latidos de su corazón.

David la llevó contra la encimera, la levantó y se situó entre sus muslos.

Chelsea tenía la extraña sensación de estar entregándose a él con el corazón de una virgen, el mismo que le había entregado años atrás, metido en el cuerpo de una mujer experimentada. Aunque sabía dar y recibir placer, nunca lo había hecho de ese modo, nunca lo había hecho con el hombre al que había amado desde que tenía catorce años. Tembló de emoción mientras deslizaba las manos sobre los contornos de su espalda, de sus hombros y sus brazos.

Él estaba acariciándole el pelo, la cara, el cuello y acercándose a sus pechos, pero sin llegar a tocarlos, encendiendo en ella un intenso calor mientras esperaba y anhelaba que la acariciara ahí donde era tan exquisitamente sensible.

Sus pezones se endurecieron mientras él seguía besándola con la delicadeza de un hombre al que le encantaba besar. Saboreó su boca de un modo que le hizo saber que no tenía ninguna prisa y que se deleitaría así en cada parte de su cuerpo.

Pero ella vio que no tenía todo el tiempo del mundo. Una extraña ansiedad la envolvió y al instante se vio tirándole de la camiseta como si necesitara desesperadamente posar las manos sobre su torso desnudo.

Esa urgencia pareció contagiársela a él, porque de pronto Chelsea se encontró con que él estaba quitándole la parte de arriba. Había sido casualidad, pero llevaba uno de sus conjuntos de ropa interior más bonitos y, al parecer, David también era fan de la lencería francesa.

La ayudó a quitase la falda y la levantó en brazos, haciéndola reír.

—Ahora mismo te quiero en mi cama.

Ella no puso ninguna objeción al plan, lo rodeó por la cintura con las piernas y se deleitó con la dureza de su excitación mientras subían las escaleras hasta el dormitorio.

Su noche en las Pocono había sido salvaje y divertida, pero ahora ella sentía que había más tiempo, que tenía más tiempo para

conocerlo mejor, para complacerlo y recibir placer a cambio, una noche tras otra.

Conocía el sonido de su voz, su sentido del humor, su inteligencia y su ambición, pero no sabía que tenía cosquillas en la cara interna de los codos; sabía que tenía pecas en los hombros, pero no que su piel tenía sabor a tostadas con mantequilla.

Los dedos de David eran atrevidos y experimentados, pero aun así había en él una impaciencia y un entusiasmo algo adolescente que lo hacía muy especial. Cuando le apartó un mechón de la frente, sus miradas se encontraron y ella pensó que en ese momento estaban más unidos que nunca.

Cuando finalmente David le quitó la ropa interior, estaban tan excitados que parecía que iban a explotar. Pero él se contuvo. Le acarició los pechos delicadamente al descubrir lo sensibles que eran, saboreó sus pezones y la besó en el vientre y, cuando empezó a besarle los muslos, ella susurró:

—Espera, te quiero dentro de mí.

—Aún no. Eres mi menú degustación.

No supo si fueron sus palabras o el roce de su lengua, pero David apenas había acariciado su zona más íntima cuando ella llegó al clímax entre gemidos y sacudidas.

—Oh —exclamó ella tapándose los ojos—. Qué vergüenza…

—Calla —dijo él antes de volver a lo que estaba haciendo.

De haber podido hablar, Chelsea le habría dicho que no podía llegar al clímax tan pronto de nuevo, pero al cabo de un instante un intenso calor volvía a tomar forma en su interior. Cuando él deslizó dos dedos y rozó su punto G a la vez que le daba placer con la boca, ella tuvo que agarrarse a las sábanas. Podía oír sus propios gritos hasta que de pronto no pudo aguantar más.

Bajó a la tierra después de ese mágico momento, pero aún sentía un deseo en su interior que tenía que ser saciado; agarró a David que, al comprender lo que quería, abrió un cajón lleno de preservativos y al cabo de un instante se hundió en su interior.

Rodaron sobre la cama y ella sintió algo mágico, algo dulce. No podía contener las emociones que la invadían mientras se aferraba a

él y se movían al ritmo perfecto. Por eso, cuando llegaron juntos al clímax, no le sorprendió.

No, las ostras no eran el más poderoso afrodisíaco. Según su experiencia, el único afrodisíaco potente y verdadero era el amor.

Y por desgracia, no conocía ni cura ni antídoto.

Capítulo 17

Lo que acababa de suceder con Chelsea en su dormitorio era la única cosa en toda su vida que había puesto su mundo patas arriba, como los temblores de un terremoto.

¿Cómo era posible que esa mujer hubiera destapado una parte de él que ni siquiera él conocía?

—Jamás pensé que pudiera ser así.

Ella le sonrió con dulzura y con sus enormes ojos marrones llenos de emoción.

—*Je t'aime* —le susurró.

David la besó y se tendió bocarriba esperando poder recuperar la respiración y el orden en su vida. Él no era un hombre sentimental; era toda esa situación la que estaba haciéndolo actuar de ese modo tan extraño. Nunca antes había vivido con una mujer y, después del fracaso de su compromiso, no tenía intención de hacerlo. Pero sin embargo había una mujer viviendo en su casa, llenándola con los hogareños aromas de la cocina y pasando a su lado emanando aromas a champú de flores y a todos esos geles y cosméticos que usaba. No era de extrañar que su cerebro estuviera constantemente empañado y confundido.

Ella alargó el brazo y le puso la mano en el pecho, como si no quisiera romper la conexión con él. David puso su mano sobre la de ella. Era muy agradable… además de una terrible equivocación.

No quería vivir con la mejor cocinera del mundo, que además era preciosa, dulce e increíble en la cama. Y mucho menos quería vivir con una mujer que le susurrara *Je t'aime*.

Sólo un tonto querría vivir con alguien así.

Ella lo tenía obsesionado y hacía que fuera corriendo a casa, atraído por su comida y su presencia. Era como la actitud de un domador: alimenta a la fiera para que el animal confíe en él, y

después la mete en una jaula y le pone un collar alrededor del cuello con un nombre gracioso escrito en una placa de metal.

Pero lo peor de todo era que él era el único culpable. Ella había dicho que no habría sexo, porque era inteligente, mucho, mucho más inteligente que él.

¿Y él la había escuchado? ¿Había seguido su regla? Claro que no. Había hecho todo lo que había tenido en su mano para romperla.

¡Qué estúpido! Había sobrepasado la barrera, ¿y ahora qué?

Después de aquella primera noche en las Pocono, no se había quedado satisfecho, había pedido más y lo había conseguido. Había conseguido las mejores experiencias sexuales de toda su vida, y con una mujer que le había dicho *Je t'aime*. Y cuando sus cuerpos se habían unido y ella lo había mirado a los ojos, había sabido que se encontraba con el mayor problema de su vida.

No se podía domar a todos los animales; había oído que algunos se habían arrancado su propia pata de un mordisco para escapar. Él no iba a arrancarse ninguna parte del cuerpo, claro, pero tal vez metafóricamente no sería una mala idea.

Agarró la mano de Chelsea y la besó.

—Eres increíble.

—Y tú también —se acercó más a él.

—Yo, eh… —no podía mirarla a los ojos y hacer lo que tenía que hacer, así que miró al techo—. Tengo que volver a la oficina un par de horas.

—¿Sí?

—Sí, pero ha sido genial —se acercó y besó sus dulces labios una vez más—. No me esperes despierta.

—De acuerdo.

Salir de aquella cama le supuso un gran esfuerzo, sobre todo porque Chelsea no se había molestado en cubrirse con las sábanas y las sedosas y cálidas curvas de su cuerpo parecían estar invitándolo a unirse a él de nuevo.

Cuando salió de la ducha, ella estaba dormida exactamente donde la había dejado. Su rostro era muy inocente y por un momento recordó a la tímida niña que había sido. Una inesperada y no

deseada emoción y ternura lo hizo acercarse a pesar de intentar resistirse.

Chelsea tenía los labios separados y aún inflamados de pasión. En silencio, para no despertarla, David se puso unos vaqueros y un polo y la besó en la boca con delicadeza.

Después, salió de puntillas y la dejó durmiendo.

En realidad no tenía que ir a la oficina, pero se sentía culpable por haber roto la regla de Chelsea y no quería tener que sentirse culpable, además, por mentir. Por eso, al cabo de un rato estaba entrando en el ascensor que lo llevaría hasta la planta donde se encontraba su despacho. Para su sorpresa, no era el único en el trabajo. Damien Macabee estaba escribiendo en su ordenador, probablemente cerrando algunos asuntos antes de jubilarse.

David se asomó para saludarlo. No eran especialmente amigos, pero sentía un gran respeto por ese hombre que llevaba en el negocio más de cuarenta años.

—Hola, Damien.

—Hola, David. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

Aunque no se había preparado una excusa, dijo:

—Intento cerrar un trato con una compañía de discos; me ha ido bien en la reunión que he tenido con ellos, pero creo que los ejecutivos aún tienen dudas.

Damien asintió, como si se hubiera visto en esa situación muchas veces.

—Tienen miedo a un cambio, saben que están preparados, pero nuestro trabajo consiste en convencerlos de que sólo pueden sacar cosas positivas si cuidan mejor a sus empleados —el hombre abrió un cajón, sacó una carpeta y se la entregó a David—: Aquí hay un informe con datos excelentes sobre los beneficios que obtiene una compañía con un buen plan de seguros para sus empleados. Échale un vistazo por si te sirve de ayuda.

—Te lo agradezco mucho, Damien.

Y así, se marchó a su despacho y vio cómo en la tranquilidad de la noche podía trabajar más relajado y cómodo. Ojalá su mente no estuviera tan inquieta.

Alguien llamó a su puerta; resultaba que Macabee no era el único que trabajaba hasta tarde.

—Lamento interrumpirte, David —le dijo Piers—, pero ya que estás aquí me gustaría hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Creo que deberíamos hacer algo para que los empleados se sintieran más motivados.

—Pienso que no es necesario. Es una buena empresa, pagáis bien, la gente está contenta de trabajar aquí.

—Me alegra oírlo y creo que tienes razón, pero sabes que nunca viene mal darle algo de diversión a la vida de la gente.

—¿Qué tienes en mente?

—He estado leyendo un artículo sobre los toros mecánicos, ya sabes, como el tipo de aquella película de los ochenta.

—*Cowboy de ciudad.*

—Eso es. Al parecer se está volviendo algo muy popular otra vez y es una actividad que ayuda a levantar el ánimo de la gente. He pensado que podríamos organizar una competición y entregar premios porque además sería una buena oportunidad para que todos se conozcan fuera del trabajo. Y, por supuesto, invitaríamos a las mujeres y parejas. Seguro que a Chelsea le gustaría.

—¿Subirse a un toro mecánico? Seguro que sí. Pero, ¿crees que es buena idea? ¿Y si alguien tiene problemas de espalda o de cuello y sufre alguna lesión?

—Vamos a considerarlo de todos modos, creo que sería divertido. Todos llevamos un vaquero dentro.

Y en ese momento supo que nada de lo que dijera haría que Piers cambiara de opinión.

Volvió a casa, satisfecho por el trabajo que había avanzado y por el hecho de haber tenido algo de tiempo y espacio para pensar. Unas cuantas horas más de intimidad con Chelsea y habrían terminado durmiendo en su cama y teniendo oficialmente una relación. Parecía una tontería, pero el hecho de dormir en camas separadas marcaba la diferencia; un poco de sexo, de risas, cada uno en su cama y a

seguir con sus vidas una vez que el asunto del ascenso llegara a su fin y ella lograra establecer su negocio. Aún no se lo había dicho, pero había decidido invertir en la empresa de Chelsea, ya que era lo mínimo que podía hacer después de lo mucho que ella lo había ayudado.

La casa estaba en silencio cuando entró y una única lámpara iluminaba el salón. La cocina estaba de nuevo impoluta, como ella siempre la dejaba, y por eso imaginó que Chelsea no seguiría en su cama. Efectivamente, cuando subió, vio que la cama estaba perfectamente hecha y que no había rastro de ella.

E irónicamente, no verla allí fue como un jarro de agua fría; quería que siguiera en su cama, quería su calidez, quería su cuerpo. Cuando se desnudó y se dispuso a dormir, el aroma de Chelsea seguía sobre la almohada; y cuando se despertó en mitad de la noche, pensando que la tenía en sus brazos, se dio cuenta de que se había colocado en «su» lado de la cama y que tenía la nariz contra la almohada que aún guardaba su aroma.

Capítulo 18

Chelsea esperó hasta que David se marchó al trabajo antes de salir de la cama.

Se sentía frustrada y como una estúpida por haber dejado que volviera a seducirla; con catorce años habría tenido excusa para su inocencia, pero ¿con casi treinta? No tenía excusa.

¿Y ahora qué haría?

Comprendió que había estado jugando a las casitas de muñecas en la casa de sus sueños, cocinando platos exquisitos, vistiendo la ropa que le encantaba llevar y compartiendo un hogar con el sueño de toda niña, un hombre ideal al que podía doblar y colocar en cualquier parte de la casa. Tal vez había habido cierta actividad exclusivamente adulta que no habría formado parte del mundo de juegos de una niña, pero lo cierto era que en todo momento había estado dejándose llevar por sus fantasías.

Y eso tenía que acabar. Necesitaba volver a la realidad.

Se duchó, se vistió y por un momento se le pasó por la cabeza la idea de hacer las maletas y marcharse. Sin embargo, ella no era de las que se echaban atrás y, además, esa impresionante cocina formaba parte del trato y no estaba dispuesta a renunciar tan pronto a ella. Aún no. Primero tenía que cocinar para una boda y demostrarse que podía sacar un negocio adelante.

Y así, se puso manos a la obra.

Batir los huevos con el agua para la masa fue satisfactorio. Era físicamente agotador, ya que prefería hacerlo a mano antes que con una máquina porque le gustaba «sentir» la masa para saber si estaba lista. Después de sacarla del horno, preparó unas tartaletas con una selección de setas y queso de cabra, gratinó unos langostinos para mojar en su salsa especial y preparó espuma de espárragos con los que cubrir las tartaletas. No era la lista completa

de aperitivos que tenía planeado servir, pero pensó que había incluido una buena selección para darle a probar a la organizadora de la boda cuando la viera esa misma tarde.

Había creado diferentes menús para diferentes presupuestos con sus horarios y distintas temáticas y guardó la información en una de las carpetas que había mandado imprimir con su nuevo logotipo. Tenía que admitir que David la había aconsejado muy bien en el aspecto comercial, aunque con o sin publicidad, ella ofrecía un producto realmente bueno en el que creía.

De modo que preparó una bandeja de esas exquisiteces, se enfundó un sencillo vestido negro con una chaqueta corta roja y negra, se puso unos tacones y agarró su carpeta.

Cuando salía por la puerta, un resplandor llamó su atención. Era su anillo de compromiso; ya se había acostumbrado a llevarlo puesto, pero decidió quitárselo y lo dejó en la bandejita donde David dejaba las llaves.

En cuanto entró en el edificio de Si Puedes Soñarlo, se sintió invadida por la atmósfera nupcial. Una joven mujer rubia la atendió en la recepción.

—¿Puedo ayudarla?

—Sí, tengo una cita con Karen.

—Le haré saber que está aquí. ¿Quiere dejar aquí su bandeja?

—Gracias —respondió, agradecida.

En cuestión de segundos una mujer bajita y rellenita salió de un despacho con la mano extendida y una sonrisa grabada en sus labios pintados de rojo.

—Debes de ser Chelsea. Gracias por venir. Siempre me gusta conocer a los proveedores del catering para asegurarme de que trabajamos en la misma línea. Imagino que me entiendes.

—Claro.

—Hablaremos en mi despacho.

Chelsea agarró su bandeja y la siguió, pero para su horror, cuando entraron en el despacho y la dejó sobre la mesa, un grito de angustia salió de la boca de la mujer.

—No, no, no, no.

Chelsea no sabía qué hacer.

—Ni siquiera has probado nada.

—No puedo. Sigo una dieta estricta. Mil doscientas calorías al día. Está matándome.

Pero miraba la bandeja como un adicto al juego mira una máquina tragaperras.

—Y estoy hambrienta, hambrienta todo el tiempo. Tengo treinta y cinco años, ¿no te parece que ya debería tener algo de fuerza de voluntad? Saca esto de aquí, por favor.

—Sí, claro, pero ese ceviche sólo tiene treinta calorías. Ojalá lo probaras. No es más que pescado marinado con zumo de lima y especias, no lleva nada de grasa y tiene un alto contenido en proteínas y potasio.

Los ojos azules de Karen se iluminaron.

—¿En serio? ¿Algo con un aspecto tan delicioso sólo tiene treinta calorías?

—Sí. Es más, si puedes permitirte doscientas calorías, puedo sugerirte estos cuatro canapés.

Karen agarró el diminuto tenedor de cóctel que Chelsea había colocado en la bandeja y lo probó.

—Mmmm. Delicioso —mientras se relamía los labios le indicó que se sentara—. ¿De verdad puedo comerme cuatro por sólo doscientas calorías?

Chelsea sonrió y alzando la mano derecha respondió:

—Lo juro.

Era un placer ver a una extraña devorar su comida con tanta satisfacción.

—Dee, cielo, ven aquí —dijo Karen al pulsar un botón de su teléfono cuando se terminó los canapés.

Cuando Dee apareció, Karen le señaló la bandeja.

—Llévate esto y cómetelo antes de que sucumba más a la tentación. Después haz un informe de lo que te han parecido.

—Claro.

La joven se llevó la bandeja y Karen la vio alejarse como un perro viendo a su dueño comiéndose un chuletón.

—Me encantan los pasteles y el queso… y el helado y el chocolate. Odio las dietas, pero nadie quiere contratar a una organizadora de bodas gorda —suspiró—. Ahora que me has demostrado que sabes cocinar, veamos tu menú para la boda.

—Los aperitivos de la bandeja serán parte de los entrantes y aquí tienes el menú para la cena en sí. Siempre que me es posible, empleo materias primas locales.

—¿Hay opciones para vegetarianos?

—Claro que sí. Y alimentos kosher. También tengo en cuenta que puede haber invitados alérgicos a algo.

—Tiene una pinta estupenda. Lo apruebo —le dijo mientras se levantaba.

Aunque estaba claro que Karen daba por terminada la reunión, Chelsea sabía que tenía que empezar a venderse si quería que su negocio tuviese éxito, y por eso dijo:

—También te he traído otros menús y servicios que ofreceré por si se da la oportunidad de volver a trabajar juntas.

Karen ojeó varios de los menús.

—¿Por qué nunca he oído de ti?

—He estado en París, estudiando en Le Cordon Blue. He vuelto hace seis semanas.

—¿Así que no has servido tu comida en ninguna boda en Filadelfia?

—No.

—¿Dónde cocinas?

—Ahora mismo cocino en casa; la cocina ha pasado la inspección de sanidad, por supuesto, pero estoy buscando un local.

—Tal vez pueda ayudarte con eso.

—¿En serio?

—Mira, vamos a ver qué tal te va en esta boda y después nos reuniremos y es posible que nos ayudemos la una a la otra. Mientras tanto, no quiero que hables con ninguna otra agencia de planificación de bodas.

Estaba a punto de aceptar, pero había escuchado demasiado a David y sabía que tenía que vender su negocio.

—Tengo un negocio que dirigir.

—De acuerdo, pongamos las cartas sobre la mesa. Esto es lo que estoy pensando: si me gusta tu trabajo en esta boda y el cliente queda contento, estaría interesada en tenerte como mi proveedora de catering exclusiva. No podrías trabajar con ninguna otra agencia de planificación de bodas, pero yo hago más negocio que ninguna otra de la ciudad. Puedes preguntar por ahí.

Chelsea estaba tan contenta, que quiso dar un salto y darle un beso a Karen, pero mantuvo la calma y la compostura.

—¿Y qué me dices del local para la cocina?

—Hay una cafetería cerca de aquí que ha tenido que cerrar hace unos meses. Tiene una cocina fantástica. Tengo una repostera magnífica, pero ella no puede permitirse el mantenimiento del local. Estaba pensando que podríais compartir el local.

—¿Y dices que tiene zona de atención al público?

—Sí; el negocio se hundió porque la ubicación no es muy buena, pero tal vez podrías abrir al público y aprovechar para vender platos preparados para llevar recién hechos para gente que planea hacer sus propias fiestas en casa, por ejemplo. Podría ser un buen negocio paralelo.

—Sí, podría ser —respondió cada vez más emocionada.

—Aquí tienes la dirección y el nombre del agente inmobiliario que alquila el local. ¿Por qué no vas a verlo? Tengo la sensación de que tú y yo vamos a llevarnos bien.

—Yo también.

—Genial. El sábado conocerás a Laurel, la repostera. ¿Quién sabe? Puede que las tres acabemos trabajando juntas.

Cuando salió del despacho, vio su bandeja vacía y la recepcionista, que estaba hablando por teléfono, le murmuró:

—Fantástico.

Sabía que era una buena cocinera, pero era muy agradable ver que unos extraños encontraban su comida tan placentera.

Tenía que admitir que David había tenido razón; si no hubiera acudido a la cita con su lista de menús y con una actitud profesional, tal vez Karen nunca la habría tomado en serio. Era increíble pensar que podría llegar a servir todas las comidas de las bodas de Si Puedes Soñarlo.

Una cosa tenía clara: si lograba triunfar en la boda del sábado, estaría más cerca de establecer su negocio… y mucho más cerca de ser libre de David.

David. Ni siquiera quería pensar en él. Y de ningún modo se daría prisa para llegar a casa y prepararle la cena. Tenía muchas amigas a las que no había visto desde su regreso y había quedado con algunas de ellas para cenar, aunque el hecho de haberse apresurado a organizar una noche de chicas no tenía nada que ver con su intención de mantenerse alejada de David.

Nada en absoluto.

Capítulo 19

David no podía dejar de pensar en ella, en su cuerpo desnudo y en los suaves gemidos que había emitido, en las frases que le había susurrado al oído en francés y en esas últimas palabras, las únicas que había entendido: *Je t'aime*.

Sabía que no podía volver a casa para pasar otra de esas agradables y hogareñas noches porque, de lo contrario, su decisión de mantener las distancias se disolvería con la misma facilidad con que su fabulosa comida se disolvía en su boca. La llamaría, le diría que no iría a casa a cenar y ése sería un buen comienzo para su misión de no dormir con Chelsea.

Sin embargo, cuando llamó, no había nadie en casa. Pensar que podría estar en el mercado comprando los ingredientes para otra cena íntima lo llenó de remordimiento y de pánico. La llamó al móvil y, cuando Chelsea respondió, el ruido de fondo le indicó que no estaba comprando comida.

—Hola, ¿qué tal?

—He salido con algunas amigas.

—Sólo quería asegurarme de que no te molestaras en hacer la cena esta noche. Voy a ir a jugar al squash y picaré algo por ahí.

—No, no iba a cocinar esta noche.

—De acuerdo. Que lo pases bien —dijo sintiéndose como un estúpido.

—Tú también.

Así que no estaba en casa cocinando para él. Era excelente, aunque… ¿por qué de pronto se sentía tan mal?

Cuando Chelsea cerró el teléfono, se encontró a Sarah mirándola y diciendo:

—Oh, oh…

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con «oh, oh»?

—Te conozco. Te has acostado con él, ¿verdad?

Había una docena de mujeres alrededor de la mesa, amigas del colegio y de la universidad. Se acercó a Sarah y le respondió en voz baja:

—No puedo contártelo, es sobre tu hermano.

Sarah le hizo una seña, como cuando estaban en el instituto y tenían que contarse algún secreto; se levantó y fue al baño. Chelsea esperó un minuto, se levantó y la siguió. Una vez dentro, le dijo:

—No pienso hablar contigo de esto. Es tu hermano.

—Pero eres mi mejor amiga. Nos lo contamos todo.

—Lo sé. Y tengo que desahogarme.

—Yo también necesito hablar contigo. Mira, haremos como si no fuera mi hermano. Vamos a llamarlo Frederick.

—¿Frederick?

—Es el primer nombre que se me ha ocurrido.

—Estoy acostándome con Frederick. Y lo de anoche fue increíble. En serio, el mejor sexo de toda mi vida. Creo que él también sintió algo… nos quedamos acurrucados un rato. Hasta se me escapó y le dije «Je t'aime», no estaba pensando. Pero de pronto Frederick se asustó y me puso una excusa diciéndome que tenía que volver al trabajo.

—¿Estás de broma?

—No, en todas estas semanas nunca ha tenido que volver al trabajo por la noche. Y de pronto, anoche se fue.

—No me refería a eso, sino a que supongo que lo de *je t'aime* se lo dirías de broma.

—El caso es que se lo dije y salió corriendo.

—Cretino.

—Necesitamos una palabra más fuerte para los tipos como tu hermano. Quiero decir, como Frederick. Podría matarlo. Hemos estado resistiéndonos a la atracción que sentimos desde el principio y de pronto anoche, sin razón alguna, me sedujo para luego esto.

—Es patético.

—Lo sé. Además, me oyó hablando con Philippe y se pensó que era mi novio. No le he dicho que sólo somos amigos.

Sarah abrió los ojos de par en par.

—Oh, no, creo que he liado las cosas. No tenía ni idea. Dav…, quiero decir, Frederick me llamó ayer y empezó a hablar de Philippe. Yo estaba de mal humor, también tengo problemas con los hombres, y le dije que Philippe era tu amigo gay. Lo he estropeado todo. Lo siento.

—Así que por eso llegó a casa tan contento y me trajo flores.

—Cerdo. Lo tenía planeado.

—Y entonces cuando le dije esas palabras llevada por la pasión, en lugar de hablar de ello, de darme una oportunidad para explicárselo, salió huyendo.

—¿Y qué hiciste cuando se fue? ¿Vaciaste el cubo de basura en su cama? ¿Le llenaste sus zapatos italianos de crema de cacahuete?

—Hice su cama y limpié la cocina. Después me fui a mi cuarto a dormir.

—Eres mucho mejor persona que yo.

—Eso es verdad.

Las dos se rieron.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Mantenerme alejada de él, hacer un gran trabajo en la boda del sábado y mudarme lo antes posible.

—¿Mudarte? ¿Adónde vas a ir?

—He ido a ver esa cafetería de la que me habló la organizadora de bodas y resulta que encima tiene un pequeño apartamento que el anterior dueño utilizaba como almacén. No es exactamente glamuroso, pero es perfecto; pronto, tendré mi negocio funcionando en un local de verdad y un nuevo sitio donde vivir —sonrió—. Sólo tengo que aguantar unos días más.

—Ya lo tengo, podemos vengarnos de mi hermano echándole polvos picapica en los calzoncillos.

—No hasta que me haya mudado. Después, podrás hacer lo que quieras.

Una joven entró en los lavabos y, para disimular, Chelsea sacó un brillo de labios y comenzó a aplicárselo.

—Hablando de la boda, Becca Sloane me ha dado las gracias por recomendarte. Le encanta tu menú.

—Genial. Me juego mucho en esta boda y quiero que queden contentos.

—No te preocupes. ¿Qué puede salir mal?

No quería ni pensar en todas las cosas que se le ocurrían a su imaginación y por eso cambió de tema.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo va todo con tu ciclista?

Sarah se atusó el pelo frente al espejo.

—Quiero que vengas conmigo a su clase de yoga el sábado por la mañana, ¿podrás? Necesitaré apoyo moral.

—No puedo. La boda es el sábado y tendré que trabajar todo el día. Además, ya has estado en su clase.

—Sí, pero en cuanto lo veo doblando su espectacular cuerpo y haciendo todas esas posturas me dan ganas de tirarme encima de él. Soy igual que todas esas californianas de las que quiso alejarse.

—No, claro que no. Tú estás empezando una relación y tienes sentimientos por ese chico. Además, el hecho de que él no esté intentando llevarte a la cama hace que lo desees más. Y eso es bueno, ¿no?

—Supongo que sí.

Era agradable ver a Sarah tan interesada por un hombre que parecía un buen tipo.

—¿Vas a llevarlo a la boda?

—No lo sé, ¿debería?

—Claro, así podré verlo.

—Seguro que se presenta con los pantalones de montar en bici. Así es él.

—Seguro que no.

—Puede que se lo pregunte. No es que hayamos tenido muchas citas de verdad, sólo un café después de las clases de yoga. Luego siempre se marcha en su bici y me deja tan frustrada que quiero comerme la taza. ¿Por qué es tan difícil entender a los hombres?

—Ojalá lo supiera.

Sarah le echó un brazo por encima.

—Vamos, volvamos a la mesa a beber algo. Nos olvidaremos de los hombres y nos iremos a vivir juntas. Tú cocinarás, cada vez tendremos más éxito y viviremos felices para siempre.

—¿Y qué pasa con el sexo?

—No he dicho que fuera a ser un plan perfecto.

Capítulo 20

¿Por qué no podían las mujeres parecerse más a los hombres?, se preguntó David. Los hombres eran simples, directos, fáciles de entender.

¿Por qué Chelsea no había ido directamente a él y le había dicho: «no quieras tener sexo conmigo para luego largarte sin más, capullo»? De ese modo, él podría haberse disculpado.

Pero Chelsea actuaba como si no se hubiera producido ese incidente; se mostraba tan contenta como siempre y lo trataba exactamente igual que a un amigo. El único cambio en su rutina, lo único que le hacía saber que estaba enfadada con él era que las agradables cenas se habían terminado. Ella decía que estaba demasiado ocupada con la boda del sábado y le privaba de su deliciosa comida del mismo modo que le negaba el sexo.

Debería haber estado saltando de alegría por el hecho de que Chelsea hubiera captado el mensaje, que supiera que por parte de él no había sentimientos, pero ahora que ella había aceptado que no había nada entre los dos, tenerla desnuda en sus brazos era lo único en lo que él pensaba. Se estaba obsesionando con ella y le resultaba una tortura vivir juntos sin poder tocarla ni besarla. Ojalá nunca se le hubiera ocurrido eso de inventarse una novia y, además, ¿qué le importaba a su empresa si estaba casado o no? Eso no era asunto de ellos.

No podía soportarlo más, no podía seguir en su casa noche tras noche y torturarse al pensar que su sensual cuerpo estaba en la otra habitación.

El sábado, mientras ella estuviera en la boda, empezaría a buscar un piso para alquilar por poco tiempo. Aunque, por otro lado, tampoco quería irse de su casa, no quería llegar a una casa vacía,

una que oliera a humedad y a cerrado en lugar de a deliciosa comida.

No eran nada el uno para el otro, así que, ¿por qué lo irritaba tanto ver el anillo de compromiso en la bandeja de las llaves?

El viernes por la noche, después de un duro día en el que Macabee se había reunido con muchos clientes sin dar signos de ir a jubilarse, David llegó a una casa que olía de maravilla, pero en la que no había nada para comer…. y ver el anillo en la bandeja fue la gota que colmó el vaso.

—¿Por qué no te pones el anillo que te compré? —dijo al entrar en la cocina.

Chelsea, que estaba rellenando unos tomates diminutos, lo miró. Un pegote de harina decoraba su mejilla y al verla él deseó tomarla en brazos y llevarla al dormitorio.

—Sólo me lo pongo cuando vamos a ver a gente de tu empresa.

—¿Y si te encuentras con alguien por la calle?

—Los saludaría y, si me preguntaran por qué no llevo el anillo, les diría que estoy trabajando y que no quiero ensuciarlo —estaba tan contenta que él se sentía rabioso. Además, parecía como si estuviera durmiendo mucho últimamente, se la veía descansada, a diferencia de lo que le pasaba a él.

—Voy a ir a comprarme una hamburguesa para cenar.

—Puedo prepararte un sándwich si esperas un minuto.

—¿Tú has cenado?

—No he tenido tiempo. Tengo mucho que hacer y quiero que todo quede perfecto.

—Lo será, pero tienes que comer. ¿Por qué no pido comida para dos?

—Sería genial, gracias.

—¿Te apetece tailandesa?

—Lo que sea —David se sintió como si no estuviera escuchándolo.

Llamó al restaurante, fue a ducharse y se cambió. Cuando llegó el pedido, ella estaba demasiado ocupada para comer.

—Ponme lo mío en la nevera, me lo comeré luego.

Así que él se llevó su plato a su habitación para no molestarla, y cuando se fue a dormir a medianoche, ella seguía en la cocina.

—Espero que mañana te vaya bien —le dijo con sinceridad.

—Gracias —le respondió Chelsea con una sonrisa—. He contratado a un barman, a dos camareras y a un pinche de cocina. He adelantado todo el trabajo que he podido y el resto lo haré mañana —se puso una mano en el corazón—. Necesito que esto salga bien.

De pronto a él lo invadió un gran sentimiento de ternura.

—Lo harás genial. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Ya has hecho bastante al prestarme la cocina y dándome un lugar donde quedarme —lo miró directamente a los ojos por primera vez desde la última noche que estuvieron juntos—. He alquilado la cafetería y encima tiene un apartamento. Me mudo la semana que viene.

Y entonces David ya no pensó que vivir juntos fuera una idea terrible.

—Pero no puedes mudarte, tenemos un acuerdo.

La sonrisa de Chelsea fue dulce, aunque algo triste.

—Seguiré siendo tu prometida siempre que lo necesites, no te preocupes, pero creo que será lo mejor para los dos que no siga viviendo aquí. ¿No crees?

Independientemente de lo que había pensado antes, ahora que estaba sucediendo, a él no le parecía buena idea. ¿Qué iba a decirle? ¿Admitir que estaba confundido?

—Yo… no es necesario.

—Creo que sí.

—Si te refieres a lo de la otra noche, no fue otra cosa que dos amigos conociéndose un poco más.

—¿En serio, David? ¿Eso fue todo?

—Claro. Fue divertido, fue genial, pero no hay que darle tanta importancia.

—Entonces deja que te haga otra pregunta; si fue algo insignificante, ¿por qué no hemos vuelto a hacerlo?

—No lo sé. Los dos hemos estado ocupados —respondió él al no saber qué decir.

—No creo que ésa sea la razón.

—¿Entonces cuál es?

Chelsea le dio la espalda y respondió:

—Descúbrelo tú.

Capítulo 21

Chelsea acababa de caer dormida después de quedarse trabajando hasta tarde cuando el sonido de algo la despertó. Estaba demasiado oscuro para que ya fueran las seis, no podía ser el despertador. Se frotó los ojos y se dio cuenta de que era su teléfono. A las cuatro de la mañana.

—¿Diga?

—¿Chelsea?

—¿Quién es?

—Soy Tom.

Tom era el barman que había contratado y el que llevaría la furgoneta.

—Tom, ¿dónde estás?

—En el hospital. He tenido un accidente. Se me ha destrozado la furgoneta y tienen que hacerme radiografías para ver si tengo la pierna rota. Lo siento mucho, Chelsea, pero no voy a poder ayudarte.

Quería gritar, maldecir, pero no era culpa de Tom, así que intentó calmarse.

—No pasa nada. cuídate.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada —mintió—. Puedo llamar a otros, aunque no son tan buenos como tú. Llámame para contarme qué te han dicho de la pierna, ¿de acuerdo?

—Claro.

—¿Hay alguien contigo?

—Mi mujer está en camino.

—Cuídate.

Colgó, controló el ataque de pánico, encendió la luz e intentó pensar.

No era un desastre, se dijo. Aún no. Tenía tiempo para alquilar una furgoneta y contratar a un barman.

Bajó a la cocina a tomar un café mientras decidía cuándo sería una hora apropiada para empezar a hacer las llamadas y había dado su primer sorbo cuando una voz masculina le dijo:

—¿Qué pasa?

Se giró y se encontró a David vestido únicamente con unos pantalones cortos.

—David, siento haberte despertado.

—No me has despertado; me había levantado a beber agua. Pareces nerviosa. ¿Qué pasa?

—Mi barman ha tenido un accidente con la furgoneta y ahora intento que no me entre el pánico —últimamente no estaba muy contenta con David, pero necesitaba desahogarse—. ¿Sabes dónde puedo alquilar una furgoneta a estas horas de la mañana?

—Sírveme una taza de café, por favor —dijo él mientras bostezaba.

—Pero no tienes por qué… —se calló al ver que estaba subiendo las escaleras.

Cuando terminó de servirle el café, él se había puesto unos vaqueros y una camiseta y después de sentarse y dar un trago, le preguntó:

—¿Qué clase de furgoneta necesitas?

—Una lo suficientemente grande para llevar las bandejas y las cajas.

—Se me ocurre algo. Mi compañero de squash, Mark, entrena a un equipo de fútbol y seguro que tienen una furgoneta equipada con estantes y huecos para transportar cosas.

—Sería ideal, pero cualquiera me valdría, en serio. Y ahora necesito un barman.

—Yo podría serlo.

—¿Tú? ¿Un barman?

—Claro, me pasé la universidad trabajando de eso. Puedo hacer el cóctel que me pidas.

—Sólo habrá que servir cerveza, vino y vasos de whisky, nada especial.

—Entonces problema resuelto.

—Pero no puedo pedirte…

—No lo has hecho. Me he ofrecido voluntario, a menos que prefieras que te ayude otro. Podría ser tu último recurso, si quieres.

—No. Serías perfecto. Me encantaría que fueras tú, si no te importa.

—No me importa. De todos modos, no tenía nada planeado para hoy.

A las seis ya estaban duchados y, aunque Chelsea insistió en que era muy pronto, David llamó a Mark y le dio la buena noticia de que ese día el equipo no jugaría ningún partido y que la furgoneta era suya.

—Gracias —le dijo Chelsea mientras le daba un abrazo impulsivo.

Pero en cuanto sus cuerpos se rozaron se dio cuenta del error porque, a pesar de las circunstancias, no podían evitar la atracción que fluía entre ellos.

Se apartó inmediatamente, pero no sin antes fijarse en la expresión de anhelo que se reflejó en la cara de David. Era un imbécil, sí, pero un imbécil con un gran corazón y que se volcaba en todo lo que hacía. Además de ir a recoger la furgoneta, fue a lavarla y a aspirarla. Después, la ayudó a cargar la comida y la llevó hasta la mansión donde se celebraría la boda.

Karen, la organizadora, ya estaba allí supervisando los equipos de sonido.

—Hola, preciosa —le dijo a Chelsea en cuanto la vio.

—Hola, soy David. El barman —dijo él, probablemente al ver a Chelsea vacilar por no saber cómo presentarlo.

—No te había visto antes, me acordaría.

—Trabajo exclusivamente para Chelsea.

—Excelente. Bueno, chicos, ¡vamos allá!

—Vamos allá —repitió Chelsea, de pronto segura de que todo iba a ir genial.

Había preparado una comida fabulosa, lo tenía todo calculado y llevaba el barman más guapo del mundo.

—Gracias. Te debo una —le dijo a David cuando se quedaron los dos solos en la cocina.

—Ya te la cobraré luego.

Fue un comentario gracioso, pero a Chelsea la recorrió un cosquilleo por todo el cuerpo.

Se suponía que el yoga era relajante, pensó Sarah mientras estaba tumbada y oía a Mike diciéndoles que dejaran la mente en blanco y desconectaran del mundo.

¡Ja! ¿Estaba de broma? Ella sólo podía pensar en lo mucho que lo deseaba, en la locura que era la situación que estaban viviendo y en el calor que sentía entre los muslos.

Ahora que con el yoga estaba empezando a aprender a olvidarse tanto del trabajo y a conectar con su cuerpo, éste parecía haberse obsesionado con el sexo y con un ciclista que adoptaba orangutanes y que era profesor de yoga.

Quería levantarse de la colchoneta y llevárselo a un rincón donde pudiera desnudarlo y darle uso a las necesidades de ese cuerpo que había redescubierto. Pero estaban «tomándose las cosas con calma», de modo que si tenía suerte, se tomarían un café. Otra vez.

Bueno, al menos, había reunido valor para pedirle que la acompañara a la boda y él había accedido. Era un comienzo.

—¿Te apetece un café o algo? —le preguntó Mike cuando terminó la clase.

—O algo.

—Venga, vamos —le dijo él sonriendo.

Cuando salieron del estudio, ella tuvo que reducir el paso para no ir dos calles por delante de él.

—Llevas mucha prisa, ¿eh? —comentó Mike.

—Odio perder el tiempo —respondió ella bruscamente.

—¿Es que no tienes ni una hora que poder perder? —le preguntó él con una pícara sonrisa.

—A decir verdad, lo único que tengo que hacer hoy es vestirme e ir a la boda. Así que me sobran un par de horas.

—Mejor aún. Vamos.

—¿Adónde?

Él avanzaba en dirección contraria a la cafetería a la que siempre iban y prácticamente al instante Mike giró una calle y le señaló unos escalones que conducían a una casa adosada.

—Eso no es una cafetería.

—No, es mi casa.

—¿Tu casa? Nunca me habías invitado a tu casa.

—Pues hoy te invito. ¿Quieres entrar?

Capítulo 22

Por alguna razón, Sarah estaba nerviosa, pero era ridículo. Era una mujer adulta que llevaba semanas queriendo estar a solas con él y ahora que por fin parecía que iba a conseguirlo, se preguntaba si estaba tan preparada como pensaba.

Intentando que él no captara su indecisión, asintió y lo siguió adentro.

Siempre era interesante ver la casa de un hombre soltero. ¿Era sucio? ¿Era adicto al deporte? ¿Tenía una colección de cómics? ¿La tendría decorada? ¿Tendría por allí algo de su antigua novia? Todo eso estaba aún por descubrir, pero cuando entró en el salón la invadió una extraña sensación de paz.

—No tomo café, pero tengo té. ¿Te apetece una taza? —le preguntó Mike.

—Sí.

Lo siguió hasta la cocina, que estaba tan ordenada y limpia como el salón y allí él la besó, sin ninguna prisa, con calma, como lo hacía todo. Sus labios eran cálidos, suaves y sus manos se movían lentamente desde su cara hasta su pelo. La besó un largo rato, de pie en mitad de la cocina, mientras la tetera susurraba y el cuerpo de Sarah iba excitándose cada vez más. Ella quería arrancarle la ropa y tomarlo allí mismo, en el suelo de la cocina, pero comprendía que él quería ir despacio y por una vez se vio dispuesta a cederle el mando a otra persona, segura de que su paciencia se vería recompensada.

Cuando finalmente la tetera silbó con fuerza, el sonido les sorprendió a los dos y él se apartó diciendo:

—El té puede esperar.

—Eso creo.

Le dio la mano y subieron hasta una sencilla habitación, donde no había ni televisión, ni mesillas ni ropa por medio. Sólo un armario, una silla y la cama; una cama de matrimonio con sábanas de lino que parecían muy caras.

Mike retomó el beso justo donde lo había dejado y cuando ya había explorado la boca de Sarah completamente, comenzó a quitarle su sudadera de capucha con tanto misterio y sensualidad que ella se sintió como si estuviera haciendo el baile de los siete velos.

Después, él se tomó como medio siglo para quitarle la camiseta que llevaba debajo, deteniéndose para besar su piel a medida que iba quedando al descubierto. Y entonces… ¡sorpresa! Una de las cosas buenas de tener poco pecho era que podías prescindir del sujetador cuando te apetecía.

Estaba claro que el señor No Tengo Ninguna Prisa se había esperado encontrarse un sujetador y el modo en que no pudo apartar la mirada de sus pechos fue un claro indicativo de que no era tan Zen como pretendía ser. Su respiración se aceleró y Sarah tuvo la sensación de que quería arrancarle el resto de ropa y tomarla allí mismo, tanto como ella lo deseaba a él.

Pero no lo hizo, y controlándose con un esfuerzo que ella tuvo que admirar, retomó la lenta exploración de su cuerpo.

La sentó en su cama y la descalzó antes de acariciarle las piernas.

—¿Podrías hacer algo por mí? —le preguntó ella.

—¿Qué?

—¿Puedes quitarte la camiseta?

—Sí, señora —respondió él con una lenta sonrisa.

Nunca había visto su torso desnudo; ¡era espectacular!

—¿Vas sin ropa interior a todas partes? —le preguntó Mike cuando se disponía a quitarle los pantalones.

—No, llevo braguitas.

—Eso no son braguitas, se puede ver todo. Seguro que ni siquiera te cubren las nalgas.

Sintiéndose algo estúpida, aunque también sexy y deliciosa, Sarah se dio la vuelta.

—Míralo por ti mismo.

Él no sólo miró, sino que también tocó y después terminó de desnudarse para meterse en la cama con ella. La tomó en sus brazos y la besó.

—Besas muy bien —murmuró ella.

—Me alegra que lo pienses porque voy a besar cada centímetro de tu precioso cuerpo.

Y lo hizo.

Ella perdió la noción del tiempo. Para una mujer que lo tenía todo controlado, que tenía relojes por todas partes, resultó una experiencia extraordinaria. Y mientras su cuerpo temblaba y el hombre que tanto la había hecho esperar por fin se adentraba en ella, tuvo que admitir que era muy importante tomarse su tiempo para hacer las cosas bien.

Sarah nunca había estado con nadie como Mike y, en lugar de centrarse en alcanzar un orgasmo, se vio haciéndose consciente de su cuerpo y del de ese hombre, disfrutando de cada roce, de cada gemido y susurro, de cómo la piel de Mike se deslizaba contra la suya, de cada oleada de placer.

Al cabo de un rato, cuando Sarah despertó, dijo:

—He perdido la cuenta de cuántos orgasmos he tenido.

Él abrió un ojo y murmuró:

—¿Sueles contarlos?

—Claro que sí. Yo llevo la cuenta de todo.

Y entonces pensó que si se hubiera detenido a contar los orgasmos que había tenido, seguro que habría necesitado más de los dedos una mano.

—Vamos, guapo —le dijo dándole una palmadita en su perfecto trasero—. Es hora de ir de boda.

—Se casarán de todos modos aunque no vayamos.

—Pero son mis amigos. Además, mi mejor amiga va a servir el catering y prometí estar allí —sacó su móvil para ver la hora—. Tenemos que irnos o llegaremos tarde. Iré a casa corriendo, me cambio y vuelvo en… ¡madre mía!… una hora.

—Ey, Sarah.

—¿Qué? —ya estaba casi en la puerta.

—Tráete el cepillo de dientes. Quiero que te quedes a dormir. Apenas hemos empezado.

Capítulo 23

—Los canapés están siendo un éxito —dijo Giselle, una de las camareras, al entrar en la cocina con otra bandeja vacía—. Un señor mayor me ha hecho quedarme a su lado mientras se comía siete langostinos. No es broma. Los he contado.

—Por suerte he hecho muchos —dijo Chelsea.

Parecía increíble, pero estaba divirtiéndose. Era el trabajo que amaba, aquél para el que había nacido; disfrutaba con la comida y le encantaba compartir ese placer con la gente.

Después de enviar a Giselle con otra bandeja, fue a ver cómo le iba al barman y tuvo que sonreír. David estaba pasándoselo en grande. Estaba riéndose y bromeando con los invitados mientras les servía la bebida.

Miró el reloj y vio que el cóctel debía terminar en unos minutos, y justo en ese instante se informó a los invitados de que podían ir pasando al invernadero, donde se celebraría la ceremonia.

Mientras la pareja se casaba, ella preparó el primer plato y David abrió las botellas de vino y fue colocándolas en las mesas.

Chelsea se cruzó con Karen y la mujer le sonrió diciéndole:

—Estás haciendo un trabajo fantástico. En cuanto probé tu comida, supe que íbamos a trabajar muy bien juntas.

—Gracias, yo pienso lo mismo —y era verdad. Karen y ella eran igual de perfeccionistas.

—¿Va todo bien por aquí? —le preguntó a David.

—No podría ir mejor.

De vuelta a la cocina, pasó por el invernadero para disfrutar del espectáculo. Le encantaban las bodas, la esperanza y los sueños de una pareja comprometiéndose a amarse durante el resto de sus vidas y rodeados por el apoyo y el cariño de sus familiares y amigos.

Vio que esa pareja en concreto había escrito sus propios votos. Estaban el uno frente al otro, de la mano, y prometiéndose ofrecerse su amistad y apoyo en los buenos y malos momentos. Tal vez no fueran los votos más poéticos escritos nunca, pero aun así, a Chelsea se le hizo un nudo en la garganta. Sintió una presencia detrás y sin darse la vuelta supo que era David.

Él había estado ahí cuando lo había necesitado y ella creía que, si algún día maduraba y superaba el miedo al compromiso, sería un marido estupendo.

Mientras estaban allí, cerca pero sin tocarse, la novia dijo con una voz temblorosa:

—Prometo quererte cada día de mi vida.

Chelsea sintió el eco de esas palabras en su propio corazón, y se las repitió en silencio al hombre que tenía detrás. Después, sintió que David se acercaba y durante un momento se quedaron allí, en silencio, mientras dos extraños prometían amarse durante el resto de sus vidas.

Después, cuando se apartaron, ella corrió a la cocina; sentía un dolor en el pecho, pero no tenía tiempo para lamentarse por un amor no correspondido.

Tenía una boda que atender.

Se cenó la cena, se brindaron los brindis, se pronunciaron los discursos, se cortó la tarta y se dio comienzo al baile.

La parte de Chelsea había llegado a su fin y pensó que no podría haberlo hecho mejor. Karen estaba encantada y la madre de la novia había entrado en la cocina para darle las gracias y obsequiarla con una botella de champán.

—Has hecho un trabajo maravilloso y tu barman ha sido un éxito. Formáis un buen equipo.

David, que estaba delante, no parpadeó cuando la mujer añadió:

—Y aquí tenéis un obsequio de parte de la familia de la novia —y le metió un billete de cien dólares en el bolsillo de la camisa.

—Gracias, señora. Para nosotros ha sido un placer trabajar para ustedes, pero, ¿sabe lo que podría hacer por Chelsea si de verdad

quiere darle las gracias?

Las dos mujeres se quedaron mirándolo sorprendidas.

Él sonrió. Dios, ¡era guapísimo! Sería el hombre perfecto si la quisiera de verdad.

—Escribir una referencia que Chelsea podría publicar en su web, eso sí que la ayudaría a establecer su negocio. No hay nada como un cliente satisfecho para atraer más clientes.

—Escribiré algo y os lo enviaré en un par de días. Si lo olvido, recordádmelo. También se lo diré a mis amigos. Sois todo un descubrimiento.

—Gracias —respondió David.

Cuando la mujer se marchó, Chelsea se giró hacia él.

—No puedo creer que le hayas pedido eso. Es la noche de la boda.

—La mujer quería darte las gracias. «Aprovéchate de ellos mientras se sienten agradecidos», es lo que digo siempre.

«Yo estoy agradecida», pensó ella. «Aprovéchate de mí».

Los dos estaban en la cocina cargando la furgoneta cuando Sarah apareció allí con un chico guapo, aunque algo desaliñado, del brazo.

—Un trabajo fantástico, Chels —gritó su amiga mientras la abrazaba—. Todo estaba delicioso.

—Gracias.

—Pero será mejor que hagas algo con ese barman tan malo que has contratado. Muy gracioso eso de pedirme el carné antes de servirme alcohol —añadió mirando a su hermano.

—No he tenido oportunidad de conocerte —dijo Mike antes de que los dos hermanos empezaran a provocarse—. Soy Mike.

Era una suerte que fuera orientador en un instituto. Con Sarah y David en la misma habitación, siempre era bueno tener a uno cerca.

Chelsea miró a su amiga, que tenía la inconfundible expresión de satisfacción de una mujer que se ha pasado la mayor parte del día en la cama. Una chica con suerte.

Cuando Mike se acercó para saludarla y le dijo lo mucho que le había gustado su comida, lo observó e inmediatamente supo que le

gustaba. Su mirada parecía sincera.

Mientras los chicos charlaban, ella agarró a Sarah del brazo y la llevó a la calle.

—¿De verdad te lo has llevado a la cama?

—¿Es que lo tengo tatuado en la frente! ¡Por fin!

—Se te ve muy… relajada. Y supongo que no es por el yoga.

—Creo que no he estado así de relajada en toda mi vida. Ese hombre es increíble —bajó la voz para añadir—: Voy a quedarme a dormir en su casa.

Tal vez Chelsea era la única persona del mundo que podía entender lo que eso significaba para Sarah, a quien le gustaba tenerlo todo bajo control y que rara vez dormía fuera de su casa.

—¿Sabes? Toda esta situación sería perfecta, excepto por una cosa.

—¿Qué?

—David no puede enterarse nunca, nunca, de que ha sido él el que nos ha unido.

—Mis labios están sellados —le respondió Chelsea en lugar de darle un sermón diciéndole que tal vez debería madurar y aceptar que a veces otros ven en ti lo que tú no puedes ver.

—Por eso eres mi mejor amiga.

—Sí.

—Será mejor que entremos antes de que David le pregunte a Mike cómo nos conocimos.

Y así entraron y los encontraron hablando no precisamente de amor y relaciones, sino de ¡béisbol! ¡Hombres! Era una situación tan agradable, que Chelsea no quería que la noche terminara.

—Hay una botella de champán fría con nuestros nombres puestos.

—Y un gran barman para abrirla —añadió David.

Sarah y Mike se sentaron en las encimeras de la cocina y Chelsea y David se quedaron de pie, apoyados en la pared.

—Quiero hacer un brindis —anunció Sarah—. Por el nuevo negocio de Chelsea, por los recién casados y… —miró a Mike— por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos —repitieron todos.

A Chelsea le sentó bien ese chispeante trago después de un día de tensión y de la inesperada ayuda de un hombre con el que fingía estar prometida, un hombre al que fingía no necesitar o desear, al que fingía no amar.

Mientras todos charlaban y Mike parecía totalmente intregrado en el grupo, Chelsea sintió la mirada de David, que de pronto dejó su copa y dijo:

—Creo que Chelsea está cansada. Voy a llevarla a casa.

—Buen plan —dijo Sarah—. Yo también necesito meterme en la cama.

Mike y Sarah se marcharon de la mano mientras Chelsea guardaba las últimas copas que tenía que devolver a la empresa de alquiler y David subía a la furgoneta.

Debería estar cansada, debería estar exhausta, pero una extraña energía la llenaba. Parte de ella se debía a la emoción de haberse superado a sí misma y haber dejado a todos satisfechos; otra parte se debía al hombre que tenía a su lado. Apoyó la cabeza en el asiento y se dejó invadir por todas esas emociones.

Después de llegar a casa y bajar de la furgoneta una vez que habían aparcado en el garaje, se quedaron un segundo el uno frente al otro y, como si David no tuviera elección, la llevó a sus brazos y la besó con tanto deseo y pasión, que ella supo que no había pensado en otra cosa desde la última vez que habían estado juntos.

Intentó apartarse, ella no era así, no se dejaba utilizar por los hombres que no sabían lo que querían y que salían huyendo cuando iban a obtener lo que necesitaban, pero él volvió a besarla, con más pasión, y entonces supo que estaba perdida.

Capítulo 24

Lo lamentaría por la mañana, casi estaba lamentándolo ya y eso que aún no había sucedido nada, pero sabía que no podía apartarse. Necesitaba a David, era adicta a él.

—Necesito darme una ducha —dijo Chelsea al darse cuenta de que no había tenido tiempo de refrescarse en todo el día.

—Después —al parecer, David la deseaba con tanta urgencia como ella a él.

Sin molestarse en encender la luz al entrar en casa, él la tomó en brazos, la llevó contra una pared y la besó con intensidad.

Subieron las escaleras corriendo y volvió a besarla. Se detuvieron en la puerta de su dormitorio, donde él le subió la falda y le quitó las braguitas mientras se quitaba los zapatos y ella le desabrochaba el cinturón.

David se quitó la chaqueta y levantó a Chelsea en brazos, que lo rodeó con sus piernas por la cintura y gritó de placer cuando él se frotó contra ella. Se besaban con pasión, estaban aferrados fuertemente el uno al cuerpo del otro mientras se tomaban contra la jamba de la puerta en la oscuridad y sin llegar a estar completamente desnudos.

De pronto, él se movió, dio unos pasos y cayeron sobre la cama.

—No puedo esperar —le susurró mientras buscaba un preservativo.

Se lo puso a toda prisa y al instante ya estaba dentro de ella, acariciándola y llevándolos a los dos a la cima del placer. «Oh, es muy bueno», pensó Chelsea mientras se preguntaba a cuántas mujeres habría dado placer, a cuántas habría hecho pensar que significaban algo. Y así, con un intenso gemido, alcanzó el éxtasis mientras oía los gemidos de David y el corazón parecía estar a punto de estallarle.

Estaban muy bien juntos, era perfecto, pura armonía, y por eso sospechaba que nunca encontraría a nadie que encajara con ella de una forma tan mágica y que él tampoco encontraría a una mujer con la que pudiera sentir lo mismo.

Tonto.

Pero no tendría a David por mucho tiempo, así que iba a tener que disfrutarlo al máximo. Por eso se entregó a él durante esa noche, y cuando el alba se coló por la ventana mientras él dormía, lo besó, salió de la cama y fue de puntillas hasta su habitación.

Las sábanas de su cama estaban frías y la habitación vacía, igual que su futuro amoroso. Se había dado el capricho de una noche mágica y ahora tenía que volver a la realidad. Una realidad que, tristemente, no incluía al hombre al que amaba.

David se giró, buscaba la calidez de la mujer que tenía al lado, pero en su lugar encontró una almohada cargada de su perfume y unas sábanas arrugadas. Cuando abrió los ojos, vio que estaba solo en su dormitorio.

El reloj le decía que eran las diez y su cansancio le decía que no había dormido mucho.

Supuso que Chelsea estaba en el baño y esperó a que volviera mientras pensaba en todas las cosas que le gustaría hacerle. Pero cuando pasaron diez minutos y no aparecía, se levantó a buscarla.

La encontró en su propia cama, durmiendo plácidamente. Al verla, sintió una extraña sensación en su pecho, los alarmantes síntomas de un ataque al corazón en forma de un puño gigante.

Al ver su oscura melena alborotada y notar su suave respiración, quiso meterse en la cama con ella, despertarla con besos y quedarse allí el resto de su vida.

Pero se obligó a salir de la habitación y bajó a la cocina; tenía que reaccionar y necesitaba un café porque eran el cansancio y la falta de cafeína los que estaban haciéndole sentirse así.

Tenía que ser eso.

Se bebió una taza, pero al ver que no funcionaba, y decidiendo que era lo mejor que podía hacer, le escribió una nota a Chelsea, fue

a devolver los platos y vasos del convite a la empresa de alquiler y le llevó la furgoneta a su amigo.

Con todo eso hecho, volvió a casa y encontró a Chelsea despierta y tomando un café. Estaba recién duchada y muy sexy con unos vaqueros entallados y un top sin mangas. En cuanto la vio, esa extraña sensación en el pecho desapareció.

—Hola.

No sabía si acercarse y besarla, pero decidió hacerlo porque realmente necesitaba acariciarla; sin embargo, ella se apartó bruscamente y corrió a la cocina, como si ese lugar fuera su fortaleza.

—Muchas gracias por ir a devolverlo todo. No tenías por qué hacerlo.

—No importa. Estaba despierto y tú seguías durmiendo.

Ella sacó un cartón de leche de la nevera.

—¿Quieres desayunar?

David se acercó por detrás y la rodeó por la cintura.

—Anoche lo pasé muy bien —le dijo mientras le besaba la nuca y, por un momento sintió cómo ella se dejaba caer sobre su pecho, antes de ponerse tensa, apartarse y girarse hacia él.

—Yo también. Esto de ser amigos con derecho a roce funciona.

¿Amigos con derecho a roce? ¿Eso era lo que eran?

—Sí, bueno, siempre que sientas la necesidad…

Chelsea cerró la puerta de la nevera.

—Ah, ha llamado Piers. Ha dicho que lo llames a casa.

—¿Piers me ha llamado un domingo? Supongo que van a ofrecerme el puesto oficialmente.

—Es genial. Me alegro mucho por ti.

—No podría haberlo hecho sin ti —le dijo cuando se acercó para abrazarla.

—Supongo que nos hemos ayudado profesionalmente. Me alegra que todo haya funcionado.

—Sí, yo también.

David llamó a su jefe y él le pidió que se reunieran para almorzar. Cuando colgó, se dirigió a Chelsea.

—Esta noche lo celebraremos. He conseguido el puesto y tú tienes tu negocio en marcha. Te invito a cenar. Tú eliges el sitio.

—Creo que no —respondió, sin más.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa?

—Me alegro por ti, David, de verdad que sí. Me alegra que los dos hayamos conseguido lo que queremos, pero no puedo seguir jugando a esto. No estamos enamorados. No vamos a casarnos. Sigamos con nuestras vidas y deseémonos lo mejor el uno al otro.

David se quedó sin palabras, impactado, ¿estaba rechazándolo? ¿Después de la última noche?

Pero él, ante todo, era un hombre frío, y por eso se limitó a encogerse de hombros y a decirle:

—Claro, si eso es lo que quieres.

—Lo es.

«Muy bien, pues no te sorprendas si elijo a otra mujer con la que salir a celebrarlo», pensó.

Ése debería ser el día más feliz de su vida, se dijo mientras se vestía para almorzar con su jefe. Incluso se había puesto la corbata que ella le había regalado porque pensaba que le daría buena suerte. Cuando llegó al restaurante, aún seguía intentando sacarse a Chelsea de la cabeza.

Cuando llegó, Piers estaba allí; se levantó y le dio la mano. Charlaron mientras les servían la comida y entonces el hombre dijo:

—Quería reunirme contigo fuera de la oficina.

—Bien, lo entiendo —respondió él, aunque no lo entendía del todo.

—Iré directo al grano. Damien Macabee ha decidido no jubilarse este año.

—¿Qué?

—Sí, es sorprendente, pero su mujer sigue trabajando y él dice que ha encontrado un interés renovado por el negocio —Piers suspiró, angustiado—. De verdad que quiero que seas vicepresidente de esta empresa, has trabajado mucho y sé que has hecho sacrificios.

—Ni te lo imaginas.

—No queremos perderte y Macabee quiere ser tu mentor, quiere enseñarte todo lo que sabe. Sé que es decepcionante, pero creo que es una gran oportunidad de todos modos.

—¿Cuánto tiempo tendría que esperar?

—Supongo que unos tres años. Sí, lo sé, parece toda una vida, pero créeme, cuando llegas a mi edad tres años no son nada. Disfruta de tu tiempo con Chelsea, ten una boda fantástica y acostúmbrate a la vida de casado. Mientras tanto, seguirás siendo nuestro comercial número uno.

—Tengo que pensarlo, otras empresas me ofrecen puestos constantemente.

—Lo sé. Cualquier compañía sería afortunada de tenerte. Lo único que espero es que, cuando pienses en ello, veas que no saldrás perdiendo con nosotros. Damien pondrá a tu disposición todos sus conocimientos y experiencia y además tendrás un gran sueldo… Háblalo con Chelsea. Las decisiones apresuradas suelen ser las equivocadas. Yo mismo cometí una al hablar contigo sobre el ascenso antes de esperar a que Macabee se jubilara oficialmente. Pero lo hecho hecho está. Lo único que espero es poder seguir formándote para que seas un futuro líder de nuestra empresa.

David tenía que calmarse, tenía que pensar y, cuando salió del restaurante, un largo paseo por el parque lo ayudó a relajarse.

De vuelta en casa gritó:

—¿Chelsea?

—¿David? No te esperaba tan pronto, creí que estarías celebrándolo —estaba en el salón, vestida como para salir.

Él se sentó en el sillón y se soltó la corbata.

—No hay nada que celebrar.

—¿Qué quieres decir?

—Macabee no va a jubilarse. Quiere esperar tres años. No puedo creerlo.

—Oh, David, lo siento mucho —se sentó a su lado, le puso una mano sobre la rodilla y ése resultó ser el gesto más reconfortante que él podría haberse imaginado—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Tal vez me vaya a trabajar con la competencia… —pero eso tampoco le parecía justo; se habían portado bien con él, tenían

planeado un gran futuro para él—. Bueno, veo que estás vestida para salir. ¿Tienes una cita?

—No, la verdad es que me mudo.

—¿Cuándo?

—Ahora, esta noche.

—Pero, ¿por qué?

—David, ya no me necesitas, ya no necesitas una novia y yo no necesito una cocina.

Estaba tan furioso, que no sabía qué decir.

—Entonces, ¿me abandonas?

Ella sonrió con dulzura.

—Para abandonarte tendría que haberte tenido alguna vez. Y lo cierto es que nunca te he tenido. Nunca he podido —se acercó y lo besó delicadamente en la boca—. Es mejor así.

—¿Mejor para quién?

—Para mí, supongo.

—Pero yo no quiero…

—Adiós, David.

Y para él, oír el tintineo de las llaves cuando Chelsea se las devolvió fue el sonido más triste que había oído nunca.

Capítulo 25

Durante las siguientes semanas Chelsea estuvo ocupadísima; fiel a su palabra, Karen la había nombrado proveedora de catering de Si Puedes Soñarlo y su negocio estaba subiendo como la espuma. Además, la señora Sloane la había recomendado y Chelsea serviría la comida en unas bodas de plata y en una fiesta, y, por si eso fuera poco, ahora estaba intentando diseñar el menú para una boda en la que los novios querían unificar sus culturas a través de la comida: polaca y china.

Pero estaba divirtiéndose, más de lo que podía imaginarse. Su vida estaba yendo exactamente como ella quería. Desempeñaba el trabajo para el que había nacido y se despertaba cada día ansiosa por dejar su diminuto apartamento y bajar corriendo a meterse en su enorme cocina. Además, la zona de tienda del local también estaba dando beneficios gracias a que Karen le hizo publicidad en un periódico.

Si había un persistente dolor en su corazón, lo ignoraba lo mejor que podía. Durante el día era fácil, ya que estaba ocupadísima y enfrentándose a un desafío tras otro. Por la noche era más duro, se acurrucaba en su pequeña cama y pensaba en David. Se preguntaba dónde estaba y qué estaba haciendo. ¿Estaría comiendo bien?

Era cierto lo que decían, el amor apestaba.

Era una lección que creía que había aprendido en el instituto, aunque al parecer había necesitado un recordatorio.

Se habían visto un par de veces, ya que sus padres habían celebrado la famosa barbacoa y ella, por supuesto, había asistido. Y aunque los Wolfe se mostraron decepcionados al ver que David y ella se habían distanciado, fueron lo suficientemente educados como para mencionarlo y, por otro lado, tenían motivos de alegría al ver a Sarah y Mike juntos.

Chelsea encontró a David cansado y algo demacrado, pero se recordó que eso era porque estaba hundido por la pérdida del ascenso. No tenía nada que ver con ella, tenía que aceptar que para él no sería más que un distante recuerdo.

¿Cuándo iba a superar ese ridículo amor no correspondido?

Una vocecilla en el interior de su cabeza la advirtió de que eso no sucedería nunca.

Por otro lado, Sarah estaba tan feliz, que era muy divertido estar a su lado. Por fin se había rendido al amor y a Chelsea no le extrañaba que pronto tuviera que preparar el banquete de la boda de su amiga… lo cual sería difícil, ya que también tendría que ser la dama de honor.

Era la tarde de un ajetreado día cuando, como de costumbre, un grupo de trabajadores que volvían agotados a sus casas se pasaron por su local para llevarse algo de cena. Después de haber empaquetado su ya famoso menú de lasaña recién hecha que incluía pan de ajo, ensalada César y bromeéis de postre, pensó que sus empleados, Giselle y Jonathan, podrían apañarse solos con los clientes que quedaban.

Estaba quitándose el delantal cuando una figura familiar entró en el local y pudo ver ese cuerpo tan alto, ese cabello negro, y esa sonrisa. Tuvo que contenerse para no saltar el mostrador y abalanzarse sobre él porque, ya que el pobre chico habría ido allí a recoger una lasaña, dudaba que su lengua en su boca fuera a ser un gran sustituto. Se obligó a mostrarse natural.

—Hola, David.

—Hola. Parece que el negocio va muy bien.

—Hasta ahora sí.

—¿Estás ocupada o tienes un rato para dar un paseo?

¿Apenas se habían visto en las últimas dos semanas y él ahora quería dar un paseo?

Durante la primera semana, había esperado que pasara a verla y le suplicara que volviera, que al menos la hubiera llamado para invitarla al cine o a cenar. Pero nada. Era como si, al salir de su casa, él la hubiera olvidado al instante. Por eso, se quedó algo sorprendida con su visita.

Sólo podía haber una razón para que quisiera verla de nuevo, pero sus días de ser su prometida fingida habían pasado. No obstante, colgó el delantal y les dijo a sus empleados que volvería en media hora.

—Ha pasado algo de tiempo —dijo ella cuando llevaban unos segundos caminando en silencio.

—Sí.

—Sea lo que sea lo que vas a pedirme, te digo de antemano que mi respuesta es no.

Él se giró y la miró con incredulidad.

—¿Cómo sabes qué voy a pedirte algo?

—Por experiencia —así que sí que iba a pedirle un favor—. Te dejaré algo claro. No, no quiero ser tu prometida fingida en el viaje de pesca de la empresa ni en el torneo de golf, ni en una fiesta donde haya un toro mecánico. No, no y no. Mis días de ser tu prometida fingida han terminado.

—Bien, pero no quería pedirte nada de eso.

—¿No?

—No —suspiró—. No puedo creer lo cretino que he sido. No tenía derecho a mentir a mi jefe y a mis compañeros ni a ponerte a ti en una situación tan incómoda. Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias. Disculpas aceptadas. Pero entonces, dime, ¿por qué estás aquí?

—Primero quiero hablarte sobre mi nuevo trabajo.

—¿Tienes un nuevo trabajo?

—Sí. Bueno, no. Es el mismo, pero resulta que he aprendido que no lo conocía tan bien. He decidido trabajar con Macabee. Ese tipo lo sabe todo sobre seguros y estoy aprendiendo mucho. Cada día es excitante.

Ella se sentía ridículamente orgullosa de él.

—Debe de haber sido duro.

—Al principio, sí, pero ahora me alegro. Ah, y por cierto, fuimos a lo del toro mecánico sin ti. Aunque ojalá hubieras estado, te habrías reído mucho. Todo el mundo me preguntó por ti.

—¿Y qué les dijiste?

—Que hemos roto.

Aunque todo había sido una farsa, oírle decir esas palabras fue como si le hubieran dado una patada en el estómago.

—¿Cómo se lo han tomado?

—Piers me dijo que estaba seguro de que volveríamos.

—Y que con suerte eso sería en los próximos tres años, antes de que te nombre vicepresidente.

—No —se giró hacia ella y Chelsea vio en sus ojos una emoción que nunca antes había visto—. Dijo que lo sabía porque veía que estábamos enamorados y que un amor como el nuestro siempre triunfa.

Ojalá fuera cierto. Chelsea quería decir algo, pero tenía un nudo en la garganta.

—Piers es muy romántico —dijo ella, sintiéndose estúpida por el hecho de que sus sentimientos hubieran sido tan transparentes.

—He pensado en muchas cosas desde que te marchaste, sobre todo en cosas que he estado arrastrando mucho tiempo. Una vez estuve enamorado y me comprometí.

Él nunca se lo había dicho, eso lo sabía por Sarah, así que el hecho de que estuviera contándoselo indicaba que por fin era capaz de aceptar su pasado.

—¿Qué pasó?

—Me dejó cuando su antiguo novio volvió a la ciudad, pero lo que entonces no sabía era que ella hizo lo correcto. Lo amaba a él y a mí no. Y yo también tardé mucho tiempo, pero me di cuenta de que tampoco la quise.

—¿No?

—No. Bueno, he venido porque cuando te fuiste de casa olvidaste algo.

—¿Mi sartén para tortillas? No la encuentro por ninguna parte.

—Cielo, yo no distinguiría una sartén para tortillas de una sartén normal.

—Bueno, técnicamente es lo mismo, aunque más pequeña y con el fondo de cobre. No importa. Me pasaré un día y echaré un vistazo.

—Bien.

—Pero entonces, ¿qué me he dejado?

Él se metió la mano en el bolsillo y sacó algo brillante que resplandeció bajo la luz de la noche.

—Tu anillo de compromiso.

—Pero no estamos…

—Siempre me gustó como te quedaba. Es una pena desperdiciarlo.

—Pero no puedo…

David le tomó las manos.

—Chelsea, he sido el tonto más grande del mundo. Me di cuenta de que nunca quise a Suzanne cuando descubrí que te amo a ti —la miraba fijamente y ella sintió como si el corazón fuera a sansirolé del pecho—. He estado a punto de dejar marchar a la mujer a la que amo y ahora tengo que preguntarte una cosa. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella abrió la boca, la cerró y contuvo su emoción.

—¿Es que no aceptan devoluciones en la tienda?

—No lo sé. No lo he preguntado. La cuestión es que cuando empezamos esto, creí que sólo formarías parte de mi vida de una manera temporal y resulta que me equivoqué. No puedo dejar de pensar en ti, echo de menos verte cada día y formar parte de tu vida, y aunque no hemos dormido nunca en la misma cama toda una noche, me despierto en mitad de la noche buscándote. ¿Es de locos?

—Probablemente, pero yo también lo hago, así que los dos debemos de estar locos.

Él se rió, fue una risa algo temblorosa.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—¿Casarme contigo? —miró el anillo que David estaba ofreciéndole—. ¿Para ayudarte a dormir? Ésa es una razón de poco peso.

—Y qué tal si te casas conmigo porque te amo. Y nunca he amado a nadie antes, así que estoy seguro de que esto es para siempre.

Cuando lo miró a los ojos, Chelsea supo que en ellos veía la verdad.

—Oh, David, he estado enamorada de ti desde que tenía catorce años.

—¿En serio?

—Sí.

Él le tomó la mano izquierda, se la besó antes de ponerle el anillo y ella no hizo nada para detenerlo.

—Creo que tienes razón. Funciona mejor cuando te pongo el anillo en el dedo —y la besó en la boca. Fue un beso largo e intenso.

Ella lo rodeó por el cuello y le devolvió el beso y, cuando bajaron de las nubes, David le dijo:

—¿Llevas casi quince años enamorada de mí?

—Deja de regocijarte.

—Está claro que aprendo despacio y que no me entero de nada.

—Desde luego.

Lo abrazó.

—Pero tanta espera ha merecido la pena.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Contents

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Si te ha gustado este libro…